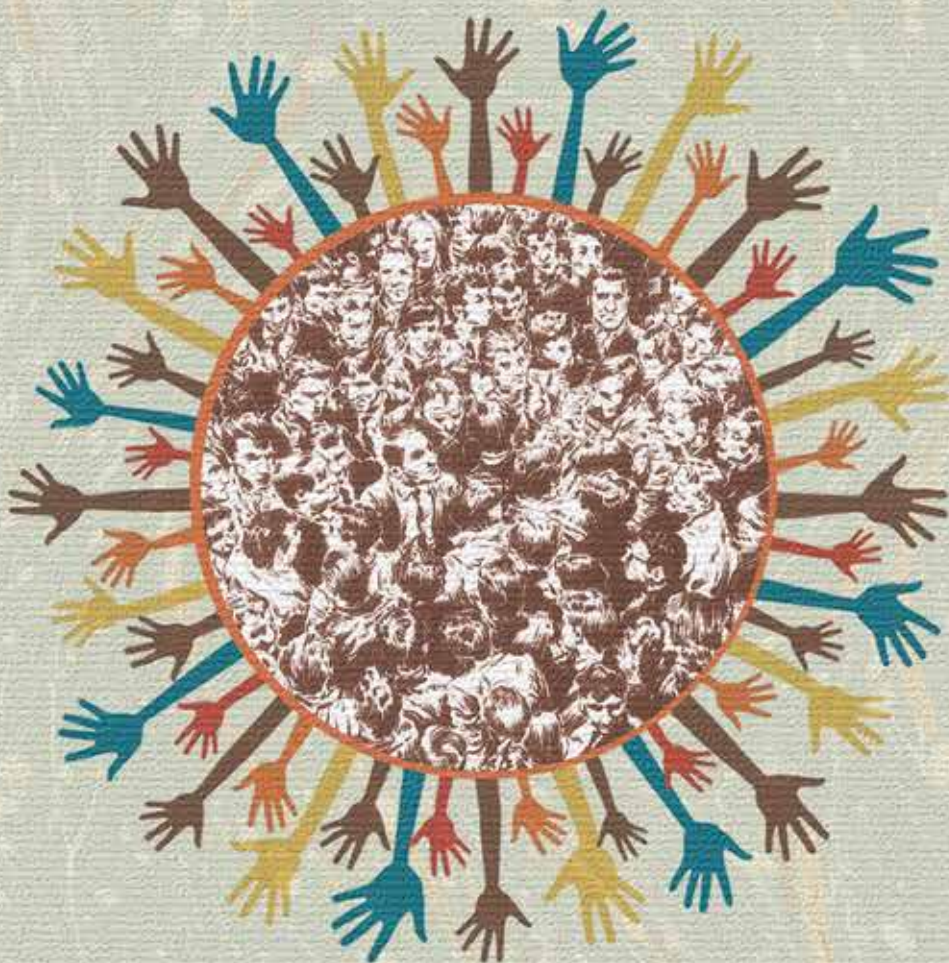


Democracia SIN **canibalismo**

Hacia una política de las coincidencias

Tarcisio Navarrete Montes de Oca



Democracia ^{sin} canibalismo

Hacia una política de las coincidencias

S E R I E
ciencias
sociales
TERCERA DÉCADA

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*

Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*

Dip. ELIGIO CUTLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*

Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*

Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DEL TRABAJO

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*

Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*

Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN
Secretario Técnico del Consejo Editorial

Democracia ^{sin} canibalismo

Hacia una política de las coincidencias

Tarcisio Navarrete Montes de Oca



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

ce

 **MAPorrúa**
librero-editor • México

Coeditores de la presente edición
H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LXII LEGISLATURA
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera edición, agosto del año 2014

© 2014
TARCISIO NAVARRETE MONTES DE OCA

© 2014
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-857-8

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPorrúa, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

A aquellos que más allá de ideologías actúan con sinceridad y compromiso en la vida política del país, buscando siempre entre la diversidad, ser puente que une voluntad y trabajo para engrandecer a México.

*Un agradecimiento a todos los que han
contribuido a la revisión y corrección de
estas ideas para perfilar este ensayo.*

Prólogo

José Luis Brey Blanco*

*Profesor de Derecho Constitucional, Facultad de Derecho. Universidad CEU San Pablo. Madrid, España.

Es espíritu crítico, experiencia probada y solvencia intelectual... todos estos ingredientes se dan cita y se combinan en este libro. El título ya lo dice todo: *Democracia sin canibalismo*. ¿Podremos los hombres llegar alguna vez a ponernos de acuerdo en los asuntos fundamentales que nos conciernen? ¿No hay cuestiones más importantes que otras que nos deberían situar en un horizonte común de consensos básicos y no en el de la discrepancia permanente? Recuerdo que cuando el autor me explicó la idea del libro le comenté que algunos de los asuntos que planteaba no eran un problema sólo de México, sino que tienen un alcance universal. En efecto, hoy más que nunca —también en mi patria, España— necesitamos recuperar un modelo de democracia basado en el diálogo y la honrada argumentación.

Necesitamos pensar más en el bien común que nos une que en los propios intereses ya sean individuales o de grupo. De aquí se deriva la necesidad de que el gobierno y

la oposición se tiendan la mano y traten de alcanzar pactos globales y de Estado. La reciente coalición alemana de gobierno es una buena muestra de que esto es posible. Otro modelo, que recoge el autor, es el Pacto por México firmado el 2 de diciembre de 2012. Como españoles podemos poner sobre la mesa el ejemplo de la transición a la democracia, un auténtico “milagro” (como tal ha sido reconocido por muchos autores y tratadistas) que hizo posible que se dejase atrás de forma pacífica una dictadura que duró casi 40 años. Durante este periodo todos los políticos y las principales fuerzas parlamentarias demostraron estar a la altura de las circunstancias. Salvaron lo esencial porque supieron renunciar a lo particular.

El doctor Navarrete defiende con fuerza esta posición. En el fondo lo que nos propone es un movimiento de regeneración conceptual y de valores que opere no sólo en el plano moral sino también en el terreno mucho más complicado y difícil de la política y del ordenamiento jurídico. La dificultad estriba en que el mundo concreto de los Estados se presenta cada vez más disperso y problemático.

En este contexto la democracia corre el riesgo de atomizarse, de disgregarse en un sinfín inacabable de procesos de negociación en el que todos los grupos pugnan por obtener réditos o beneficios sectoriales. Esto forma parte sin duda del diálogo democrático, pero no es el único ele-

mento a tener en cuenta. El autor reacciona contra eso, contra el unilateralismo que sólo destaca los factores de conflicto. Para contrarrestarlo, insiste, en la necesidad de reforzar los elementos de unidad y cohesión.

En efecto, “hay que abrir espacios para la unidad y la reconciliación”. Creo que no se equivoca, más aún, creo sinceramente que, siguiendo de cerca la estela de los clásicos, nos propone un ideal de buen gobierno para atender el reclamo ciudadano, con el que todos deberíamos identificarnos. Por mi parte suscribo totalmente sus palabras.

Como él mismo señala en la introducción, el reto consiste en construir una democracia de coincidencias, una democracia que “hace del diálogo y del acuerdo, una filosofía vital y permanente para fortalecer la confianza entre los actores políticos” y que, en consecuencia, “evita que se potencien los instintos, la diatriba, los calificativos excluyentes”.

En suma, un modelo que usa “la razón y las mesas de diálogo y concertación para encontrar en la misma diversidad las coincidencias en los temas que son comunes y que permitan hacer alianzas para atender la agenda nacional que el país demanda”. De su país, México, pero también es el caso del mío.

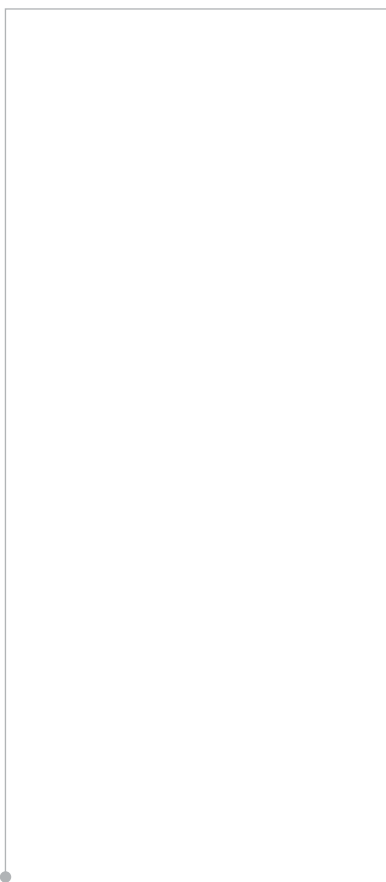
La cortesía obliga, pero obligan aún más la amistad. Por eso, cuando el autor de este libro me hizo el honor

de pedirme que escribiese el prólogo me llenó de alegría. Prologar la obra de cualquier autor constituye un honor en sí mismo pero si, como ocurre en este caso, se trata de un viejo amigo, el honor se convierte en gozo. Conozco al embajador Navarrete Montes de Oca desde hace más de 20 años y puedo asegurar que además de su buen carácter es un hombre íntegro. Nuestra amistad nació y se desarrolló en un ambiente universitario, en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, lo que nos llevó a compartir las lecciones de grandes maestros, filósofos, juristas y politólogos, en el seno del Instituto Universitario de Derechos Humanos de esta Universidad. No quisiera pecar de atrevimiento, pero estoy convencido de que buena parte del contenido de este libro se fraguó en aquella época y en aquel entorno.

Vayan por delante, pues, mi felicitación y mis mejores deseos para el libro así como un profundo agradecimiento al autor, por haber tenido la amabilidad de pensar en mí para escribir el prólogo.

JLBB

Introducción



A manera de concepto inicial, esbozo un primer acercamiento a la idea de democracia en la que se agrupan elementos que se han considerado básicos en su concepción moderna. Coincido con los teóricos en este campo, al entender la dinámica de la democracia bajo un contexto más incluyente en el que se considera que este concepto ha evolucionado hacia una idea más universal. No debe de verse por gobierno alguno como artículo de lujo sino que, además de ser el sistema para elegir autoridades, debe a su vez ser una herramienta básica para el bienestar social y del desarrollo humano.

Como se verá a lo largo de esta obra, es preciso comprender una democracia moderna en tiempos de la aldea global de tal modo que se avance sustancialmente para demostrar que su práctica y teoría sirven también para el desarrollo económico y social.

El primer artículo de la Carta Democrática Interamericana de la OEA establece que “los pueblos de América

tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla”. Luego señala que “la democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas”. Así pues, en los albores de un siglo de modernidad tecnológica, hay que defender la democracia como una filosofía de vida, pero también como un sistema, no sólo para organizar la voz del pueblo y el ejercicio del poder, sino también con el deber de ir más allá, fortaleciendo el vínculo entre derechos humanos, democracia y paz con desarrollo sustentable; incluyendo el desarrollo digital para afianzar derechos como derecho a la libertad de expresión, la salud, el trabajo y la educación. El presente texto, en cuanto se enfoca al tema de las elecciones presidenciales, propone incluir como parte sustancial “la política de las coincidencias”, con el ánimo de coadyuvar a la reflexión sobre la noción moderna de democracia a la que debemos aspirar.

La ciudadanía global y la democracia son conceptos que también tienen que ir de la mano en esta etapa de nuestro tiempo, donde la mundialización hace necesaria la participación ciudadana como un actor más relevante en la definición y aplicación de la agenda mundial. Ante mayores demandas de la sociedad, así como el uso de nuevas tecnologías mediante redes sociales, la teoría de la democracia sin canibalismo (competencias electorales

menos desgastantes y más civilizadas) pretende ser una reflexión en dicho contexto para atender mejor esas aspiraciones sociales.

En este sentido, la “democracia sin canibalismo” propone una actitud que renueve y reconduzca el compromiso ante el país, tanto en el seno de los partidos como en su relación con las otras facciones políticas y particularmente entre el gobierno y la oposición. Su objetivo central hace del diálogo y del acuerdo una filosofía vital y permanente para fortalecer la confianza entre los actores políticos. Por lo tanto, evita que se potencien los instintos, la diatriba, los calificativos excluyentes, en su lugar prioriza la razón y las mesas de diálogo y concertación para encontrar en la misma diversidad los temas que son comunes y que permitan hacer alianzas para atender la agenda nacional que el país demanda. Así, en la medida en que gradualmente se refuerza la confianza mutua entre dos o más jugadores de la arena de la política nacional, se alcanzarán, en mayor y mejor medida, las metas sociales y económicas.

Partiendo de esta idea, me propongo en este trabajo repasar algunos avances y logros que nuestra vida política electoral ha tenido, esbozo lo que también puede ser llamado la “democracia de las coincidencias”, menciono el caso del Pacto por México firmado en diciembre de 2012, así como argumentos para exaltar el valor de la nacionalidad

frente a la militancia partidista (como base para evitar contiendas electorales que dividan al país). Se ahondará asimismo en la argumentación sobre el valor de contar con la voluntad de los actores políticos para avanzar mejor, no confrontando sino, por el contrario, hasta donde sea posible, siempre que sea posible, juntando fuerzas.

Planteo la necesidad de ir hacia un nuevo modelo de las relaciones entre gobierno y oposición, haciéndolas más eficientes y menos decepcionantes para el electorado y la sociedad. Idea que surge del espacio existente en el que coinciden esfuerzos, programas y propósitos de unos y otros, para hacer crecer esa área común, para hacerla palanca de las transformaciones que necesita el país. Simplemente se trata de una filosofía de la coincidencia que resulta más rentable para el desarrollo.

También se tratarán algunas deficiencias o pendientes que existen en las campañas electorales presidenciales, pero quizá no tanto como otros, que dedican más su tiempo y comentarios en señalar lo que hace falta, con críticas que en ocasiones son demolidoras, dirigidas frecuentemente contra la autoridad o hacia los otros actores políticos. Crítica que en sí misma no es negativa, es algo natural, necesario y conveniente como ejercicio de las libertades y como medio de control del poder público; lo deseable es hacer crítica acompañada de elementos cons-

tructivos, propositivos, siempre que sea posible, hasta donde sea posible.

En el medio ambiente nacional son numerosos los analistas que se muestran desencantados con lo que somos y resaltan aquello que no hemos logrado como país. No obstante, supongo que estaremos también de acuerdo en que hay cosas buenas que vamos alcanzando. Acciones positivas en política, sí las hay. Aunque para otros no es creíble fácilmente. Claro que acontece que hay miradas objetivas y miradas subjetivas. En política un mismo acto puede ser visto por unos con escepticismo y por otros con un tono triunfalista. En política se da una gama de claroscuros y es cuestión de enfoques. Hay política buena y mediocre, política individual y de grupo, política social y política oficial, pero en lo que quizá coincidimos es en la idea de que en términos amplios del concepto (política) todos hacemos política; unos desde los partidos políticos y el resto en y desde todos los campos posibles de la vida. En este contexto, he venido reflexionando sobre “el cómo” hacer más política racional, más civilizadora, ya sea desde una u otra trinchera.

Busco restringir un campo tan vasto para centrarme preponderantemente en la parte electoral, en algunos aspectos del momento previo y posterior a las campañas. Además, hago referencias históricas al proceso de madu-

ración de nuestros comicios y sus procesos de elección, repasando algunas vivencias como militante panista que he sido durante más de 40 años.

Me propongo hacer de este pequeño texto una mirada desde afuera o desde lo alto, teniendo presente el mosaico ideológico del país, es decir, como un sobrevuelo por encima de los partidos políticos, de las ideas (¿meta ideológico?), buscando encontrar puntos coincidentes que caracterizan a los actores políticos en nuestra nación con sus peculiaridades.

Planteo esta mirada una vez que he tenido, en diversos países, la oportunidad de representar a México en el ámbito diplomático durante casi una década. Aprovecho así una lejanía física, mas nunca emocional, que pueda ayudarme en el ejercicio ensayístico, buscando hacerla con un sentido global, como reflexión amplia e incluyente. Esfuerzo que seguramente implica traspiés y limitaciones, pero realizado con un sincero propósito: percibir los valores y fortalezas, los logros y retos de nuestra nación para de ahí pensar la ruta, un plan a largo plazo, que ayude a transitar hacia la maduración de su democracia, al menos en algunos de sus aspectos.

Se ha dicho con razón que la democracia no sólo debe de ser entendida como el mecanismo para acceder al poder, sino como un sistema para alcanzar mayor igualdad y

mejora de todos los aspectos de la vida social, incluso para educar en la tolerancia, la cooperación y la solidaridad. El país gana y avanza más en la dinámica de la cooperación entre actores políticos.

Una vez descritos ciertos conceptos y principios, pretendo establecer algunos pasos o propuestas, para fortalecer la confianza entre dichos actores y ganarle terreno a la crispación, al mutuo recelo, a la típica descalificación y así establecer, perfeccionar y ejecutar una Agenda Política de los Mexicanos que coadyuve a las tareas del Congreso y a la interacción de los partidos con el gobierno.

La idea, nada original de mi parte, de lograr en el país esa agenda política la había ido reflexionando y la empecé a escribir hace algunos años, inspirado y tomando propuestas que se han venido dando al respecto sobre este tema en nuestra nación, cíclicamente, desde hace buen tiempo, en la línea de lograr consensos, acuerdos y entendimientos para bien de todos.

No obstante, de alguna manera la realidad ha sobrepasado los proyectos y se llegó a establecer un Pacto por México, suscrito por las principales fuerzas políticas del país en diciembre de 2012, el cual celebramos de manera sincera, ya que creemos que es el camino correcto y más civilizador que puede darse en esas circunstancias. De este modo puede ser visto como fruto del esfuerzo común

de actores que saben ponerse de acuerdo, de ver más allá y sin mezquindades logrando un pacto constructivo para el país. El Pacto es sólo un modelo, puede haber más y mejores por supuesto.

También había escrito en ese tiempo que lograr configurar una agenda política nacional para largo plazo no es un sueño, éste es y será el resultado de las aportaciones de los actores políticos, de la experiencia e inspiración de nuestras propias luchas, sin importar la ideología que nos motiva, pero que de seguir avanzando, es y será una gran entrega en beneficio del país.

De manera coincidente, el secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), José Miguel Insulza, ha dicho que el Pacto por México es un camino que otras democracias de América Latina deberían seguir. Además, señaló que las democracias en Latinoamérica han dejado pendiente el desarrollo para sus ciudadanos, que a veces se entorpece “por obra y gracia del disenso político” (*El Universal*, 9 de octubre de 2013).

Las ideas aquí presentadas son en su mayoría el resultado de mis vivencias y reflexiones que se han venido formando en el taller de mi mente, en los últimos 25 años. Todo cambia y las personas también vamos evolucionando. También en mi persona he tenido unas transformaciones desde mi original militancia de partido, que luego se vio

influida (evitando siempre sectarismos e intolerancia y estar abiertos a ideas distintas) en mi paso por el posgrado en Madrid, particularmente con mi formación en el tema de la protección internacional de los derechos humanos, y luego, en años posteriores, con la enseñanza del mismo tópico al que me dediqué unos 15 años en la academia y apoyando a la vez grupos sociales de diversa inspiración ideológica.

Luego, con mi experiencia como legislador, en un ambiente de mayor confrontación y debate como es el Congreso, me aboqué principalmente a temas internacionales y para mi regocijo, en este campo encontré más coincidencias que discrepancias. Esas experiencias me hicieron madurar para concebir la democracia y el juego entre partidos, con un sentido más propositivo, de profunda tolerancia y de búsqueda del encuentro con los otros para sacar adelante proyectos comunes.

Posteriormente, como ya he mencionado, con mi experiencia en el mundo diplomático, al interactuar y vivir en ambientes multiculturales se me fue reforzando intelectualmente la tesis y la actitud encaminadas hacia la apertura a pensamientos y posturas de otros llegando a la convicción de que el bien común es obra de una colección ingeniosa de talentos, de la participación colectiva y plural.

Ésa es mi mezcla, combinada con mi formación doctrinaria y cultural, con la que vivo todos los días, son mis vivencias en la academia, en el parlamento y en el mundo diplomático las que moldean estas ideas que escribo resaltando que en muchos aspectos es natural que sean debatibles, y frágiles, pero buscan hacer una modesta reflexión a sabiendas de que existe hoy un gran grupo de pensadores y especialistas que el país tiene, que tanto a ellos como a mí nos interesa contribuir siempre para madurar nuestra democracia. Creo que, al menos en lo electoral, el avanzar es en buena medida cuestión de fortalecer la confianza más y más entre las partes que participan en los procesos electorales realizados periódicamente para renovar cargos de elección popular.

Más allá de los necesarios cambios que se puedan hacer en las instituciones que organizan y administran las elecciones, el asunto es cuestión de fortalecer la confianza, sin ella, el entramado jurídico, leyes y más leyes, nos pueden enredar, ya que sólo ese andamiaje por sí mismo no garantiza avance sustancial.

De forma simbólica se puede recurrir al ejemplo del deporte, así, diríamos que podemos tener el mejor árbitro, la mejor estructura administrativa, pero si no hay confianza compartida no sólo en las reglas del juego, sino entre los mismos que compiten en buena lid, los jugadores terminarán peleándose entre sí o agrediendo al árbitro.

Recordemos lo endémico y atávico que resulta el tema de la discusión sobre comicios y las cuentas claras en los procesos electorales. Incluso hoy sabemos que hay temas en esta línea que tenemos que atender, como es el de mayor transparencia, uso de programas sociales y gasto limitado de recursos en campañas, entre otros que ya están en la discusión nacional.

Fortalecer la credibilidad es fundamental, la fe en el entramado jurídico-político que tenemos. Hay que hacerle cambios, por supuesto. Pero no pretender tirar todo el edificio sin tener otro techo dónde protegernos. Parece ser fundamental mantener siempre un canal confiable frente a los otros integrantes que se sientan en la mesa del diálogo nacional. Estoy consciente de que se me puede argumentar que siempre puede haber alguien que busca vencer recurriendo incluso a artimañas. ¿Cómo limitar eso?

La confianza es básica, pero es sólo una parte, porque sabemos que en la política no sólo se dan actos de caballeros. Más de uno pensará: todo lo contrario. Por eso es imprescindible el papel de la autoridad electoral, judicial y los controles y candados. Ambos se requieren, los mecanismos y la confianza. Se necesitan instituciones más desarrolladas que modernicen nuestras prácticas democráticas. Pero entre más confianza y mayor cultura de la legalidad existan, menos candados y menos políticas

policíacas se requerirán. El grado de confianza es inversamente proporcional a las leyes prohibitivas, represoras o punitivas.

Las reformas y las actitudes son oscilantes, pendulares, van de la mano: por un lado hay que crear nuevas leyes, pero por el otro evitar excesos y estar dispuesto a cooperar y hacer equipo con personas de distintos “colores” en sus ideas. Se requiere voluntad y reformas legales, es decir, disposición y vigilancia ciudadana para respetar la ley, al mismo tiempo que cambios en la estructura o marco legal para definir las reglas del juego democrático.

No se trata de renunciar a los valores personales, sino de hacer de la dignidad humana de cada persona —mejor dicho de la dignidad de los contendientes— el centro que guía nuestra relación cotidiana y, con este principio, buscar en la tolerancia los puntos que nos hacen coincidir evitando confrontaciones inútiles y enormes desgastes en muchos aspectos. Entre los puntos que nos hacen coincidir menciono en este trabajo la característica de compartir una nacionalidad, el amor por México, cultura e instituciones que nos son comunes, con sus fortalezas y debilidades.

Preservar el valor de la dignidad entre contendientes, así como la superioridad del concepto de nacionalidad frente al de militancia, el saber respetar y valorar la pala-

bra empeñada, el reencontrar y apreciar lo que tenemos en común (en la riqueza material y en el corazón de México) son valores que nos pueden ayudar a evitar confrontaciones peligrosas que generen odio y que, como en pasadas disputas electorales, han estado a punto de romper, de fracturar al país y su institucionalidad.

México, su mexicanidad, es un legado que nos une, pero a su vez diverso en la cultura, eso es nuestra nación, que nos prodiga de recursos en mar y tierra. Que forma nuestra identidad, que prodiga medios, que nos deja huella, que hace que sean sagradas palabras tales como: infancia, barrio, himno, vecinos, amigos y paisajes.

Todo eso nos llega con sensibilidad, ya que de manera semejante en los hogares nos toca desempeñar roles, sea de padres o de hijos, buscando el bien de los nuestros. Nuestra aspiración así es todo los días; es la lucha cotidiana propia, personal y también es la lucha de millones de compatriotas trabajando cada jornada, soñando lograr una gran patria para acoger a todos los mexicanos.

La mexicanidad nos hace compartir raíces, de modo que no son ajenos los capítulos y hazañas de nuestra historia como nación y, paralelamente, nuestra historia personal, individual, desde la ciudad o el pueblo donde nacimos y crecimos hasta el lugar en el que trabajamos. Y esas líneas de argumentos o sentimientos las comparti-

mos con otros, independientemente del color del partido o la ideología profesada. Ésta es la base para fortalecer el sentimiento de identidad, crecer en el sentido de comunidad, que quiere decir unidad en lo común, procurando construir una voz unificada cuando así lo demande el país.

En materia de participación política, el amor por México debe estar por encima de otros intereses. El estadista debe saber controlar sus sentimientos menores, para que “las fatigas del querer menor” no lo extravíen nunca ante la superioridad del bien nacional. Donde está el bien, ahí está la patria.

La obra que he venido ideando y que ahora presento es una reflexión modesta hacia lo que en el México moderno de principios de siglo XXI podría considerarse, junto con muchos otros y mayores trabajos, una obra más que pretende introducir sensatez, civilidad, sabiduría y amor hacia nuestra democracia, para avanzar hacia una “democracia sin canibalismo” entre sus protagonistas, quienes deben permitir que el país transite a una etapa en la que los que compiten no busquen alimentarse de “las carnitas” de su adversario. Inclúyanse no sólo los actores políticos, sino también los sociales.

En política difícilmente hay costumbres vegetarianas, es decir, que no busquen “comerse crudo” al adversario, basadas sólo en la filosofía de valores, en la línea del diá-

logo, en los consensos, en ver la política como arte de las alianzas pensando en el interés nacional, en las propuestas con sentido social. La realidad es que sabemos que en la práctica la política cotidiana se mezcla con sentimientos e instintos de destruir al otro o de “sacarle los trapitos” sucios.

Sin embargo, hay algo que se puede hacer entre lo ideal y lo real: construir puentes. Algo nuevo siempre se puede introducir para mediar, para acercar “el ser al deber ser”. Podría decirse que una acción en política inteligente y diligente, no es la que sólo hace relucir las deficiencias del competidor, sino aquella que hace de las propias virtudes su verdadera fortaleza. La democracia sin canibalismo implica avanzar por méritos propios y no deméritos o deficiencias del otro. No pensar que para avanzar tengo que destruir al otro. La ciencia política y el conocimiento humano en general nos ofrecen cada vez nuevas herramientas: para saber encontrar puntos en común, para subir el nivel de la relación y el debate, para elevar la calidad de las contiendas y hacer eficientes las relaciones entre gobierno y sociedad. Mejor administración de los recursos del país y menos bloqueos a la cooperación y la corresponsabilidad, eso es una “democracia vegetariana”.

La frase “amor a nuestra patria” pareciera un lugar común o algo sentimentalista y se puede pensar que en

política no tiene sentido, pero si descubrimos el largo camino de luchas históricas y lo que ha costado tener lo que tenemos, entonces en nuestro pensamiento y en nuestro legado surgen “los sentimientos de la nación”, se siente el significado de amar esta tierra pródiga.

¿Quién no recuerda la pasión y la emoción, cuando niños, de ver ondear una bandera o escuchar las notas del himno nacional? Amar nuestra patria entonces se traduce como cuidar ese complejo marco jurídico-político que es el tramado institucional que organiza al Estado y sus tres poderes y garantiza mínimamente la convivencia social. Y claro, siempre buscando engrandecer, refrendar y reformar lo que sea necesario, ante el sistema o estructura institucional para que sea más incluyente, eficaz y más justo.

El primer y gran Pacto fue la Constitución Política, un acuerdo que nos hemos dado los mexicanos, cuya creación ha costado históricamente “sangre, sudor y vidas” y ha sido obra del amor de nuestros predecesores, de la entrega total de previas generaciones de mexicanos a la patria y que ha permitido fraguar el perfil de nuestra nación y su sistema de gobierno.

Estimado lector, dejo en sus manos las presentes reflexiones confiando en que contribuyan un poco al incesante y sano debate democrático en nuestro país.

CAPÍTULO 1

La democracia de las coincidencias

En este libro he pretendido dejar esbozadas algunas propuestas que se dirigen a lograr una mayor civilidad y alejarnos al menos un poco de arranques de canibalismo en esas luchas cíclicas de las elecciones. Estas propuestas son preliminares, para sumarse a muchas otras formuladas por los que sí son expertos y académicos mexicanos, que se añaden a un debate secular presente en México, por el que se busca renovar nuestras prácticas democráticas.

Finalmente, esto es lo que más nos interesa, alcanzar poco a poco la unidad de propósito como requisito generador de energía, para volcarla luego en un proyecto común, la patria. Voluntades dispuestas encuentran el camino. A pesar de que existan separaciones y diferencias por razones de raza, religión, clase social y otros factores, hay una fe que nos es común. En un principio similar descansa la Declaración Universal de Derechos Humanos, emblema de la expresión común de la humanidad.

La ciudadanía no se cansa de exigir que el político cumpla lo que promete, que el candidato que se postula a un puesto de elección popular asuma el cargo para servir. La política como servicio a la sociedad, para lograr un país donde el Estado de Derecho salga fortalecido, basado en el respeto a los derechos humanos, un país más apegado a la legalidad como expresión de justicia.

Lógicamente, cuando hay tantos intereses materiales en juego es difícil; para algunos incluso es ingenuo hablar de la pureza de intención del político, que debe buscar el cargo y desde ahí gestionar el mayor bien posible para el mayor número posible de personas. Éste es, por definición, el propósito ético de la política. Esto lo aprendí desde muy joven y, sinceramente, todavía creo en su alto valor. Un principio ético no pierde su validez por más que la práctica lo niegue.

De lo bueno, más. Se trata de reforzar lo nuestro y no de ir en contra del otro. Esas acciones positivas, esas frases, declaraciones, programas e iniciativas hacia la coincidencia, la cooperación y la reconciliación que, afortunadamente, en la práctica política mexicana las hay y suelen ser más frecuentes, imaginemos que las ponemos “en una sola canasta”, con la debida participación de la sociedad civil, para que veamos que también pesan, que sirven y cuentan.

No sólo las faltas, las rupturas, las divisiones, enconos, son una carga pesada. También lo bueno y lo positivo, pesa y cuenta en el ánimo del electorado. Y con la ayuda de los medios, esto podría tener mejores resultados. Creo que uno de los retos es no medir la realidad sólo por la negatividad y la violencia plasmada en noticias, en detrimento del espacio que se concede a las buenas acciones. También hay noticias buenas que no deben quedar en las sombras. Actos de servicio y entrega a la sociedad que también pesan, cuentan. De lo bueno, más.

Anotaciones para una teoría política de las coincidencias

Menciono enseguida algunos principios de filosofía así como algunas propuestas encaminadas a acercar posiciones distintas en las contiendas. Partiendo del sentido común expresado en el dicho de que todos “vamos en el mismo barco”, hay que idear e imaginar propuestas para que se regenere al menos un poco la confianza en la política y sobre todo crezca la confianza ante y entre las instituciones mexicanas. Más que propuestas estructurales, son ideas puntuales para mejorar la contienda electoral presidencial.

Pero antes permítame recordar que, con motivo de la muerte de Nelson Mandela en diciembre de 2013, algunos medios resaltaron que uno de los más grandes legados del expresidente sudafricano, además de sus logros a favor de la libertad y la igualdad, se ha visto patente al lograr unir a todas las religiones en un rezo nacional con motivo de su partida. Mezquitas, iglesias, sinagogas, templos, en muchos barrios, detuvieron sus diferencias y se unieron en memoria de ese gran líder y guía. Logró lo que muy pocos han alcanzado en la historia: espacios para la unidad y la reconciliación.

Hacia una teoría de las coincidencias

Lo que podría en el futuro llegar a ser una teoría de las coincidencias, misma que a lo largo del libro esbozo y que es una idea que espero seguir analizando, se inspira en una filosofía que pretende armonizar la pugna natural entre los contrarios. El propósito de esta obra es, por tanto, introducir elementos con esta química que perfilen nuevos senderos para la tarea que tiene auestas al ciudadano, la clase política y el gobierno.

La teoría molecular (concepto o idea de la existencia de enlaces químicos fuertes entre dos o más átomos) quizá funciona poco para ilustrar esta idea política, pero algo puede hacer reflexionar con la unión de los opuestos en los

núcleos atómicos. En química ciertos elementos necesitan de otros para ser estables. Sólo los metales interactúan separadamente. El hidrógeno separado no es tan útil para la vida como lo es cuando se combina con el oxígeno para convertirse en agua.

Volviendo al tema de las alianzas políticas, desde el punto de vista de la lógica matemática o de la primitiva aritmética, es cuestión de sumar, no de dividir, en materia de preservar la patria y la unidad nacional. Todos los partidos: PRD, PRI, PVEM, MC, AC, PT y PAN conforman un mosaico multicolor, lleno de ingredientes, de ideas que, mínimamente coordinadas, no deberían siempre ser una mezcla explosiva, sino tener la capacidad de dar el mejor menú para el momento. Al decir esto, recuerdo que en la isla de Andros, en Grecia, conocí un restaurante que se llama “Menú, me nou”, cuyo significado o traducción es semejante a algo así como: “Menú hecho con inteligencia”. Del mismo modo, al lograr armonizar una especie de sopa de letras nacional creo que es posible avanzar en diseñar el mejor menú para México. Ésta es tarea de todos (con su debida distancia y diferente relevancia, recordemos la rivalidad deportiva en el futbol entre equipos como Toluca, Guadalajara, América, Pumas, Cruz Azul, etcétera, los cuales llegado el momento de defender la camiseta nacional dejan de lado esas diferencias).

Pasemos a plantear ideas iniciales hacia una nueva lógica basada en los principios que deberían considerarse para una política de las coincidencias, misma que, sin pretender querer dar soluciones definitivas, sea al menos un primer paso. Ni pragmatismo, ni idealismo.

Con esa orientación elemental, enlisto algunos elementos preliminares para las relaciones entre los actores políticos que enmarcan o delinear algunas bases para este ejercicio.

La teoría de las coincidencias debería basarse en los siguientes postulados:

- Reconocer por definición que un partido político es sólo una parte de la sociedad.
- Evitar expresiones de una parte que hagan sentir que pretende representar a toda la sociedad.
- Mantener una actitud de apertura y respeto a la verdad del otro.
- Tolerar diferencias de pensamiento y priorizar la parte que une.
- Hacer del diálogo un elemento central para encontrar acuerdos.
- Reconocer la superioridad del interés nacional por sobre otros intereses parciales.
- Tener disposición para enlistar coincidencias iniciales, como el buscar el bien para México, para de ahí

expresar una plataforma mínima de confianza hacia las otras partes para empezar la negociación.

- Reconciliar intereses o puntos de vista aparentemente opuestos, mediante un método de disección (como se verá a continuación en la teoría asintótica de los acuerdos).
- Hacer de las diferencias una palanca de apoyo que al final del proceso enriquezca la pluralidad.
- Hacer de la política el arte de las alianzas al servicio de la nación.
- Expresar la capacidad de superar estereotipos, no descalificando al otro como de extrema izquierda o extrema derecha o promotor del *statu quo*.
- No atarse al pasado, tener memoria, pero mantener capacidad para proyectar acuerdos nuevos.
- Reconocer que nada es para siempre y que todos nos necesitamos, sea en la oposición o en el gobierno.
- Discernir entre la pasión electoral (sentimientos) y la razón (argumentos), lo que es mejor para el país.
- Preservar el valor de la palabra dada y la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace.
- Evitar caer en la retórica de decir que sólo un partido es el único que sabe cómo salvar a México.
- Hacer del consenso su principio rector para sentarse en la mesa a negociar puntos en conflicto, buscando soluciones no violentas.

- Evitar convertir en villanos a quienes no comparten las mismas ideas políticas.
- Evitar a toda costa incitar al encono o a la división entre mexicanos.
- Evitar caer en disyuntivas absurdas o artificiales, porque sería tanto como pedirle al elector que escoja entre un candidato parcialmente honesto y el otro que es técnicamente incompetente.
- Recordar que la política es como una rueda de la fortuna, da vueltas y en la vida, nos toca a veces estar arriba y a veces abajo.
- Preservar la capacidad constante de recomponer, de mantener siempre un canal mínimo de comunicación, para evitar rupturas graves y que salgan de control.
- Potenciar los valores humanos comunes como un aspecto de supervivencia de nuestro sistema político.

Para ello, a lo largo de este libro, se sugerirá un modelo dialógico de negociación que tenga como base una teoría asintótica de los acuerdos. Esto es, en un debate ha de plantearse como pregunta inicial la finalidad que se busca y reducir gradualmente la polémica a los temas de fondo, mayoritariamente basados en los medios de cómo conseguir dicho fin. Posteriormente, habrá de diseccionarse el desacuerdo general en acuerdos y desacuerdos específicos.

Y así sucesivamente en cada punto de desencuentro, de tal modo que se reduzca el desacuerdo al mínimo posible. Dirá, estimado lector, que las líneas asíntotas nunca llegan a cero, es decir, al pleno acuerdo. Es verdad, pero no es lo mismo discutir sobre el 99 por ciento del problema que sobre el 1 por ciento de sus detalles. El Pacto por México, en este sentido, se plantea como la renovación de un compromiso para coincidir en un solo fin, el cual es velar por el bien de los mexicanos que congrega.

La teoría de las coincidencias es, por tanto, una negociación que no parte de las diferencias, pues visto así el problema será aparentemente irresoluble. Por el contrario, si el debate comienza a partir de los acuerdos (considerando como el primero de éstos el bien común de México), no veremos ya más las políticas de unos como “empobrecedoras” ni las de otros como “vendepatrias” ni la de aquellos otros como “incompetentes o absurdas”. Ahí no está el problema. Habitualmente, los problemas reales se ven con microscopio, aunque en el discurso político aparezcan potenciados como gigantes.

Citemos un ejemplo sobre estas disecciones. En el caso de la presencia del ejército en las calles, la pregunta inicial se dirigiría para saber si se está de acuerdo en la conservación de la paz en el país, cuestión en la que todos coincidimos. Ahora bien, el problema que se plantea no es

el clima pacificador que traería esta acción sino las violaciones a los derechos humanos de la población civil. Y de este problema, diseccionar que un punto a debatir podría ser el posible abuso del ejército contra la población civil, el cual se puede dar porque no les hacen falta órdenes judiciales para actuar sino que basta con tener órdenes ejecutivas. Por lo cual, la pregunta de fondo sería sobre impulsar o no la judicialización de la intervención militar en los problemas civiles; para lo cual el debate, como ha ocurrido, se inclinaría a proponer otras soluciones prácticas y legales, como la que se ha venido mencionando de crear una gendarmería con la fuerza necesaria pero controlada.

Éste es tan sólo un ejemplo de los primeros pasos para ir diseccionando y detectando las diferencias y partiendo del gran acuerdo inicial de buscar el bien común. Éstos son simples esbozos de lo que está por construirse como una teoría para los grandes acuerdos nacionales en los que se defina un modelo de conciliación entre los actores políticos basado en la gradualidad o disección paulatina que permita definir coincidencias y diferencias.

Por otro lado, en adición a lo anterior, hay que subrayar que la reconciliación es rentable para el progreso, tanto en lo social como en lo político, para el crecimiento personal y comunitario. La gente la necesita, todo grupo humano la requiere para sanar conflictos pequeños o graves. Las

sociedades la necesitan. Cuando las personas encuentran espacios para la paz, lo agradecen, valoran que seamos capaces de ponernos de acuerdo y reconciliar el pasado y el presente. Y esta actitud o principio, el acercar, el unir, el reconciliar, es una de las líneas filosóficas de este libro. En esa línea subrayamos que el peso de la mexicanidad que nos une, que nos aglutina en todo el territorio nacional, en esta patria en perenne edificación, es superior al peso de los colores del instituto político en el que militamos. Sin embargo, estos colores son buenos y necesarios en el juego, la dinámica, las luces y los contrastes que arroja cada partido en sus distintas propuestas para los diferentes retos nacionales. Empero, ¿cómo encontrar el carril que nos congrege para llegar a amalgamar o fundirse en los del emblema nacional para el bien común?

La búsqueda de unidad en la diversidad, superadora de diferencias, pareciera ser un esfuerzo de muchas naciones que tienen retos muy variados y complejos. Así, por ejemplo, encontramos manifestaciones de ese llamado, tanto en México como en el extranjero. Como muestra citemos el caso del reclamo de Carmen Chacón, militante del PSOE y exministra de Defensa en España, quien ha hecho un llamado a la unidad ante la reciente situación en Cataluña, reclamando que no hay futuro en el enfrentamiento, en la división y en la ruptura, pues considera

que la vía de la concordia y la convivencia llegará. Como ella, podríamos citar otros tantos ejemplos.

Sin unidad no hay crecimiento ni prosperidad, por lo cual el lograr acercamiento y propósitos comunes de los actores redundará en mejor productividad y hace a México más competente ante los mercados, preparándonos de mejor manera para entrar a jugar en el mundo global.

En la medida en que hay menos turbulencia política, se envía el mensaje de la certidumbre jurídica y de la estabilidad de instituciones, tanto en lo interno como al exterior, lo que repercute en ser más atractivo para la inversión y el turismo. Para lograr fortaleza económica, un mercado tiene que ofrecer garantías al inversionista. Y la primera es un clima de entendimiento entre actores sociales políticos y económicos que se refleje en sendos acuerdos y estabilidad política.

Además, en lo social esto repercute favorablemente, mayor crecimiento se traduce en mayor empleo y mejores oportunidades, más ingresos fiscales y más recursos y programas sociales contra la pobreza y la marginación.

Creo que una nueva etapa, más civilizada en la vida nacional, se abre e inicia el buen camino cuando se logran acuerdos como el Pacto por México firmado por los principales partidos el 2 de diciembre de 2012, en el Castillo de Chapultepec. Aunque en el seno de los dos principales

actores en la oposición, el PAN y el PRD, no les han faltado críticas, considero que es un acto responsable el imaginar medios que les permitan cómo coincidir-disentir con el gobierno para hacer los cambios que el país requiere. Saber ser oposición para velar por el país no es cuestión de mantener sólo enfrentamientos o rechazos con el gobierno. Es, por mencionar un ejemplo, como un movimiento pendular de acercarse y distanciarse, pero siempre como un péndulo del reloj que no se sale de su universo.

La política de acercar posiciones ante las diferencias

Esas buenas prácticas que nos conducen a acercar posiciones políticas entre los partidos y otros actores deben partir de las coincidencias y dejar que las diferencias de criterios no empantanen los temas a debatir. Hay que ir desinflando y desinfectando los temas de debate para poder entablar sanas discusiones que no enfermen el ambiente y permitan avanzar en la Agenda Política de los Mexicanos. Hay que ver las cosas desde la otra orilla.

Incluso los temas de debate, por ejemplo, el caso de la reforma energética y el debate sobre la legalización o despenalización de algunas drogas —por ejemplificar con un tema económico y otro social— pueden ser espacios para coincidencias básicas, logrando al menos el encuentro para la valoración de argumentos mutuos y diferentes.

Porque para ir hacia la otra orilla, es decir, hacia la coincidencia, hay que creer que las diferencias también nos dan impulso y nos enriquecen, reconociendo un mosaico cultural, unas visiones distintas que forman esta nación. No para forzar uniformidad, sino integrando la disparidad de forma racional.

Lo que se opone apoya. Pero no siempre o, al menos, no para siempre. Obviamente, si se trata de una oposición responsable, si se encuentra ante una acción destructiva del gobierno es un deber político oponerse, es una norma moral que debe observar el político. Como se verá más adelante, hacer buena política desde la oposición es tan valioso como hacer buen gobierno incluyendo los proyectos de la oposición. Si este principio se refleja en la relación entre los poderes, podemos decir, por ejemplo en la tarea del legislativo, que una iniciativa de ley valiosa que presenta la oposición constituye un deber de apoyarla desde el Ejecutivo. Y viceversa, un rechazo injustificado e infundado, por parte de la oposición, a una iniciativa sana para la sociedad, sólo porque proviene del gobierno, es una respuesta moralmente reprochable.

Para una relación más madura de los actores políticos en México, creo que se debe superar la idea del villano y la víctima e igual con la distinción de los buenos y los malos. Al menos, el ciudadano podrá desenmascarar

actitudes falsas de actores que pretendan aparentemente “inmolarse por una causa”, bloqueando reformas necesarias, cuando en realidad es un chantaje y con esa actitud inmovilizan iniciativas que la sociedad requiere. Con el voto, pero sobre todo con las nuevas tecnologías, se están presentando fenómenos de protestas e iniciativas en las redes y se impulsan consultas que buscan bloquear políticas públicas que no gustan.

Tenemos un nuevo parámetro desde el 2000 que nos ofrece un panorama inédito que podemos al menos tener como un referente, ya que después de 12 años del PAN en el gobierno de la nación, hay un comparativo de gestión pública de dos partidos diferentes en la Presidencia del país, circunstancias novedosas para los analistas y los académicos, para ponderar, medir logros y deficiencias y sopesar los avances de la nueva administración. Hace tiempo era difícil internamente encontrar con qué comparar. Antes, monopolio político, hoy competencia, logros en la transición y presencia de la alternancia, libertades públicas, ejercicio del sufragio diferenciado, son conceptos y circunstancias nuevas o que han evolucionado a distintos ritmos en el tablero de la política nacional. Alternativas para decidir, para libremente expresarse, y voz ciudadana para decir: a este partido sí lo apoyo, a este otro le retiro mi voto.

Hay que superar la equivocada estrategia de fomentar la percepción sexenal cíclica y periódica de que el anterior gobierno todo lo hizo mal y que el nuevo está haciendo todo bien. No es ahí donde está la clave del desarrollo del país. Debemos superar estereotipos y generar renovadas relaciones que sepan justipreciar logros y avances de los unos y los otros.

Hay que hacer del voto un instrumento más potente. El poder ciudadano se hace sentir de manera particular en las elecciones convocadas en el país. El elector compara y traza en su boleta electoral, apoyando con su mano al partido que va a votar, realiza una especie de disparo. Y muere un gobierno y nace otro. Ésta es la dinámica central democrática con la participación ciudadana en las urnas, quitar un gobierno y poner otro. Hace más de cuatro décadas José Ángel Conchello decía: “La apatía mata a la democracia”, es decir, quien no ejerce su voto daña al sistema o resulta víctima del mismo. Éste es realmente el mayor poder del voto.

Un comentario, previo sobre el papel del ciudadano, a lo que se menciona en el apartado “Anotaciones para una práctica política de las coincidencias” de este volumen en torno al fortalecimiento de la democracia. Al narrar en su escrito Elizondo Mayer-Serra comenta de las elecciones de Venezuela en 2013 y señala que el candidato perdedor Capriles, reconoció su derrota diciendo que otra opción

(Hugo Chávez) obtuvo más votos. Luego añadió: “[...] lo que el pueblo diga para mí es sagrado” (*Excelsior*, 2013). Tomando esta expresión, menciona Elizondo Mayer-Serra que dicho reconocimiento de su derrota se debió a las circunstancias en las que se dio la contienda. Líneas más adelante dice que cada ciudadano se tiene que hacer cargo de sus decisiones.

Y esto para mí completa el cuadro de lo que quiero resaltar: las asignaturas pendientes en política, lo que falta por hacer en este campo, lo que todos queremos algún día ver hecho realidad, es también una obligación que no se limita al gobierno, sino que también incluye al ciudadano. Si hacemos bien esta mezcla de tareas, este coctel democrático donde cada quien asume su tarea, el resultado es envidiable y muy positivo.

Hasta ahora el énfasis está puesto en lo que no hace o hace mal la autoridad, pero no se pondera suficientemente lo que le corresponde hacer al ciudadano o al elector, a éste se le idealiza, y atreverse a cuestionarlo puede ser motivo de agrio rechazo por alguna parte de la misma sociedad civil. Pareciera que se olvida que tarde o temprano a todos nos toca desempeñar el rol de ciudadano estándar, de habitante común de la ciudad.

Cuesta hablar de esta abstención, omisión y apatía del ciudadano, porque dependiendo de qué ángulo se haga,

o por quién se emita, puede ser tomado como agresión o acto autoritario.

He tocado de paso el tema del rol del ciudadano, pero también brevemente debemos ver el papel del Congreso, de las instituciones educativas, de las asociaciones empresariales y sindicatos de trabajadores, por citar algunos sectores. En todos ellos hay asignaturas pendientes, hay muchos que cumplen bien, y otros que están en falta con una respuesta a la altura que el país requiere.

Veamos el caso del Congreso, particularmente en su misión de ser el control de lo que hace o deja de hacer el Ejecutivo.

Para ello, resaltamos, por ejemplo, las comparecencias de los secretarios de despacho después del Informe de Gobierno cada 1 de septiembre, la llamada Glosa del Informe. En ella, hay legisladores que se muestran duros, agresivos e incluso algunos abiertamente insultantes, pero por el contrario, cuando un secretario alude a la corresponsabilidad o al menos les hace una crítica, en ocasiones lo toman como inaceptable intervención.

Guardando las proporciones y diferencias pertinentes, hagamos una comparación entre un régimen parlamentario y el sistema presidencialista mexicano. En el primero, el primer ministro debate con los legisladores en condiciones de igualdad, se realizan críticas y se señalan

errores. De este modo, me pregunto si en el segundo hace falta la integración de una nueva cultura que promueva la crítica constructiva. Considero que esta propuesta se puede explorar desde la riqueza y naturaleza implícitas al equilibrio entre poderes (*checks and balances*).

De igual forma sucede con algunos medios de comunicación, cuando al ser señalados por alguna autoridad o se les dirige alguna crítica, manifiestan una hipersensibilidad y lo consideran como un atentado a la libertad de prensa.

Esto sea dicho con clara conciencia de no pretender coartarlos, sino para que no sólo sea el gobierno al que se le puede pedir responsabilidades, es decir, que se pueda llamar al ejercicio responsable del periodismo y los medios de comunicación. Esta idea puede ayudar y encuentra su fundamento en un principio que señala que los derechos humanos, en general, pueden ser susceptibles de restricciones en aras del bien social. Ejemplos no faltan, en el derecho de circulación, derecho de asociación, libertad de expresión y derecho al trabajo, por citar sólo algunos que han sido cotidianamente limitados o restringidos en su ejercicio. Añado también el caso del ejercicio del derecho de reunión, cuando marchas de sindicalizados o algún otro tipo de grupos alteran la vida y la economía de la ciudad.

El objetivo de reconocer el límite que tiene el ejercicio de los derechos en el marco de una sociedad democrática, como es el caso de los monopolios, es el de no dejar que se acumule tanto poder que ponga en riesgo los intereses superiores del bien general que debe resguardar siempre el Estado, ya sea el caso de medios electrónicos, radio, prensa, entre otros. Reitero, no se trata de ejercer control ni represión gubernamental, sino de pedir una actuación responsable en sus funciones, pues éstas tienen un impacto social de relevante importancia.

Son ideas de cambios para transitar a un mejor escenario político, donde se tenga la confianza de que cada uno tiene su espacio. Porque la patria es tan grande en lo espiritual y en su riqueza que todos cabemos y podemos generar mejores condiciones para la convivencia. Buscando entre actores políticos priorizar el diálogo y la cooperación sin complejos, para no sentirse menos y sin prejuicios, para no creerse superiores.

Es decir, dejar el simple esquema ideologizante de blanco y negro; aceptar la mezcla que cada sector político tiene de elementos buenos y malos, que en buena medida refleja la naturaleza humana de ser un abigarramiento de la tendencia al bien y al mal que llevamos dentro. Hay que avanzar. “De lo bueno, más”, decía hace muchos años mi tocayo Tarcisio Rodríguez en una campaña de Guadalajara.

Hablemos de los programas electorales o, mejor dicho, de las plataformas políticas. Los partidos tienen el deber de buscar una política de acercamiento, de encontrar coincidencias en sus proyectos y plataformas. Tengo la certeza de que se puede lograr una serie de coincidencias. Por ejemplo, el tema de política exterior es una materia noble y un caso claro al respecto.

Tuve la oportunidad de ver y vivir dicha coincidencia y acercamiento a la tesis en este campo, en los años en que fui miembro de dos legislaturas y en la experiencia adquirida en la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la que gradualmente descubrí que en realidad hay unidad de propósitos, como lo son la defensa del país en temas de migración, narcotráfico, comercio, soberanía, entre otros. La política exterior es el primer campo en el ejercicio para encontrar una agenda común.

Sería deseable que en los procesos electorales, con la debida antelación, se constituyera una comisión interpartidista para el estudio comparado de las plataformas, que arrojará una foto, un cuadro comparado, de las coincidencias en rigor, con un segundo apartado de las semejanzas y un tercero de las diferencias. Crear un “mapa de cercanías y distancias” de este tipo, cuyos resultados se den a conocer entre las propias bancadas del Congreso, podría ser un paso importante para un mejor acercamiento o comprensión en la relación entre los partidos.

También para el votante, contar con un documento comparativo tal, realizado por expertos, técnicos, con autoridad moral, le daría un cuadro, esquematizado y didáctico, de las coincidencias y diferencias que plantea cada partido. Como se ha dicho, un trabajo de estas características podría hacerlo una de las comisiones o direcciones del IFE apoyada por instituciones académicas, de tal modo que las coincidencias entre los candidatos y sus partidos se hagan manifiestas al electorado con explicaciones e imágenes de fácil comprensión.

Interesante resultará conocer el porcentaje de coincidencias y diferencias entre las propuestas partidistas. Si bien somos una nación con diferencias, actuales y ancestrales, también, y por encima de esta circunstancia, somos un pueblo con raíces que nos nutren, con un destino común y un afán constante de vivir en paz. Estas líneas son una apuesta sencilla a creer que es más lo que nos une que lo que nos separa.

Una vez logrado ese comparativo de los contenidos de las plataformas políticas de los partidos que compiten en una elección presidencial, se puede dar otro paso más y acercar a los propios actores políticos para trabajar en una agenda común, una Agenda Política para los próximos 20 años, por decir un plazo, para hacer del diálogo y la alianza constructiva un principio aglutinador (véase al

respecto lo señalado en el capítulo 4 apartado “El Pacto por México”, una expresión política de las coincidencias de este libro). Acercándonos, entendiéndonos, uniéndonos, somos más fuertes, y siendo fuertes, nos defendemos mejor ante las nuevas y tradicionales amenazas del mundo global.

*Valores para formular un credo
o declaración de las coincidencias*

Bajo la consideración de que hay más cosas que nos unen como mexicanos de las que nos separan. Si esto es así, resulta relevante, primero, buscar los consensos sin desconocer lo que nos puede distanciar o diferenciar. En este sentido, se puede afirmar que el Pacto por México ha sido eso: un punto de encuentro de los cambios y transformaciones que los actores reconocen como buenos para el país. Buenos en el mejor sentido de la palabra bueno, “un bien”.

Cuando mencionamos “punto de encuentro” nos referimos a un área de convergencia, como aquella diseñada en los aeropuertos para facilitar el encuentro y no perderse. Este concepto es una idea creativa en la que familias y amigos vienen de distintos lugares con la intención de encontrarse unos a otros. Así también en la vida política, arena de pasiones e intereses en la que no faltan desencuentros que brotan súbitamente como la hierba salvaje

en el campo, también ahí se necesita crear y recrear periódica e incansablemente puntos de encuentro.

Creando para ello una plataforma común, que impulse una “fórmula solemne” o “declaración protocolar”. Se podía empezar por recabar o clarificar una lista de grandes valores nacionales que no son generalmente reconocidos, apreciados y se registran sin debate. Así, se parte del gran deseo compartido de vivir en una sociedad en paz, con progreso y hacer lo necesario para que mejore México.

No me imagino exactamente cómo pueda ser plasmada esta idea, pero así como se difunden otros programas educativos electorales, esta propuesta podría ser una fórmula para comprometer a los candidatos desde el inicio de la jornada electoral, a observar valores básicos en la contienda democrática. Además de que tiene también otro propósito para generar mayor autoestima y valoración de lo nuestro, lo que es común y compartido.

Es como una idea para ir en busca de una reafirmación de las columnas, de los contrafuertes que sostienen nuestra cultura democrática, su estructura institucional y los valores que inspiran nuestra convivencia social. Es una idea para rediseñar, una especie de “credo” de “afirmación nacional”, que exprese esa ideología sociopolítica compartida, nada cercano a una doctrina religiosa; es más bien un conjunto de definiciones básicas sobre la patria,

sobre las libertades ganadas, sobre la democracia, que por ser democracia es por naturaleza incluyente y tolerante.

De este modo, una vez expuestas las acciones propias de la teoría de las coincidencias en el apartado “Hacia una teoría de las coincidencias” del capítulo 1 de este volumen, esta idea de declaración solemne (mediante una formulación cuya solemnidad promueva responsabilidad para su cumplimiento) vendría a complementar dicho apartado.

La lista inicial que podría pensarse es la siguiente:

1. Afirmar la grandeza histórica de México y su elevado destino.
2. Afirmar la igualdad de todos los mexicanos y el compromiso de crear una sociedad más justa.
3. Afirmar el valor de la diversidad, promoviendo la tolerancia de ideas y la coincidencia de lo que nos une como país dentro del mosaico ideológico multicolor.
4. Afirmar la fortaleza y el talento del pueblo mexicano.
5. Afirmar el compromiso solemne de los actores políticos para velar por el bienestar de todos los mexicanos.
6. Afirmar que el respeto a los valores democráticos y la observancia de la ley son básicos para vivir en armonía.
7. Cerrar con un compromiso que redondee todos estos conceptos.

Como se ha dicho, es simplemente una propuesta para fortalecer el sentido de unidad del país, de la fe y confianza en su destino, un “México, creemos en ti”, que con un carácter protocolar, con solemnidad, podría realizarse cada vez que se da el inicio de un proceso electoral presidencial.

Esta propuesta también plantea la función epistemológica de un credo, como fuerza rectora que nos impulsa hacia adelante. La primacía ontológica del deseo establece que, sin el sueño de llegar a la luna, no habría agencia espacial que apoyaría ese proyecto.

Se debería pensar para que contara con participación social relevante, para que no sea “cocinada” sólo desde arriba, desde la cúpula. Se puede pensar para las elecciones presidenciales, introduciendo una reforma en este sentido, para que lo adopte un órgano electoral, Trife, IFE, previo a una consulta en el seno de los partidos y de la sociedad para incorporar propuestas de su contenido.

Por supuesto que esos actos solemnes fortalecen el sentido de pertenencia y el deber de servir desde el ejercicio del poder a la sociedad, actos que, aunque parezcan menores, dan una mística y generan compromisos morales, y otros que pueden ser relevantes en cuanto que, al haber sido proclamados de cara a la nación, tienen su valor, pues sellan un supremo compromiso ante el pueblo que los vota.

Reflexionando sobre un tema relevante, me pregunto sobre el vínculo entre el concepto de patria y el concepto de familia y cómo estos dos valores se interrelacionan.

Porque, al considerar los argumentos que he venido presentando hasta aquí, reflexiono y me cuestiono si se tendría que ahondar en el concepto de familia mexicana. Es pues a partir de lo familiar que se estructura la sociedad, quizá sea más fácil poder subir, pero no bajar (en cuanto familia es núcleo), a otros tantos niveles sociales como los grupos locales, estatales y llegar a la gran familia nacional, mexicana, que forma un mosaico multicolor que crece y es dinámico con sus rasgos comunes y con sus diferencias. Y de ahí incluso, en un sentido más amplio, podemos considerar al conjunto universal de naciones que forma la raza, la familia humana. Estos lazos que nos hermanan se sienten, se sacuden y actúan cuando sentimos, como familia, el drama ante acontecimientos como la guerra en Siria o un terremoto devastador.

Podemos encontrar filosofías y momentos históricos en los cuales la raza humana aflora y se concibe como “una sola familia”. Pienso, por ejemplo, en el cosmopolitismo estoico (ciudadano universal) y, ya en la modernidad, acerca del ideal de la fraternidad de la Revolución Francesa. Posteriormente hace tan sólo unas décadas, esta idea se vería plasmada en la Declaración Universal de los

Derechos Humanos (1948). Los seres humanos formamos una familia en cuanto tenemos rasgos distintivos únicos e indiscutibles a nivel universal.

Así pues y con mayor naturalidad, en lo nacional conformamos una familia todavía más estrechamente ligada culturalmente por todo lo que compartimos. Y el ambiente de paz y desarrollo que queremos en nuestro país es impulsado y sostenido por el concepto de “el nosotros comunitario”.

Por eso he dado un vistazo a las declaraciones de principios de algunos partidos políticos sobre su expresión acerca de la familia. Aunque no presento todos los partidos, he constatado que en todos hay una alta valoración por la familia.

El PRD, por ejemplo, en la sección en torno a los derechos humanos manifiesta su preocupación por garantizar a toda persona y su familia un nivel de vida digno en materia de salud, alimentación, esparcimiento y servicios sociales. De igual modo, el PAN indica que:

La familia es el cauce principal de la solidaridad entre generaciones, es el espacio principal de la responsabilidad social, que debe ofrecer la más leal red de seguridad y de afecto ante contingencias y amenazas.

Mientras que el PRI, por su parte, señala en su Declaración numeral 4 que

Nuestra mexicanidad no nos aísla ni nos contrapone con lo universal, antes bien, nos armoniza con un mundo interdependiente, en el que sólo podemos interactuar si tenemos claramente definido nuestro ser nacional.

Estamos ante un esquema de corresponsabilidad e interdependencia a nivel interno y externo. La familia nacional mexicana es parte de la gran “Familia global”, es el resultado de nuestra historia y de una vasta creación y expresión de civilización a través de los siglos. Al respecto, Enrique Krauze sugiere que el mestizaje mexicano, real y vivencial, ha sido la aportación más trascendente de México a la humanidad en el milenio que recién concluyó (citado por Eduardo Aguilar).

En lo social se dan expresiones de solidaridad nacional cuando ocurre en algún punto del país alguna catástrofe. En lo político se dan coincidencias también. Si trasladamos esto a la relación entre partidos y entre grupos sociales del país, encontramos que se da una transversalidad de valores compartidos en muchos de los aspectos.

No obstante, existen diferencias naturales y fabricadas o influidas por la mano del hombre, pero hay integración en y dentro de un fenómeno singular que nos abarca: la nación. Recordemos lo que al respecto decía Carlos Fuentes (2013) en *El espejo enterrado*:

España y el Nuevo Mundo son centros donde múltiples culturas se encuentran, centros de incorporación y no de exclusión. Cuando excluimos nos traicionamos y empobrecemos. Cuando incluimos nos enriquecemos y nos encontramos a nosotros mismos (p. 231).

Ni como individuos ni como país estamos aislados flotando en el océano de la historia, somos parte de una familia universal que hoy más que nunca comparte los grandes valores de los derechos humanos, la libertad, la democracia, el sueño de la paz, el valor de la dignidad humana y resalta el papel de la mujer. Miles de millones de seres humanos estamos en consenso para rechazar la violencia, las armas nucleares y el uso de armas químicas evitando siempre la guerra. Vamos acercándonos, creyentes y no creyentes, a ese gran acuerdo, inspirados en esos valores. Y en el tercer milenio la familia juega un rol insustituible.

Tal vez habría que imaginar una Organización Mundial de las familias —idea que escuchaba de un amigo y que ha quedado en papel— para promover a la institución familiar como integradora de distintas concepciones y regiones del mundo, velando por su bienestar, cuyo rol no fuera opuesto sino complementario al papel ante las representaciones que ya existen, tales como la ONU.

Anotaciones para una práctica política de las coincidencias

La buena disposición y la mesura del discurso político

El discurso político ha de moderarse evitando la típica crítica que eleva a universales las propuestas de los otros partidos, o bien, de la contraparte (sea ésta el gobierno o la oposición). Si referimos esto al cuadro de oposición en la lógica aristotélica, encontramos que una confrontación política, formulada con silogismos universales, impide el encuentro entre las posturas contrarias, cuya radicalidad no concede punto de encuentro alguno.

Así, los discursos “caníbales”, al referirse a las ideas ajenas, recurren frecuentemente al uso de palabras como “siempre”, “nunca”, “todos” o “ninguno”, con las cuales se descalifica tajantemente a la contraparte. Por el contrario, el discurso político de las coincidencias ha de diseccionar las propuestas propias y ajenas en subpropuestas. Sólo así, deshilvanando los discursos cuando éstos parezcan irreconciliables, se puede lograr encontrar puntos de coincidencia. Y cuando se llegue a un punto de desacuerdo, hará falta nuevamente repetir el ejercicio. Las coincidencias se logran mediante los valores de la paciencia y el respeto.

Por decirlo de otro modo, podríamos preguntar: “Dime si descalificas *a priori* o si dialogas *a posteriori* para escuchar la propuesta del contrario y te diré qué tipo de oposición practicas”.

En el mundo contemporáneo, la tendencia política busca evitar los discursos universales como los de ese tipo de gobiernos que, a manera de dictaduras, promulgan y derogan leyes, juzgan y, cuando hace falta, desaparecen congresos y ejecutan opositores. Los gobiernos autoritarios de tal orden simulan: falsean elecciones, fingen que escuchan y representan al pueblo, aparentan libertades públicas. Estos gobiernos dan un poco de aire y movimiento, únicamente para que la sociedad no se sienta asfixiada y para evitar que ésta acuda al supremo y extremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión.

Las democracias, en cambio, viven del “tanque de oxígeno” que les suministra y les rellena la sociedad periódicamente en las elecciones, que controlan a través de la división de poderes y la rendición de cuentas. Permiten la libertad de expresión, las contiendas entre una pluralidad de partidos y las expresiones de los candidatos en campañas, aunque éstas, en muchas ocasiones, sean muy agresivas, de confrontación y poco propositivas.

De manera simple y resumida podemos recordar un poco los grandes logros que alcanzamos en los últimos

cuarenta y pico de años pasando de un sistema autoritario a un régimen con bases democráticas en proceso de maduración.

Y dentro de esos logros, el ciudadano, su acción, su compromiso, también evolucionó positivamente en cuanto al terreno electoral se refiere: de una actitud pasiva o resignada avanzó a una más activa, denunciante y en muchos casos de militante tarea. De aquella cultura de corte autoritario, también los partidos han ido evolucionando de una doctrina contestataria e incendiaria, a una madura relación de acercamiento y diálogo entre los actores políticos.

Si miramos la historia electoral de nuestro país, vemos que en las últimas décadas hemos logrado avanzar. Esto nos debe impulsar a hacerlo ahora a mayor ritmo. Recuerdo la década de los setenta, donde el discurso entre oposición y gobierno era muy de choque y descalificador. Fraude, cerrazón o represión eran conceptos centrales y recurrentes por parte de los partidos opositores.

Anteriormente, hemos hablado un poco de ese rol del ciudadano, del principio de equilibrio entre poderes, de los avances de nuestro sistema democrático, del nuevo papel que desempeñan los grupos de la sociedad civil que se encargan de los procesos electorales y de la defensa de los derechos humanos, particularmente los derechos políticos.

En contrapartida, desde el gobierno, había una tendencia a descalificar la acción de esos grupos opositores, señalando que eran incapaces para gobernar o se les acusaba de intromisión de intereses del capital o intereses extranjeros para denostarlos.

En este momento hay una diferencia significativa en el tono político, el discurso es distinto. La mesura y mayores dosis de búsqueda de consenso han aparecido desde hace tiempo. Hoy es una época de gobierno compartido, dividido y con necesidad de acuerdos entre las fuerzas políticas.

Esto permite que se disipen climas políticos como las tormentas, ya que los actores se muestran propensos para sentarse a negociar y a pactar acuerdos que integren los distintos proyectos. Se puede sentir un ambiente más adecuado para la búsqueda del interés nacional, por encima de los intereses partidistas o de grupo. Al menos intermitentemente.

Para ilustrar lo anterior, imaginemos que una persona se pone una camiseta con los colores de nuestra bandera y encima de ésta otras camisetas con el emblema del PAN, PRI, PRD y todos los partidos. Ahora, supongamos que esta persona sale por las calles buscando reacciones y opiniones ciudadanas con sus propuestas para informar y difundir un único proyecto que identifique a todos, al menos en grandes temas de interés nacional. Seguramente, esta persona sería criticada por un partido u otro, pero quizá

podría lograr momentánea y parcialmente, transmitir el mensaje de que lo importante es la persona y la sociedad-país, más allá de las camisetas del partido político, pues estaría dando a entender que su ideología trasciende. Este ejemplo nos permite entender un mensaje claro: en el fondo, todos llevamos una camiseta siempre puesta, la camiseta de la mexicanidad. Por eso concluyo este punto señalando que afortunadamente se avanza hacia una dosis de mayor cordura y sensatez en las contiendas, si miramos hacia atrás en nuestra historia de luchas electorales y comparamos con lo que hoy tenemos.

Me ha tocado en suerte vivir, participar y encabezar campañas desde hace unos 40 años. La de 2012, la reciente distinta y distinguible contienda que, entre tanta maraña de propaganda electoral, a lo largo de su primer semestre, al que se puede calificar como un clima de campaña caliente presidencial, donde se dan los clásicos recurrentes ataques y descalificaciones, aun en ese clima siempre hay algo rescatable; la buena acción de uno y otro, desde donde entre uno y otro de los colores partidistas se dan también mensajes valiosos que llaman a la cordura y a la unidad para bien del país.

Y finalmente, después de concluido ese proceso comicial presidencial de 2012, debido a cierta participación de las fuerzas políticas, así como por la exigencia ciudadana

creciente, entre otros factores, sin olvidar la acción de la autoridad electoral, criticada por unos, pero que al final llevó a buen puerto el cierre del proceso comicial, se logró una vez más cumplir el procedimiento constitucional en el país para llegar a la asunción del nuevo Presidente de México para el periodo 2012-2018.

Es la democracia una especie de mecanismo de desintoxicación que sirve para impulsar el desarrollo. Ante las ataduras y rezagos que tienen presentes el país, resulta ser un medio extraordinario en manos de todos aquellos patriotas que en verdad quieren ver mucho más fuerte a México.

En este sentido, hay temas en los que se ve más clara esta necesidad de desintoxicación en algunos asuntos nacionales, lo que es saludable y necesario de cara a decisiones que se van tomando como el asunto de la energía y los recursos naturales de México. Recuerdo que hace más de una década, con motivo de un curso que nos ofreció una fundación para la democracia, escuché en Madrid, en voz de una experta, la necesidad que tendrían en el futuro países como México y otros de la región para poder satisfacer sus necesidades de energía si querían despejar en su desarrollo, ya que desde esa época se acababa el petróleo barato, de extracción no profunda y, sin embargo, crecía y crecía más la demanda social de energía.

No obstante, el tema de modernizar nuestro uso de los recursos naturales, específicamente del petróleo, en nuestro país se quedaba aparentemente atorado en un debate que tenía posiciones muy distantes. Debate con argumentos, pero también con una buena carga ideológica, sin poder retirarle todo el humo y ruidos innecesarios que permitieran ver más allá para encontrar la respuesta técnica (y política) que necesitaba el país. Teniendo como fundamental premisa preservar nuestros recursos para bien del país y por lo tanto buscando también la mejor solución para que los mexicanos pudieran contar en su vida cotidiana con electricidad, gasolina, luz, refrigeración, comunicaciones y todo lo que depende de la energía en los tiempos modernos.

El propósito del presente libro no es profundizar en estos tópicos tan complejos, sino quizás dejar trazados algunos parámetros para su análisis, en concordancia con la línea filosófica que hemos venido planteando. No obstante, lo que sí se puede aportar es alguna experiencia de otros países.

Un ejemplo en otras naciones que de paso me ha tocado ver, además de Grecia, es la administración de recursos naturales, específicamente del gas, que desarrolla Israel y Chipre, pese a sus características de país tan distintas, en donde cada uno define un modelo nacional para explotar sus recursos.

Israel trabaja a marchas forzadas para aprovechar sus recursos, pensando en mantener sus excedentes de producción para las décadas siguientes con un esquema que le garantiza que las ganancias se queden en su país en las proporciones que les interesan y que ellos fijan.

Similarmente, Chipre busca imponer sus condiciones, con la variante de que está más dispuesto a exportar una mayor cantidad de sus recursos al exterior, pero también fijando el porcentaje para ellos. Hacen proyectos sobre la posibilidad de que los nuevos descubrimientos de yacimientos naturales de gas puedan aportar riqueza para recuperar su estabilidad económica ante una crisis grave que vive este pequeño país situado en el mar Mediterráneo.

En éste y otros temas, habría que superar falsas disyuntivas y escenarios que inhiben. No se trata de vender al extranjero los recursos energéticos nacionales, ni de dejar que se pierdan o queden en la parálisis o en la inutilidad, mientras los mexicanos tienen crecientes necesidades. Hay un nacionalismo sincero, fundado y previsor, al que nosotros debemos aspirar. Debemos hacer frente a las demandas reales de energía y riesgos de uso (asegurando que los recursos se queden para los mexicanos).

Se puede y se debe defender al país sin que por eso estemos reñidos con la modernidad que reclama el país

para poder competir y ser soberano, ante las embestidas económicas y financieras que se viven constantemente.

Y claro que en éste, como en otros tópicos, debe considerarse la rectoría del Estado para garantizar la protección de los recursos nacionales. Además, el debate no debe evitarse, por el contrario, debe de fomentarse para encontrar alternativas que concilien soberanía sobre nuestros recursos y a la vez modernización, usando racionalmente nuestro petróleo, gas y otros insumos, socializando los beneficios.

Siempre pensando que se puede aplicar el principio de subordinación, al hablar del uso de nuestros recursos naturales, a la búsqueda sincera del bien común, es decir, tanta iniciativa privada como sea posible o tanto Estado como sea necesario.

Reconciliando el pasado y el presente

Pensando en otros países, de otras latitudes y otros tiempos, cuando surge la espiral de la violencia, ésta lo mismo divide familias que genera sociedades enfrentadas. Y la historia contemporánea nos enseña, como podemos ver en distintas regiones del mundo en diferentes épocas, que la violencia impide a los pueblos avanzar o los sume en dolorosos procesos de reconstrucción nacional.

Sobre todo después de episodios de represión, autoritarismo, conflictos bélicos, religiosos o étnicos, resulta difícil alcanzar el momento de la reconciliación y propicia largas cadenas de conflictos y rencores, con una alta dosis de dolor entre las partes, transformando la enemistad muy profunda, exigiendo largo tiempo para recuperarse y reconciliarse.

Sin ánimo de comparar y con las debidas proporciones, repasando los acontecimientos y experiencias en México, en lo electoral y sus conflictos que le son atávicos, se puede obviamente afirmar que tienen otra dimensión. No obstante, en ciertos episodios de nuestra vida como nación, también las elecciones han sido causa de fuertes altercados, disputas y divisiones.

La primera reforma electoral que me tocó vivir, digamos, ya con cierta formación ciudadana fue la del año de 1977. Este cambio introdujo a los diputados plurinominales, dio tiempo a los partidos en medios, permitió inscribir nuevos partidos, entre otras mejoras, y se conoció como la Ley Federal de Organizaciones y Procedimientos Electorales (LOPPE).

Posteriormente, en las tres décadas pasadas se realizaron varias enmiendas adicionales. No obstante, reformas electorales van y reformas políticas vienen; sin embargo, todavía hay un gran camino por andar en materia de maduración de nuestros procesos electorales.

Por eso actualmente se plantean nuevas reformas para hacer cambios con el propósito de restaurar la confianza y que permitan la convivencia y el avance en procesos electorales democráticos sin riesgos de violencia.

La historia de la mayoría de los países en nuestro continente americano y su paso por dictaduras, gobiernos militares o represores, golpes de Estado o violaciones masivas de derechos humanos, muestra que el peso y la carga que significa para el presente ese pasado doloroso, violento, tiene y trae recuerdos de represión y dramas familiares que no les permiten fácilmente ni siquiera pensar en reconciliaciones.

Se dice a veces que los latinos tenemos la sangre caliente. Sin embargo, a riesgo de equivocarme, veo conflictos serios y complejos en otras regiones del planeta, mayores que los que ocurren en nuestra América Latina, región ésta no exenta de serios o graves y ancestrales problemas sociales. Percibo que hay un grado positivo de reconciliación en nuestra región, además de maduración de sus democracias, lo cual abre un camino que nos permite liberarnos de esas cargas históricas y desprendernos con sabiduría para saltar a una nueva etapa en la vida de los pueblos. Sin embargo, para ello tenemos que asirnos, aferrarnos, a una escala de valores que le den sentido y esperanza a los cambios que queremos lograr.

En mi opinión y bajo el análisis del cuadro previamente esbozado, México no se encuentra en una posición difícil para poder avanzar exitosamente hacia un sano y constructivo proceso de cooperación y reconciliación, esta última planteada como una tarea para hacer coincidir los esfuerzos de los diversos actores políticos a favor del país.

Con temor a equivocarme, creo que nuestra historia de Independencia y luego Revolución no dejó heridas generacionales insalvables como otras guerras fratricidas o crueles que provocan que las heridas no cierren ni siquiera de una generación a otra. Miremos a los pueblos de los Balcanes, zona en la que han surgido confrontaciones regionales donde, por generaciones y por épocas, se han enfrentado unos pueblos contra otros derivando incluso en conflictos mundiales.

Si acaso revisamos nuestra historia nacional y recordamos la lucha entre el liberalismo y el conservadurismo en los siglos XIX y XX, nos percatamos del impacto que ha tenido para los siglos venideros. Sin embargo, los frentes liberal de José María Luis Mora y el conservador de Lucas Alamán, que pensaban en distintos modelos de sociedad y de gobierno para el país, hicieron sus aportaciones sin las cuales sería incomprensible el México contemporáneo.

Estas luchas nos marcaron históricamente en sendos sectores y en la diversidad de pensamiento, pero también

en sus encuentros surgieron doctrinas, tesis y luchas con las cuales estos pensadores, junto con miles de otros héroes y próceres, delinearon y forjaron nuestra nación.

Si pudiéramos ver esa época en película continua hasta los tiempos modernos, encontraríamos acciones y líneas de pensamiento un tanto similares de la lucha entre grupos de mexicanos: conservadores y liberales, federados y centristas, revolucionarios y porfiristas, villistas y carrancistas, católicos y liberales, izquierdas y derechas, etcétera; pero de todo ello surgió una vigorosa nación con instituciones que se forjaron en el taller de los siglos y son orgullo nacional.

Así como surgió y prevaleció en esas luchas una búsqueda de unidad nacional y floreció una nación federada, establecida en la Constitución Política en 1917, la actual generación está llamada a darle ese golpe histórico a nuestro presente para hacer una nueva política en lo electoral, recreada en la identidad nacional, donde la lucha por el poder sea, si no una feria de buenas ideas y propuestas, cuando menos que sea menos ideologizada y sea más una fiesta de expresiones de identidad nacional, evitando abrir divisiones inútiles y riesgos de contraponer radicalmente a unos contra otros.

Lograr cuajar en una nación como la mexicana, después de luchas y esfuerzos seculares, significa de alguna

manera que se logró, al menos en parte, hacer de la patria un lugar donde todos puedan convivir y todos puedan ser incluidos, aún en las diferencias. “Inclusión no significa aquí incorporación de lo propio y exclusión de lo ajeno. La ‘inclusión del otro’ indica, más bien, que los límites de la comunidad están abiertos para todos, y precisamente también para aquellos que son extraños para los otros y quieren continuar siendo extraños” (Habermas, 1999, p. 24).

En la práctica política mexicana, la creación y logro que significa el Pacto por México tiene mucho de este pensamiento filosófico, cuando se reconoce en voz de Martha Tamayo, una de las representantes del PRI en el consejo rector del Pacto por México: “No es posible la unanimidad en política, pero sí hay una amplia reacción favorable respecto a lo que el Presidente emergido de nuestro partido está haciendo en forma madura, responsable, al compartir la toma de determinaciones con dos fuerzas políticas en los puntos en los que hay coincidencia” (Núñez, 2013; Tamayo, 2013).

Hoy estamos llamados a hacer un cierre de círculo histórico para lograr una unidad de propósito en la diversidad nacional: lograr recrear una mesa permanente donde sea posible compartir diferentes enfoques y un solo propósito. Si construimos y visualizamos esta nueva época en la vida de la política nacional, tendremos menos motivos

para la polarización al alejarnos del riesgo de levantarnos en armas o de recurrir a actos violentos para cambiar las estructuras y para transitar a una nación con justicia social, más equilibrada.

En los inicios del siglo tenemos elementos para marchar juntos, con menos antagonismos y no “perder el piso”, por ejemplo por el caso de ostentar un alto cargo, sino, por el contrario, como se dice, de ponernos todos el overol, pegar ladrillos o arrastrar el lápiz, según lo que haga falta.

Me atrevo a decir que actualmente existe una clase política más ilustrada, no más comprometida toda ella necesariamente, pero menos llena de prejuicios, más cercana de la tolerancia y otros valores democráticos. Al menos, dirigentes de esta talla existen en todos los institutos políticos. Claro, también hay los que causan escándalos o que actúan pisando la ley hacen mucho ruido y su presencia en medios es enorme. En cambio, los legisladores que cumplen o el funcionario de gobierno, sea municipal o federal, que trabaja bien no hace ruido y pasa desapercibido.

Tenemos más identidad y menos rivalidad. Actualmente, debe pesar y ser más determinante el ser nacional de un país con esa grandeza como México que el ser militante de un partido. Si logramos esto, construiremos una gran fortaleza.

Hoy México es más visible, está en un momento donde puede aportar al mundo un nuevo estilo de renovación democrática, basado en la cooperación y en la reconciliación, no en la confrontación, sino en la sana coincidencia que salva, que redime, y que, si hace falta, construye espacios para el perdón y, a partir de esto, reconstruye su futuro deseable. La unidad que saben demostrar los mexicanos en momentos duros y difíciles también puede expresarse y hacerse realidad para alejarnos del riesgo de evitar “terremotos políticos”, cuando vivimos tiempos clave e importantísimos como es llegar a una elección presidencial para que el pueblo exprese quién debe dirigir al país. Sin embargo, para ello, los contendientes en un proceso electoral deben evitar conducirse por el instinto y velar por el cumplimiento de las reglas democráticas, evitar choques entre grupos como si fueran enemigos ante los cuales, o lo acabas o te acaban.

La realidad es que no podemos pasarnos el tiempo peleando con disputas inútiles o campañas largas y costosas llenas de agresiones, que además cansan y decepcionan. Así que la idea es evitar la descalificación en automático, porque a veces pareciera y se ve que si el gobierno entona una canción en Do, sólo por llevar la contra, un partido opositor la canta en Re creyendo que con esa actitud fuera del tono gubernamental se ganan adeptos, cuando lo que

se debe buscar es tener también la capacidad de cantar en sintonía, para bien de los oídos de los mexicanos.

Hay que decirlo más de una vez: la coincidencia en política es más rentable que la confrontación abierta, ganan los partidos, ganan los principios democráticos, pero, especialmente, gana la gente. El costo o beneficio político que puedan tener las iniciativas de conciliación para los partidos han de tomarse como secundarios frente a los avances que éstas ofrecen al país.

Ante el conflicto, el diálogo. Ante el encono, un llamado a la unidad, siempre con un alto sentido de la reconciliación buscando evitar el eclipse de la razón, alejar reacciones violentas, donde el peligro de confrontación crezca y pueda llegar a desbordarse.

La empatía puede ayudar a no buscar en el otro el pensamiento de uno mismo, no verlo como algo genérico, sino escuchar al otro en su diferencia. También es útil el marcaje correcto de los roles y límites que cada actor tiene en un Estado de Derecho, empezando por subordinar las acciones de quienes dirigen el Estado al interés de la sociedad. Todo lo bueno comienza cuando se hace crecer la confianza mutua.

*La confianza entre los actores políticos
como requisito básico*

En el ánimo de los lectores que tengan a bien tener en sus manos este libro, a más de uno le brotará la percepción de que se trata de una obra con tinte utópico, lleno de buenos propósitos pero que no se apega a la realidad de lo que se vive, de la *Realpolitik*. Sin embargo, como en muchas decisiones cotidianas en la vida, se abre la disyuntiva entre escuchar a uno que nos aconseja ser más realistas o a otro que exhorta a seguir buscando un nuevo derrotero para las relaciones entre partidos; es la constante tarea de discernir entre el deber ser y el ceder a intereses que afectan a la sociedad o contravienen la ley.

Un ejemplo que ilustra lo difícil que es remontar desde las zonas de las desconfianzas, muchas de ellas fundadas, es la creación de la credencial de elector en nuestro país, tan complicada y tan rigurosa en su confección, al compararse con la de otras naciones.

La tradición de fraudes y manipulaciones electorales, el hecho de la permanencia prolongada de un partido político en el poder en el siglo pasado, así como la idiosincrasia nacional (descomunal desconfianza en los procesos comiciales) han sido algunos factores para exigir, por parte de partidos y ONG, contar con una cre-

dencial para cada elector, que garantice certeza y destierre dudas sobre quiénes tienen el derecho de votar. Por eso nuestra credencial de elector tiene muchos candados y seguridades, para no ser falsificada.

Esto ha tenido una justificación histórica, pero ha sido muy oneroso para el proceso electoral. Si vemos la identificación que se usa en muchos otros países, hecha de forma sencilla o casos donde basta el carnet de identidad para votar (como es el caso del DNI en España), nos percatamos de que hemos tenido que gastar mucho tiempo y recursos para darle certeza a las elecciones, derivadas de la experiencia negativa del pasado y la desconfianza entre los competidores.

Asimismo, el proceso histórico en nuestro país para poder llegar a un padrón electoral reconocido y aceptado por los partidos ha costado demasiado. En una palabra, confiable, como se ha logrado tener. Algo semejante ocurre en la casilla el día de la elección, nuestra ley establece que pueden estar, además de los funcionarios nombrados por el IFE (presidente, secretario, escrutadores, entre otros), los representantes de los partidos y los representantes del candidato; es decir, un pequeño ejército de activos soldados en pro de cuidar el día de la jornada electoral. Igualmente, la complejidad en esa integración de cada casilla en el país puede

ser explicada desde la cultura de “tener que cuidarnos las manos unos a otros”, descartando acciones de “mapachismo” término que no registra el *Diccionario de la Lengua Española*. Recuerdo las visitas que hice a distintas casillas en varias elecciones en la Ciudad de México: con un “mar de gente” que cuidaba la votación, además de los observadores que desfilaban, hacía que se viera muy repleto el lugar donde se votaba, sobre todo en espacios restringidos.

Para superar la teoría de la conspiración y caminar hacia el fortalecimiento de la confianza, el sistema político electoral ha trazado e impulsado un proyecto de cambios, basados en la gradualidad, que no terminan por cuajar plenamente, pero que tienen que estar encaminados, tercamamente, a trazar reglas del juego claras, equitativas, consensuadas y democráticas para ese fin.

Significa ser capaces de dejar actitudes inútiles, actuando con firmeza, pero caminando en un consenso, superando emociones y sentimientos de ruptura. Si seguimos y avanzamos en este camino, nuestro sistema electoral daría un salto grande de madurez, lograría sacudir los cimientos de la relación tradicional y sembraría nuevas relaciones basadas en la confianza, la igualdad y la libertad de acción de los actores políticos, pero sin dejar a un lado la vigilancia y participación ciudadana.

Lo que resulta indiscutible es la relativa buena imagen de unidad que el país proyecta al exterior, en cómo nos perciben, en las coincidencias que tenemos comparando con las divisiones y separaciones que hay hacia el mismo interior del país. Por ejemplo, las elecciones de 2012 han sido bien vistas en lo general, con comentarios que reconocen un proceso electoral sin graves sobresaltos. El Pacto por México envió también una buena imagen al exterior con un acuerdo histórico que contó con la aportación por el bien del Estado mexicano de los principales partidos políticos. La renovación del Presidente para el periodo 2012-2018 fue una prueba más que logró superar la institucionalidad en el país.

Hoy, de cara al resultado de las elecciones de 2012, podemos discurrir en una reflexión sobre lo ocurrido: estamos ante un triunfo del PRI en la Presidencia. De un PRI que ha estado dos periodos presidenciales en la oposición y un PAN que ha sido en ese mismo lapso gobierno nacional.

Además, existe un PRD con experiencia de gubernaturas y la relevancia de retener el Gobierno de la Ciudad de México, buscando convertirse en un partido más proclive a lograr acuerdos, a sentarse en una mesa de diálogo nacional.

Sin embargo, es preciso mencionar que el cuadro del panorama nacional no estaría completo sin la presencia

de los demás partidos que, aunque con menor representación, juegan un papel indispensable, particularmente por la estrategia de las alianzas electorales, manifestando diferentes puntos de vista respecto al camino que México debe seguir, pero que hacen en ocasiones del fiel de la balanza en elecciones cerradas, en las votaciones en el seno del Congreso. Su rol es muy relevante para la búsqueda de consensos y para fomentar una política de cooperación.

No podemos negar que se ha dado una experiencia que ha hecho cambios en el seno de esos partidos, no exenta de encuentros y desencuentros, de fracturas y grupos con intereses diversos que chocan y se combaten, particularmente cuando se definen candidaturas, una movilización de fuerzas muchas veces sorprendiendo a los mismos dirigentes, pero que se convierten en factores reales de presión.

Dicha experiencia del PRI y del PAN, particularmente la de haber sido gobierno y haber sido oposición, seguramente repercutirá en que cuenten con una más madura actitud para la convergencia, con mejores negociadores, con menos intransigencias, con más apertura para ir al encuentro de una agenda común, el encuentro con los otros para lograr pactos o acuerdos suprapartidos. El PRD, sin haber sido gobierno nacional, históricamente ha aportado a la construcción de la institucionalidad y a la aspiración de contar con un sistema que garantice elecciones democráticas, según los

parámetros nacionales e internacionales. En resumen, reconocer que nos necesitamos unos a otros en la gran tarea nacional. Porque lo contrario nos ha dañado mucho, nos ha obstaculizado avanzar más deprisa y con mejores resultados.

Meses antes, quien esto redacta había escrito estas líneas sobre la necesidad de generar una nueva cultura de acercamiento y confianza entre los competidores políticos, y me dio satisfacción coincidir tiempo después al encontrar una declaración del presidente del IFE, Leonardo Valdés Zurita, en la que señala precisamente que la cultura política en México está basada en la desconfianza, incluyendo todas las terribles consecuencias que esto conlleva, cuya notoriedad es evidente en las distintas etapas del proceso electoral. Ese día él señaló que la desconfianza lamentablemente permite que se dé “crédito a argumentos que lo que hacen es impedirnos la reflexión, el análisis objetivo” (Cortés, 2012).

De igual manera, dijo algo que me permite extender mi reflexión sobre lo que se podría impulsar para avanzar en una agenda común. El presidente del IFE mencionó que “al votar diferenciado, los ciudadanos manifestaron que no quieren que una sola fuerza política gobierne el país”, es decir, en un mandato popular hacer convergencias y sinergias para lograr una agenda común. Este mandato de pluralidad en el gobierno de México es sagrado.

Con este discernimiento, si el sentido común de la política no me falla, considero que la gobernabilidad que quieren los mexicanos es una fusión de fuerzas para lograr las reformas que México necesita. Constatamos que el elector apoya a un partido para el Congreso, pero apoya a otro para el Ejecutivo. No es quizá en todo el país, pero ocurre.

El elector no vota de manera diferenciada para que los partidos o los poderes del Estado se empantanen, se nulifiquen mutuamente y peleen continuamente; desde la lógica democrática es de suponer que lo hace para buscar y lograr consensos útiles en la atención de los grandes retos nacionales.

Por eso consideramos que un primer paso para avanzar hacia esa cooperación sea evitar la descalificación del adversario, dejar de ver en blanco y negro, lo que nos permitirá acercar posiciones y reconocer que somos un país multicultural en diversos temas políticos, capaz de reconciliarse con el pasado y avanzar juntos y poder trazar una ruta para los próximos años. En este sentido, como defendía Octavio Paz en *el Laberinto de la soledad*, es preciso que, como mexicanos, asumamos nuestra historia no como una carga sino como una herencia, porque es paradójico que el mexicano tenga problemas de identidad cuando nuestra cultura es una de las más exuberantes y vigorosas del planeta.

Política exterior como reflejo de las coincidencias nacionales

En este punto, es en donde se pueden lograr coincidencias que no se creen posibles, pero que nos asombraría descubrir que no estamos tan lejos. Por ello me ha complacido encontrarme con las siguientes palabras de Luis Ayllón (2013), corresponsal diplomático del periódico *ABC* de España, cuando dice que:

Si hay un ámbito en la vida política en que las ventajas de la unión se hacen más patentes, es el de las relaciones exteriores. Un país en el que todos los agentes políticos reman en la misma dirección es siempre mucho más respetado que otro en que no sucede así (p. 19).

Avanzar en este campo es un buen paso. En la imagen y presencia de México en el exterior se juegan importantes intereses como nación. Aquí se puede hacer un gran trabajo entre los actores políticos, de manera que, superando los legítimos intereses partidistas, se avance en una agenda común hacia una Declaración de Mexicanidad ahora planteada hacia el exterior.

Por supuesto que en este tema, como en los otros, si de extrapolar posiciones se trata, se puede recurrir a las des-

calificaciones de la política del gobierno en turno, acusándolo de entreguismo, o de indefinida defensa de nuestras posiciones en el exterior. Pero si evitamos poses extremas o calificativos como éstos, encontraremos valiosos puntos de encuentro y coincidencia.

A este propósito ayuda la rica tradición de nuestros principios de política exterior, el profesionalismo y experiencia de nuestro Servicio Exterior, en la medida en que hace de México su interés superior.

Las coincidencias se dan en defender la soberanía nacional, en proteger a nuestros connacionales en Estados Unidos y el resto del mundo, en preservar nuestro país y nuestra región como una zona libre de armas nucleares, no sumisión a las grandes potencias, luchar contra la interferencia en los asuntos internos de los Estados, hacer del comercio internacional una fuente de desarrollo compartido y trato justo, impedir los monopolios y la indebida intromisión de las empresas transnacionales, hacer coincidir los esfuerzos de progreso y paz entre las naciones latinoamericanas, buscar la unidad de propósitos con todos los pueblos de Latinoamérica a favor de nuestras culturas y recursos naturales, defender la vigencia del derecho internacional en todas las materias, mar territorial, derechos humanos, defensa de la ecología, cambio climático, refugiados, nuevas tecnologías y asilo político, etcé-

tera. La lista podría alargarse, pero es una muestra de que en la presencia internacional estamos marchando juntos todos los grupos políticos, mucho más de lo que creemos.

Ese profesionalismo coadyuva a elevar el buen nombre de nuestra nación, a fortalecer su reconocimiento y a hacer que México se conozca, además de ser un país “lindo y querido”, por ser también respetado como un actor emergente que tiene un protagonismo constructivo en la política global.

La acción responsable de los actores de la política nacional, tanto en el Congreso como en el gobierno, avalados por los partidos políticos, hace viable una coherencia como Estado, como nación, cuando se logran frutos como el Pacto por México.

Esta coincidencia, esta armonía, es una cuestión que se va logrando, en parte, de forma paralela a la madurez que van logrando las instituciones nacionales, ya que se le reconoce su nombre, la marca México, un país responsable y con un gran reconocimiento en la arena internacional.

Somos una potencia cultural, un país que por sus posiciones en foros multilaterales tiene prestigio, en temas como defensa del medio ambiente, derecho internacional, desarme y otros más.

Nuestra nación es actualmente bien reconocida y valorada en el extranjero.

Decimos esto ya que es más común escuchar del prestigio de México afuera que adentro.

Hablando de hacer de la política exterior un primer punto de confluencia, mencionó lo siguiente. Hace tiempo, percibí más claramente esta coincidencia durante mis años de la segunda legislatura, 2000-2004, cuando encontré similitudes constantes con el priista Gustavo Carbajal en temas que desarrollamos en México y en países que visitamos juntos. El entonces presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados y el que esto escribe, secretario de la misma.

Salvo excepciones, en todos los demás temas tuvimos fuertes y constantes coincidencias, de manera que estábamos lanzando una política común en lo internacional representando a México tanto en Madrid como en Nueva York, y otros muchos lugares más del mundo, con el caso de la migración buscando la protección de connacionales, así como en otros temas como fueron los ataques a las Torres Gemelas o la guerra de Irak.

Con el paso de los años se ha afianzado en mi conciencia la idea de buscar unidad en materia de política exterior, esto siendo un primer paso, ya que se pueden encontrar otras coincidencias en otros campos.

Por supuesto, en temas disidentes, de fuerte diferencia, se hace una separación para no contaminar, es decir, la política de las esferas compartidas y diferenciadas. Si se practica una política de compartimentos, entonces

es posible avanzar en unos temas y en otros, buscando acuerdos que permitan seguir adelante. Ése es el sendero por el cual podemos caminar para fortalecer la imagen internacional y el esfuerzo de México.

Curioso, pero pienso que, a diferencia de otras naciones con experiencias amargas, no necesitamos hablar de una guerra con otro país, o una gran amenaza exterior, como en ocasiones hacen creer o inventan falsamente las dictaduras o los gobiernos populistas o autoritarios, buscando apoyo interno para mantenerse en el poder.

En nuestro caso, unirnos como mexicanos, con sinceridad y pureza de intención, en un sano apoyo a lo nacional, a lo mejor que México tiene, mostrando fortaleza para los grandes desafíos del mundo que nos toca vivir, y que en cuanto a recursos y riqueza nacionales que hay en la patria, debemos administrar responsablemente para las generaciones que pronto tocan la puerta de entrada, en esa dinámica imparable de relevos y cambios.

Tomás Navarrete Juárez, mi padre, escribió en *Excelsior*, a mediados de la década de los cuarenta, que no se debía caer ni en el nacionalismo exacerbado ni en el internacionalismo relajante, caótico, porque toda nación tiene que vérselas tarde o temprano con estas dos tendencias. En este orden de ideas, cito y coincido con el pensamiento de Basave (2011), cuando afirma:

No creo que sea necesario conjurar el nacionalismo bien entendido, el que fundó Herder, sino las perversiones que lo desnaturalizan en algún tipo de separatismo, imperialismo o supremacismo, bajo el cual una nación intenta cercenar, engullir o aniquilar a otras (p. 26).

Refrendando esos conceptos, se puede decir que toda nación, como ocurre en la vida de las personas, tiene que enfrentarse a lo doméstico y a lo mundial. Y ni es bueno generar violencia o intolerancia por falsa defensa de lo nacional ni abrirse indiscriminadamente diluyendo valores y bienes que nos dan perfil, que nos exaltan como país, que son nuestros.

CAPÍTULO 2

“Todos contra todos” o conciliación, la disyuntiva en la política mexicana

Conciliación en la dicotomía nación-partidismo

*Nacionalidad que une frente a militancia
partidista que divide: la nacionalidad
por encima de militancia de partido*

Establezco como talante, como columna rectora de este trabajo, el principio de la preeminencia de la nacionalidad sobre la militancia en un partido político. Bajo esta convicción creo que podría impulsarse que crezca en la voluntad de los contendientes, de los actores políticos que se disputan cíclicamente el poder, una idea que flota en el ambiente, pero que me permito pensarla para acercarnos a su definición estableciendo que es más preponderante ser nacional de un país que militante de un partido.

Si esto se aplica en las negociaciones entre partidos, o incluso ante la sociedad civil y el gobierno, podemos tener un principio inspirador y rector que nos ayude a evitar sectarismos o empantanamientos.

Con esto no propugno por un concepto de nación cerrado, aislado, sin solidaridad con la región y el mundo. Por el contrario, la mundialización me parece natural con todo y sus claroscuros. Pero con este libro busco concentrarme en lo nacional, mirando hacia el interior de México, para detectar las fisuras, los portillos, las separaciones o divisiones que no son sino un obstáculo para avanzar hacia la modernidad del país y a un desarrollo equilibrado con más oportunidades para los que menos tienen.

Asumir el significado y compromiso que emana del concepto de ser nacional de México, por el derecho que da el suelo (*ius soli*), el que da la sangre (*ius sanguinis*) o por adquirir dicha nacionalidad (naturalización), es no sólo tarea del gobierno, de la autoridad, sino también de la sociedad, del ciudadano y ciudadana.

No deja en la vida cotidiana de escucharse la voz de la gente, la crítica que endereza a la autoridad, necesaria y fundamental en una sociedad democrática. No debe ser de otra manera. Por el contrario, debe haber más voces y más demandas y exigencias de la gente ante su gobierno, porque democracia en sentido clásico es conducir un gobierno por la gente, por los representantes elegidos por el pueblo.

En lo individual y en los colectivos sociales se habla de reprobación gubernamental, no importando el nivel en que ocurra. Esto es bueno y necesario, pero

también es coherente reflexionar sobre las acciones y omisiones ciudadanas cuando éstas contravienen lo justo y lo que establece la ley dañando, en ocasiones, seriamente al país. Y esto pareciera que nos cuesta más reconocerlo, combatirlo y evitarlo, pues es natural que se enfilen más las baterías contra los gobiernos, sin percatarnos del daño que igualmente hacen los actos indebidos como la evasión de impuestos, mordidas, etcétera, por sabido no hace falta engordar la lista, actos nocivos provenientes de los mismos ciudadanos, del mexicano común. Bajo esta óptica, hace un año el poeta Javier Sicilia criticó que la clase política no está a la altura del ciudadano:

Sigue existiendo una brecha inmensa entre la clase política, que no está a la altura de la emergencia y la realidad de los ciudadanos; estamos peor que los animales, sin cobijo, sin seguridad, y además si nos matan o desaparecen va a quedar impune, a ese nivel estamos en este país, en el abandono, en la orfandad total (Muedano, 2012).

Pienso en un esquema distinto, que no sea el seco y simple de “los buenos y los malos”, el blanco y el negro. Y me detengo a meditar, aparte de la constante y necesaria crítica a la autoridad, sobre cómo asume su papel el ciudadano. Porque a muchos nos quedan claros los límites y los

errores, las faltas de los políticos de los gobiernos, pero lo otro, lo que el ciudadano debe hacer es igualmente importante para el cambio, una nueva mentalidad ciudadana.

Así como se pide que se limpie cualquier acto de funcionario a cualquier nivel de gobierno, pues bien recita el dicho “que las escaleras hay que empezar a barrerlas desde arriba”, también se puede aplicar otra idea que al mismo tiempo, quizá con otra escoba, se limpien algunos rincones de acción del ciudadano, su trabajo, su familia, donde existen sus obligaciones de todo tipo. Ya que hay una natural exigencia de derechos, y se olvida la contraparte de las obligaciones que tenemos con la patria, con la nación, de quien ostenta una nacionalidad que lo identifica con una cultura, con una identidad nacional. Al respecto, señala contundente Basave (2011):

A menudo nos consolamos argumentando que los corruptos están en las cúpulas. Que fuera de ellas están las víctimas inocentes. Y sí, prevalece una enorme inmoralidad arriba, pero ya es tiempo de ser honestos sobre lo que la hace posible abajo. Unos más, otros menos, todos somos el problema y lo seguiremos siendo mientras prevalezca la funcionalidad de la corrupción, con sus raíces históricas e inercias culturales (p. 77).

Basave añade que seguimos viéndonos la cara con la idea de que el pueblo es limpio y sólo los dirigentes son

sucios. Empero preguntémosnos, ¿de dónde salen, dónde se forman esos dirigentes?, ¿quién permite que lleguen y se mantengan donde están?, ¿no abundan las mordidas, los changarros que venden kilos de menos de mil gramos, la piratería que se fabrica, se vende y se compra; las corruptelas de grupos populares informales, las mafias o las sectas facciosas en las organizaciones civiles, en el periodismo, en el deporte, en la milicia, en la academia? Y en este sentido, Basave (2011) remata categóricamente:

La responsabilidad primordial de cambiarlo es de los representantes. Pero sin la depuración de los representados, sin una cruzada por la autocrítica social y por el renacimiento ético de nuestra sociedad políticamente organizada, seguiremos en esta cotidianeidad de fullerías (pp. 77-78).

Volviendo a la prioridad de los valores que nos congregan y que nos identifican como parte de una comunidad, que son como especie de vasos comunicantes, fortalezas dormitando, deseo recordar algo que me llamó fuertemente la atención que dijo, el 28 de julio de 2011, Alonso Lujambio (q.e.p.d.), entonces secretario de Educación.

Distinguido mexicano, a quien se le reconoció por todos su entrega y su formación profesional y moral, su trayectoria académica, con motivo de los actos fúnebres que se le dispensaron por su deceso en el mes de septiembre de

2012, decía Lujambio encaminando su mensaje a fortalecer la unidad en la coyuntura política que vivía el país, que habría que rescatar los grandes valores que tenemos para que “lo que nos une sea más fuerte que lo que nos divide”.

Esto cobra un alto significado, tanto en tiempos de paz como en horas difíciles para la nación en las que, por ejemplo, hemos enfrentado una amenaza interna o externa. Y, a diferencia de conflictos, guerras y convulsiones sociales que nuestra historia registra en sus distintas etapas de formación como país soberano y respetado que es, en el mundo global, hoy los desafíos y las nuevas amenazas no vienen de agresiones militares exteriores, sino de fenómenos que todos conocemos como el crimen organizado, fenómenos naturales, etcétera.

Es cierto, México es heterogéneo, entre los mexicanos hay diferencias en distintos órdenes, difíciles de enumerar exhaustivamente, como lo son: la situación económica, el género, las distintas creencias religiosas, mestizaje, indigenismo, educación, posiciones ideológicas y convicciones políticas que nos llevan a militar en uno u otro partido político. Sin embargo, buscar y diseccionar los valores que como mexicanos tenemos y que son más fuertes que lo que nos separa es un ejercicio sano y necesario.

La unidad de México es heterogénea y no homogénea, como señala Eduardo Aguilar Chiu en cuanto menciona que:

No cabe duda que dentro de esa diversidad, hay unidad. Es innegable que una identidad común, profunda, nos unifica. La mexicanidad, sea lo que sea, no es unitaria, sino diversa. Alguna vez vista como amenaza, hoy se aprecia como fortaleza que enriquece notablemente nuestra cultura (Aguilar Chiu, 2013).

Así, por ejemplo, me he dado a la tarea de revisar los principios doctrinales de los demás partidos y he confirmado que hay una transversalidad de algunos valores, los más importantes en beneficio de México.

De este modo, encontré por ejemplo, que el PRI ¿revolución-institución? se define como un partido nacionalista, democrático y popular, que adopta el nacionalismo revolucionario, le da un lugar a la búsqueda de consensos y armonización en las diferencias, al establecer en su numeral 39 que “[...] la política es la más elevada actividad del hombre porque su fin primordial es la conducción armónica de la sociedad”. Se compromete con la cooperación y el diálogo al establecer que la política es también “la conciliación de intereses para alcanzar la concordia social y nacional” (Estatutos del Partido de la Revolución Institucional, 2013).

Este principio coincide con el eje que se perfila a lo largo de este libro, en cuanto da prioridad al valor de buscar superar las diferencias que existen en los agentes políticos en favor de un interés nacional superior.

De manera semejante, el PRD señala que “es propósito del PRD contribuir a la creación de la dimensión ética e igualitaria de la política, sustentada en el humanismo, los derechos humanos”. En el caso de la filosofía del PRD, que se define en sus principios de doctrina como un partido político de izquierda, amplio, plural, moderno, socialista y democrático, podemos encontrar que, en su apartado II, señala que: “la política es el mejor instrumento para transformar la sociedad, dirimir conflictos, establecer consensos y acuerdos”.

Encontramos, pues, pensamientos coincidentes con lo que este trabajo va tejiendo. En décadas pasadas no fueron pocas las ocasiones de convergencia que tuvo el PAN y el PRD para mejorar la protección de los votos en diversas elecciones. Párrafos más adelante, veremos una coincidencia de este principio en el pensamiento del PRI.

En este punto podemos ver una línea continua del trabajo del PRD a lo largo de su historia “[...] se solidariza e identifica con las luchas obreras, campesinas, populares” para luego afirmar que “[...] aspira a ser el cauce de millones de ciudadanos y ciudadanas para organizarse políticamente en torno a sus postulados básicos”. Enseguida, afirma que un alto valor es “el apego a una ética política sustentada en los valores de la honestidad, transparencia, paridad, respeto por las diferencias [...] voluntad de

diálogo, y de toma de decisiones mediante consensos” (Declaración de Principios del Partido de la Revolución Democrática, 2009).

Finalmente, pero no menos importante, es el sentido que el PRD le otorga de promover relaciones laborales más equitativas en todas las etapas de la producción. De ahí que me interesa resaltar que al final de su apartado VI de su Declaración de Principios, al tratar sobre la defensa del patrimonio cultural de México, propugna por un compromiso que “resguarda, recrea y mantiene vivos nuestros códigos de identidad nacional frente al embate del mercado”.

He querido enfatizar sobre este último punto porque en este tenor ya hemos escrito al referirnos al gran valor de la cooperación, ya que unidos somos más fuertes, y siendo más fuertes, podemos enfrentar mejor los grandes desafíos de la economía global.

Así pues, con este espíritu de las coincidencias se puede iniciar un nuevo camino en el cual sea más determinante la nacionalidad que compartimos que la militancia o que otros condicionamientos. Todos compartimos en nuestra acta de nacimiento el ser mexicanos, ése es el registro de pertenencia, el que permanece, que llevamos toda la vida con orgullo y nos hace vibrar al cantar “México lindo y querido, si muero lejos de ti”.

De alguna forma, las diferencias entre derechas e izquierdas se van difuminando en ciertos temas, o al menos no se mantienen tan excluyentes, tan yuxtapuestas, en la medida en que va surgiendo y se va impulsando y reconociendo un concepto de patria que a todos nos incluye. Y en este ejercicio ensayístico se pretende enfatizar, más que en las diferencias, en algunas coincidencias.

De este modo, el aspecto político nacional nos muestra que los partidos renuncian a las ideologías extremistas. Unos y otros en México miran al centro, a la zona de diálogo y de los acuerdos.

Tal como sucede en materia de electricidad, cuando es más relevante mencionar los conectores que transmiten energía y luz que los aislantes e interruptores, siempre prestando atención en prevenir cortos y chispazos; de esta misma forma, en materia social y de la diversidad cultural, es necesario saber unir energía, para hacer conexiones en serie y en paralelo.

En la Constitución Política que nos hemos dado, están plasmados esos principios y propósitos, ese gran paraguas, ese entramado arquitectónico que sostiene nuestro sistema político, económico y social. Recrear de vez en cuando la idea de que es más fuerte lo que nos une que lo que nos separa es espiritualmente una fuente de inspiración.

Además, evita el riesgo de diluir esos vínculos por tanta crítica negativa que se da en el seno de nuestro país, el

riesgo de ahogar por tantos autodestructivos comentarios lo que de verdad nos distingue, lo que nos une, lo positivo de la “marca México”, la cual tiene sus aspectos diversos, como cualquier otro país.

Debemos mirar hacia adelante, superando que en nuestra época —esta segunda década del tercer milenio— sea vista solamente como una burda historia de héroes y villanos. Porque nuestro país es patria en transición, en construcción; a pesar de que tengamos contradicciones, incoherencias, rezagos y mucho trabajo por hacer. Pero al final, lo positivo gana, la suma triunfa. Por eso hay que acudir a la perspicacia, a la inventiva del mexicano, para conservar las intenciones constructivas como la expresada en el Pacto por México para luego seguir construyendo nuevos y mejores mecanismos de concertación, coordinación y diálogo permanente en política.

Y esto se da y se logra en la medida en que evitamos la polarización y la descalificación *a priori* de tal modo que se supere la vieja rivalidad de decirse unos liberales, otros conservadores, unos de izquierda y otros de derecha, unos progresistas y otros retrógrados. Porque, como se verá en este capítulo, todo ello responde a etiquetas o descalificaciones que dañan la sana relación. Por eso, la “regla de oro” para avanzar en el diálogo político es la apertura y tolerancia, que no concibe monopolios

políticos, ideológicos, filosóficos como para que cualquier grupo o partido político pueda decir que han acaparado la verdad, que sólo está de su lado, y que los otros rivales que contienden por el poder sólo son falsificaciones o usurpadores. Además, después de un análisis de los discursos y documentos de los partidos podemos encontrar similitudes en varios campos.

En campañas electorales, se acentúan las actitudes hostiles e intolerantes, la reina es la mercadotecnia electoral y a ella le sacrifican lo que pida. Entonces, desafortunadamente, se potencia artificialmente la confrontación de forma convenenciera. Así es como, durante y después de concluido el proceso electoral, se tiene un ambiente político inadecuado, con muchos heridos en campaña y resabios dolorosos que no contribuyen a sacar adelante los retos del país además de volverse imposible el trabajo conjunto. Estridentes discursos, ropa sucia, descalificaciones *a priori*, guerra sin piedad e intolerancia, llenan de sombras, ansiedades y amarguras a los contendientes y a los electores, por eso hace falta reconducir todo eso.

También los acuerdos sufren embestidas. Hay un dicho que dice: “se pegaron hasta con la cubeta”. En un clima de rivalidad, de competencia, que también se da en la vida interna de los partidos, al Pacto por México le puede

ocurrir que sufra la suerte de la cubeta. Unos lo usan para atacar a otros. Pero así como aquel objeto no deja de ser útil para llevar agua, siempre que se respete su natural propósito, así el Pacto mantiene su sentido siempre que se respete el valor del diálogo. Civilidad y no canibalismo; civilidad y sabiduría.

La mexicanidad supera falsos distanciamientos

Así pues, es preciso definir la mexicanidad que nos aglutina emocional y culturalmente como pueblo. Entre la heterogeneidad social y política urge encontrar lo que nos une, más que destacar lo que nos divide. La razón es muy sencilla: las naciones son más fuertes unidas; juntando energías en un proyecto común somos más capaces de enfrentar los grandes retos regionales y globales.

Por ello, como se propuso anteriormente, una de las tareas de la política de las coincidencias es una declaración, un Convenio de la Mexicanidad, entre las fuerzas políticas según la cual se preserven los intereses de México para que, sin dogmas ni caudillismos, se dirija la mirada a la sociedad mexicana y ya no sólo a sus confrontaciones políticas. Nuestra historia muestra episodios dolorosos de divisiones y de luchas fratricidas; tal es nuestra lección, no caer más en la vieja depresión de oponer a mexicanos contra mexicanos.

Tales conflictos, como se ha reiterado, afloran sobre todo en las tradicionales luchas electorales que nos separan sin sentido. Cuando se expuso la teoría asintótica de los acuerdos en el apartado “Hacia una teoría de las coincidencias” en el capítulo 1, se hizo manifiesto que estamos más cerca de lo que parece, por lo que debemos de evitar falsificar distancias entre los grupos políticos.

Por extraño que parezca, hasta hoy volver la mirada al México real había sido una caminata en sentido contrario, una utopía, no se conseguía una armonía ante las reformas estructurales que tanto necesita nuestro país. ¿Qué pretende este libro? No una apología por el Pacto por México sin más, sino la inclusión de su visión y sus métodos en el proceder constructivo de los partidos por igual. Busca, pues, fortalecer la conciencia de mexicanidad y de unidad, proteger y blindar a la patria ante los desafíos internos y externos, como son la agresividad de mercados, de crisis internacionales, la criminalidad y otras tantas amenazas. Como alguno de los candidatos presidenciales en 2012, al referirse a la lucha contra el narcotráfico, afirmó: “No podemos entregar el país a los demonios, no combatir el crimen es equiparable a traicionar a la patria”.

Ahora bien, la política es insoportable para muchos. A la vez, no podemos prescindir de ella, tampoco podemos

condenarla ni trivializarla pues, aunque no nos parezca lo mejor que tenemos, en ella se juega el destino de las familias mexicanas en muchos aspectos. Ésta es indispensable y uno de sus principios es buscar en todo momento ser humanizante al poner como objetivos máximos la familia, el trabajo, la educación, la economía humana.

Por más lejano que parezca, no debe perderse de vista la relación entre la ética y la política, porque una política sin ética, sin el parámetro del bien común, se vuelve un simple proyecto de ambiciones personales. Por eso es necesario generar esa mística de servicio desde el ejercicio del poder. Más allá de ideologías o divisiones de partido, un país es como un rompecabezas cuyas piezas forman cada uno de los actores nacionales. "Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala?", escribió San Agustín.

En contraste con aquellos grupos minoritarios que fomentan las divisiones, hay una mayoría que quiere paz y progreso para el país, una mayoría que busca la unidad y ya no más el dispersarnos, el volvernos antagónicos; hay una mayoría que bebe del agua de un mismo pozo, de una fuente que considera que los mexicanos podemos vivir en armonía, ya que "el sol sale para todos".

De este modo y por cuanto he visto en mi experiencia en el exterior, la mexicanidad se siente no sólo en el interior del

país, tanto con nuestros connacionales en Estados Unidos como los que habitan en países centroamericanos ven, que quieren y reconocen el gran valor del componente mexicano. Si bien es cierto que se ha dejado asentado que este trabajo busca limitar sus reflexiones y propuestas en torno a las coincidencias en México y que al final del mismo, se ofrecen algunas reflexiones respecto a los casos de Honduras y Grecia —países en los cuales he cumplido la labor de embajador—, me parece apropiado ahora remitir al reciente llamado a la unidad que se reclama en España frente a su crisis nacional.

Así pues, en el mes de abril de 2012 viajaba por la hermosa región de Galicia y me llamó la atención que el diario *ABC* dedicara su edición del domingo 8 a la unidad española. De este modo, en casi toda su portada se leía el título: “España. Lo que nos une”. Guardé el diario y lo leí luego con gran interés pues desde entonces escribía algunas ideas para este trabajo. Admiré entonces la coincidencia con aquellos que buscan mirar el presente y el futuro con un espíritu constructor.

En su editorial señalaba la realidad tan complicada que a la fecha sigue aquejando a este país y que plasmó al afirmar que viven “[...] un momento de grave crisis económica y moral, agravada por el desafío explícito a la unidad de España. La situación es comparable al 98 y exige que los mejores hagan oír su voz” (*ABC*, 2013, p. 4).

Y más abajo refuerza esta misma idea el director de este diario, Beito Rubido (2013):

[...] Juntos somos más y mejores que separados [...] Sumar fuerzas siempre ha dado mejores réditos que restarlas. Fíémonos, por tanto, al sentido común y a la inteligencia y miremos mucho antes a aquello que compartimos frente a lo que nos distingue (p. 16).

Hay que destacar también otro concepto. Como adelantando la idea que exponen páginas posteriores en esta misma edición distinguidas personalidades españolas y cuya sección titula Juan Velarde (2013) "Sin unidad no hay prosperidad" (p. 18). En cierta medida, el principio de unidad vale tanto para la política como para la economía.

Y concluyo las referencias a este contenido original del editorial citando lo que Rubido (2013) afirma:

Es tarea imprescindible contribuir a subrayar y alimentar cuanto nos acerca y nos hace semejantes [...] Porque pocas ideas más progresistas hay hoy en día en España. Se trata de un acto de compromiso por una regeneración profunda de la sociedad española (p. 16).

De manera coincidente con el espíritu de esa edición del *ABC*, año y medio después, cabe mencionar el texto

sobre el llamado a la unidad de los españoles que hizo el príncipe Felipe con motivo de la celebración de la fiesta nacional el 12 de octubre de 2013. Destacan el concepto de compartir historia, raíces, así como un llamado a construir el futuro en la concordia:

Hoy es un día para celebrar lo que nos une, para recordar nuestra historia milenaria y valorar lo mucho que hemos conseguido juntos. Pero sobre todo es un día para reafirmar nuestro compromiso con un futuro compartido de concordia y de progreso para todos los españoles [...] Si lo que hoy nos une es mucho, es mucho más lo que cada día seguirá estrechando nuestros vínculos y los de toda España con la comunidad internacional (Junquera y González, 2013).

Destaco el llamado al valor de la unidad en tiempos de crisis que juega un papel reconciliador al desplegar puentes y al afrontar, de la manera más racional, el desafío que se tiene, sea social, económico, político o de otro carácter. La unidad interna de las naciones es análoga con la salud para los seres vivos. En nuestros cuerpos coexisten sustancias y procesos que se oponen. Sin embargo, la unificación de tal heterogeneidad y sus relaciones con el ambiente mantienen el equilibrio del organismo. La salud social y política de un país no es muy diferente, pues en la armonía también encuentra sus claves más importantes.

Superando estereotipos: entre el hígado y la cabeza

Los estereotipos son las falsas generalizaciones que, si bien en algunas —o muchas ocasiones— coinciden con la realidad, su exacerbación impide cualquier diálogo al pasar por alto la gran gama de detalles particulares que tiene todo individuo o circunstancia. Esta sección es, por tanto, una apología a la particularidad y un llamado a evitar la precipitación de las opiniones, sobre todo, respecto de los otros partidos de los cuales no somos militantes o simpatizantes.

Este ejercicio es necesario, dada la naturaleza representativa de nuestra democracia. Cuando insultamos a un contrincante, descalificamos también a sus votantes. Por ello, resulta conveniente avanzar en un diálogo más fructífero para que la democracia mexicana revise con sinceridad y apertura la imagen mental que cada partido tiene de sus oponentes. Y, de igual modo, hacer lo propio frente al espejo ejercitando la autocrítica.

Frente al espejo y frente al retrovisor, una ideología no es estática, ni en las personas ni en los gobiernos. Éstos la definen, mueven y motivan por conveniencia o por presión social. Los políticos muchas veces cambian de partido. Y los partidos algunas veces cambian de políticas. En el caso de las personas, experimentamos, gozamos y de igual

forma sufrimos cambios en las distintas etapas de la vida que a veces son radicales y hasta contradictorios. Muchos llevamos un porcentaje de incoherencias.

De ahí que un sano y obligado ejercicio de introspección sea necesario cuando de buscar consensos se trata. Una política a favor de las coincidencias que permita un trabajo conjunto de fuerzas electorales por México y para todos los mexicanos es un proyecto que debe pensarse cada día, ganarse, merecerse, irse definiendo, asumirse sin pretensiones utópicas pero con entusiasmo y con fe, fomentando confianza, desterrando virulencias, apoyándose en la riqueza multicultural de sus actores.

Si hiciéramos una encuesta sobre los prototipos de los tres grandes partidos, encontraríamos que sobre el PRI se ha dicho que es el partido que “sabe gobernar” o de él se ha dicho también que busca “volver al pasado”, que ejerció un monopolio del poder en décadas pasadas y que nació en el gobierno, al que calificó Vargas Llosa como la “dictadura perfecta” o blanda hace dos décadas en el debate *El siglo XX: la experiencia de la libertad*, y en el que Octavio Paz le corregiría diciendo que, no fue dictadura pero que sí ejerció el poder como un “sistema de dominación hegemónica” (*El País*, 1990).

El PRD se ha perfilado como el partido que organiza plantones y ciertas movilizaciones en las calles. Para algu-

nos ciudadanos este partido político apoya a las sociedades más vulnerables y para otros recurre a políticas populistas. De igual modo, para unos se opone a las prácticas neoliberales del Estado y para otros se caracteriza por cierta actitud negativa al decir “no y no” a políticas del Estado.

Los panistas también reciben lo suyo. Catalogados como conservadores, “mochilones”, opuestos a temas de moralidad modernizante (aborto, matrimonio entre personas del mismo sexo). Desde décadas pasadas se nos ha catalogado como el “partido de los empresarios”. También se le ha dicho reaccionario, el PAN la leal oposición, los bárbaros del norte, la trinchera del capitalismo.

Éstos son algunos de los rasgos del estereotipo de esos partidos, rasgos que pueden ser reales o inflados, pero que son los motes, los adjetivos que se dan y se reciben como fuego cruzado entre unos y otros, según el observador y quien lo dice, y que varían según hasta la época a la que se hace referencia. Así de relativa, vulnerable, rígida o flexible, acomodaticia es la definición de los estereotipos.

Sin embargo, las perspectivas cambian desde la visión del gobierno y desde la oposición, porque algunos de esos adjetivos y denostaciones se aplican también a otros actores, por lo tanto, no son tan exclusivos de un solo partido.

Deseo mencionar que este trabajo, al no ser un estudio de ciencia política que pretenda describir la complejidad del fenómeno político o descripción del arcoiris ideológico que existe, sólo busca esbozar las definiciones comunes que se manejan en los pasillos, en los cafés y en la vida cotidiana cuando se habla de política partidista electoral. Simplemente, trata de enfocarse en la relación entre partidos, especialmente en contienda, buscando establecer algunas ideas o propuestas para lograr una mejor relación de fuerzas, para que dichas contiendas sean menos ríspidas.

La competencia es buena e inevitable, lo es desde que estamos en la escuela, luego en el trabajo y en la vida cotidiana. Siempre competimos hasta para encontrar el mejor lugar en el metro, especialmente si pasamos por la estación de Pino Suárez, o si se viaja en las horas de mayor afluencia.

En mi visita a París, en octubre de 2012, vi en un mensaje en la sede de la OCDE un promocional de su misión en el que una persona decía que la competencia es buena, que es para vivir mejor. Bueno, competir sí, en las buenas propuestas, las mejores prácticas y, a su vez, en el descenso del nivel de agresión que domina y desanima al elector. Competir, sí, en buena lid.

Hay tiempo para competir y tiempo para convenir, tiempo para criticar y tiempo para proponer. Y si la rela-

ción se vuelve difícil y uno o más amenazan con abandonar la discusión nacional, entonces hay que buscar puntos de unión que no quebranten totalmente la relación. Entonces es bueno aderezar la mesa para sentar a todos los actores, con un menú para distintos comensales y gustos.

Asimismo, para avanzar hay que estar dispuestos a ceder en algunos puntos, hay que hacer el camino a Damasco, es decir, la conversión personal para dejar de perseguir a los otros que no tienen nuestro pensamiento o nuestra ideología y volver al diálogo. Para ello, es preciso controlar internamente las reacciones violentas o tajantes, las intolerancias inservibles, las que sólo comprometen el diálogo, "pensar con la cabeza".

Hay que trazar nuevamente el itinerario: del hígado (encebollado) pasar primero a la cabeza, y de la cabeza al corazón. Es un círculo virtuoso que no es tan ajeno. He ahí la grandeza, la nuestra, la de nuestra gente, por la que tenemos que hacer un salto de fe. Enfriar nuestra reacción emocional para sentarse a discutir. "Arrieros somos y en el camino andamos", se canta, y es cierto que algunas veces somos caminantes en cada jornada histórica que nos toca, en ciertos momentos como gobierno, otras como oposición. Sin embargo, deben cambiar estereotipos de nuestros adversarios, por ahí es un buen comienzo.

Para iniciar el camino de reconversión personal y/o social, tenemos que encontrar una fórmula que nos ayude a superar viejos registros que cada uno tiene del oponente, de los otros partidos. Imaginemos que es un viaje que comienza desde el hígado, productor de energía empleada para la lucha social y política, registro de nuestras emociones y lugar en el que nuestros instintos generan reacciones de enojo y agresión, necesarios para el logro de nuestros propósitos.

Luego pasar a la cabeza, a una reflexión que nos permita convivir con el otro. Es decir, a hacer un plan de encuentros para preparar la búsqueda de consensos. La reflexión conlleva a mantener y, cuando haga falta, recuperar el rostro humano del adversario, del que se sienta al otro lado de la mesa. Inteligencia emocional.

La autoridad moral de una persona se da cuando logra un fino equilibrio entre lo que promete y lo que hace.

No hay político o candidato que no haya desarrollado un discurso sobre su compromiso con la nación y donde no haya manifestado su propósito de velar por el bien de la nación. ¿Cómo tomar la palabra a quien promete hacer el bien por el país?

Asimismo, es común que los políticos presuman que su línea discursiva es coherente con sus actitudes. Si tomamos esto para pedir coherencia a esa actitud de com-

promiso con el país, con ese discurso clásico, podíamos dejar poco margen de maniobra para negarse y acercar las piezas del rompecabezas ideológico-político para bien del consenso. Difícil quizá, pero algo se puede hacer para superar la dualidad, la ambigüedad, entre el yo digo y el yo hago.

Finalmente, llegar al corazón, fuente de emociones o de razones o de sentimientos. Tal como sucedió hace más de dos siglos, cuando de manera inimaginable nacieron “los Sentimientos de la Nación” en el corazón de un ilustrísimo mexicano, en donde se expresa y siente el compromiso a través de la acción coherente que su tiempo establecía. En nuestra era, estamos llamados a trabajar pacífica y constructivamente junto con otras fuerzas.

Nuestra tarea es promover o hacer con todo lo que mencioné anteriormente una competencia de coherencia, un ejercicio para superar diferencias entre el discurso y el hecho. Además de ejercitarnos en el sano quehacer de tener la capacidad de superar los estereotipos que guardamos en la cabeza y en el corazón con respecto a otros, ante los que forman parte de la lucha diaria.

Propiciar una tesis de la coincidencia con los políticos, en la política cotidiana, hará un gran bien al país. Lograr un consenso nacional en la cúpula política mexicana como el que en este trabajo esbozo, será lluvia fresca

para la democracia. Invaluable, valiosísima, sobre todo en tiempos de sequía. No seremos el país que soñamos si no lo asumimos así. Para ello tenemos que tener el respaldo de la mayoría por un buen cambio.

Bajo este espíritu, hace un año y medio, en una noche en Atenas, en el silencio de mi estudio, ya pasadas las 12 de la noche, descubría en una nota de *El Universal* una declaración del presidente del PRD, Jesús Zambrano, que tiene un valor peculiar, por no decir reconfortante. El diario consigna: “Perdón de AMLO no es pose: Zambrano”. Y luego añade que la expresión del aspirante presidencial AMLO de superar lo ocurrido en 2006 no es de dientes para afuera o por la coyuntura de la visita papal de Benedicto XVI a México.

Para lo que aquí escribo, esto que ahora cito tiene un valor ya que enseguida Zambrano señala que “el perdón de Andrés Manuel López Obrador al presidente Felipe Calderón por lo ocurrido en las elecciones presidenciales del 2006 no es una pose”. Buena frase ahora que escribo sobre la conversión personal y la búsqueda de superar el pasado, sin que tengamos que traicionar lo máspreciado que tenemos que es la coherencia de principios. Añade luego Zambrano que:

[...] Es una profunda convicción de que se requiere la reconciliación nacional y ante la expectativa de triunfo electoral

estamos obligados a promoverla [...] nosotros queremos llevar adelante una campaña muy propositiva, una campaña que no sea de confrontación [...] esto no significará que la izquierda y su precandidato presidencial no marque sus diferencias con el gobierno federal (García, 2012).

Así, después de leer esto, esa noche me fui a dormir con una fresca sensación de que cada día se presenta y surge algo que nos alienta.

*Unidad en el propósito político
y desarrollo económico*

La reconciliación es rentable para el progreso, hemos dicho al principio de este libro. Y lo es también para el crecimiento personal y comunitario. Esta tarea por lograr encuentros, el acercar, el unir, el reconciliar, es una de las líneas filosóficas de esta obra que busca evitar relaciones encrespadas, canibalescas y, por el contrario, lograr avances no sólo en lo político sino en temas de desarrollo económico y social. Las frases, las palabras y las actitudes violentas generan confusión. En griego la palabra diábolos significa aquel que sataniza, significa confusión.

Cuando enviamos al exterior un mensaje de seguridad y de coordinación política atraemos inversiones.

Un país convulsionado es abandonado por los capitales extranjeros.

Y como he visto en otros países, cuando hay crisis, hasta los empresarios nacionales buscan salir con su dinero. Lo mismo ocurre con los jóvenes talentos.

Sin unidad no hay crecimiento ni prosperidad, por lo cual el lograr acercamiento y propósitos comunes de los actores redundará en mejor productividad y hace a México más competente ante los mercados, preparándolo de mejor manera para entrar a jugar en el mundo global.

En la medida en que hay menos turbulencia política, se envía el mensaje de la certidumbre jurídica y de estabilidad de instituciones, que repercute en ser más atractivo para la inversión. Para lograr fortaleza económica, un mercado tiene que ofrecer garantías al inversionista.

Y en lo social, mayor crecimiento es mayor empleo y mejores oportunidades, más ingresos fiscales y más programas sociales efectivos contra la pobreza. Por eso, insisto en proponer que todos sigamos trabajando para acercar grupos de pensamiento distinto, mediante encuentros entre diferentes, para ser puentes entre partidos, entre países, buscando hacer sumas, no divisiones; tener la capacidad de recrear un mejor ambiente para el trabajo conjunto, una mejor filosofía ecuménica en la tarea de la cosa pública.

Recuerdo que Carlos Castillo Peraza, desde la oposición, decía a finales de la década de los ochenta que Acción Nacional no pretendía llegar al gobierno para gobernar sobre las ruinas del país.

A veces se combate tanto y se envían más misiles que acuerdos de colaboración que parece que se quiere destruir todo para gobernar desde ahí. En este sentido, un expresidente francés usó un lema en la campaña presidencial de 2012 que decía: “no se hace campaña preparando la ruina del país que se dice amar”.

Conciliación en la dicotomía izquierda-derecha

*La superioridad de la nación
sobre diferencias ideológicas*

Hay momentos en la vida nacional que se siente y se vive la unidad de los mexicanos, expresando solidaridad y patriotismo en eventos bien conocidos como las desgracias naturales o cuando a México le amenaza una fuerza exterior. Si bien es representativa dicha unión en el terremoto del 85, recientemente también se ha hecho presente luego de los desastres provocados por las tormentas *Ingrid* y *Manuel*.

Incluso, se otorga un gran apoyo a lo mexicano, a lo nacional, cuando se da algo más efímero y secundario, que

es ver al atleta que está compitiendo por nuestro país en clavados, en levantamiento de pesas, en cualquier disciplina en una competencia olímpica. Especialmente es el caso cuando la selección nacional de fútbol juega, la mayoría la apoyamos, sin distinción de clases sociales o de clubes, es decir, se siente lo mexicano y hasta saludamos en la calle al taxista o al vecino y gritamos juntos porras a México.

Apoyamos al mexicano porque nos une un vínculo particular; es la vinculación de la nación, de nuestra patria, es todo eso que se junta en nuestro sentimiento y en nuestra memoria.

Volviendo al tema superior que nos ocupa, nos preguntamos cómo hacer que esa solidaridad social que se ve ante desgracias o desastres surja, se reproduzca y crezca en el trabajo social, en la vida cotidiana, en las tareas sociales y en el quehacer político. Pienso que se puede avanzar resaltando lo valioso de nuestra nación, el alto honor de portar la nacionalidad mexicana.

Deben eludirse las voces que siembran confusión, que generen división, hay que dejar de golpear nuestra imagen como nación, como país, por simples apetitos de poder o por recelos sin sentido, que nos impiden “jalar juntos”. En cambio, las voces críticas deben ser atendidas y escuchadas para recibir lo positivo de su aporte, una voz disidente no es mala en sí misma pues representa un punto de vista legítimo.

Para ello, hay que reconciliar la imagen que tenemos de nosotros mismos como mexicanos, que hemos o han desgastado. No estamos mintiendo si decimos que somos una gran nación, desde afuera así lo ven muchos países de nuestro continente, de Europa y otras muchas partes del mundo.

¿Por qué nos cuesta tanto creer en la grandeza de México?, ¿por qué son mediocres tantas imágenes de nuestra patria dentro de nuestra propia patria?, ¿por qué la constante crisis de fe? No se trata, por supuesto, de estética, de arreglar sólo la fachada, menos de pensar en una historia basada en la mentira, sino de reconocer una fortaleza espiritual y cultural viva, verdadera y que nos identifica. Hay que trabajar la autoimagen, hacer crecer nuestra autoestima como nación porque hay razones, tenemos con qué. No hay que buscar los motivos afuera, pues están con nosotros.

En materia de consenso, se han realizado muchas declaraciones que han alabado y exaltado la necesidad de unidad y de ver por el bien de la patria. Éstas se han proclamado por los titulares de los tres poderes del Estado, pero obviamente también pueden encontrarse menciones semejantes, provenientes de los candidatos y sus partidos, respecto a la necesidad de ver más el interés nacional que cualquier otro particular.

Tal es el caso de la declaración del expresidente Calderón, cuando se celebró el 202 aniversario de la Independencia de México, en la que mencionó que “[...] es necesario tender puentes de diálogo y anteponer las necesidades del país a la agenda partidista” (Michel, 2012).

En esa misma ocasión sostuvo que en un país libre como México “puede y debe haber diferencias políticas e ideológicas, totalmente legítimas”, y esto enriquece y no envilece la vida pública. Posteriormente, concluyó su idea diciendo: “Pero por encima de ello, debe imperar el interés superior de la nación y de todos los mexicanos”. Sólo de esta forma podremos avanzar en la construcción de esa nación justa y próspera que deseamos.

Con ese mismo espíritu y en esa misma nota periodística aparece la declaración del entonces presidente de la Cámara de Diputados, Jesús Murillo Karam, del PRI, quien declaró que el Congreso mexicano tiene la gran responsabilidad de “sacar adelante temas de suma importancia que requieren de un diálogo franco y abierto entre las fuerzas políticas” (Michel, 2012).

De las declaraciones anteriores se pueden entresacar elementos coincidentes que permiten descubrir mejores disponibilidades, actitudes y propósitos comunes que apuntan a hacer coincidir los esfuerzos de importantes actores políticos para fortalecer nuestra democracia y que se basan

en la gran coincidencia —el motivo de los motivos—, México. Así, por ejemplo, lo afirmaba el ahora presidente Peña Nieto en su mensaje cuando se proclamaba entonces virtual candidato vencedor de la contienda electoral en 2012:

Les invito con franqueza a que dejemos atrás las diferencias y tensiones propias de esta contienda electoral y de cualquier otra; más allá de los colores y siglas partidistas, más allá de nuestras diferencias personales, hay algo que nos une a todos, que nos hermana: nuestro amor por México [...] En el México de hoy, plural y democrático, todos cabemos, todos somos parte importante de él [...] La jornada electoral ha concluido, es hora de dejar de lado nuestras diferencias y privilegiar nuestras coincidencias (*El Universal*, 2012).

Alguno dirá que no hay que echar las campanas al vuelo o que no se debe caer en un optimismo irracional, pero sinceramente yo veo puntos de coincidencia que fortalecen la confianza en las tareas que tienen por delante los tres poderes. Y este texto a eso lo dedico. Porque de notas negativas o destructivas hay mucho. Los destrozos que hacen algunos legisladores de su propia imagen, los pleitos, las incoherencias clásicas de los políticos que tanto critica la sociedad, no deben hacernos caer siempre en una

condena permanente. Hay también vetas de colaboración positiva y desde ellas se puede caminar.

Mi apuesta es, por tanto, la maduración de las relaciones entre partidos para conseguir el fin supremo y los intereses de la nación. Insisto en la grandeza de la riqueza que hay entre los mexicanos, los cuales son muchos por más que en los cafés y en muchos medios se remache, se recalque, se recargue las noticias negras cotidianas o los hechos coyunturales violentos que afectan a nuestra nación.

Por eso reitero ese dicho que escuché en Centroamérica, en voz de un distinguido guatemalteco que ocupó la vicepresidencia de su país, cuando me dijo: “Embajador, el único lugar donde se habla mal de México es dentro del propio México. Porque afuera, a su país se le quiere y se le respeta”.

Me percaté entonces del error de dejarnos abatir por el pesimismo, por las carencias que hoy todavía tiene mi patria, por las malas y constantes noticias que exaltan lo negativo, lo que vende, la nota roja de algunos periódicos que circulan en las calles, que pintan que todo va al precipicio, cuando no es así, o al menos hay que decir que “no se está mostrando toda la película”.

De este pensamiento, sin pretender hacer toda una tesis social, se puede afirmar que encierra una reflexión, que nos debe llevar a buscar esa filosofía renovada que necesitamos, una doctrina para nuestra nación, que nos

vuelva más amantes de lo nuestro. Porque cada vez que transcurren los años, en mi tarea diplomática fuera de mi querida nación mexicana, se asienta en mí que es verdad que hay grandes motivos para creer en nuestra grandeza, en las cosas buenas que nacen y se conservan a través del tiempo en el norte, centro y sur de México.

Lo que generalmente debemos evitar para no sentir que nos hundimos, es tener capacidad de reconocer lo que hemos logrado y no sólo lo que nos falta y la lista de nuestros fallos. Mal hacemos cuando permitimos que el peso del pasado nos agobie, no tenemos derecho a dejarnos acorralar por el pasado ni angustiarnos por el mañana. El presente es el punto de partida desde donde podemos hacer el programa, la ruta que debemos trazar y recorrer para mejorar gradualmente y efectuar el cambio que tanto esperan los más de 100 millones de mexicanos.

México es respetado en el concierto de naciones, se le aprecia, se le respeta, se le admira enormemente por su historia y en sus logros presentes. Su grandeza no sólo proviene o está registrada en las épicas históricas, en los héroes de los libros, sino que también la enriquecen y la contienen muchos héroes anónimos que cada día hacen lo mejor para cuidar a nuestro país. En calles, mercados, campo, escuelas, aquí y en el extranjero, en oficinas y todos los lugares donde hay

mexicanos trabajando, no faltan quienes están derrochando sacrificio, fe y trabajo para engrandecer a su familia que vive en algún rincón de nuestro territorio y a su nación que la llevan en el corazón. Ese amor es lo que nos salva.

Hemos logrado grandes avances en el país, pero aún nos falta mucho en materia de consolidación democrática, en materia de seguridad y, sobre todo, en hacer crecer nuestra economía para crear fuentes de empleo para los jóvenes, para atender los rezagos sociales. Nos falta, por eso debemos ir por más, hay que creer que vamos a lograrlo si dejamos de bloquearnos mutuamente. Por el contrario, es necesario aumentar los canales de cooperación, para hacer crecer la confianza común. *De lo bueno, más.*

Es por ello que este libro pretende impulsar un reencontro desde las raíces y desde nuestra historia. Coincido con muchos otros mexicanos y grupos organizados bien comprometidos en fraguar un destino común, ya que compartimos pasado y presente, y de aquí para adelante sabemos que vamos en el mismo barco.

Es necesario superar la actitud que sólo desea que al otro le vaya mal para que yo entonces pueda gobernar. Por eso un patriota debe desear y colaborar que le vaya bien al gobierno, estar dispuesto a cooperar y a poner la parte de responsabilidad que tiene como miembro de la sociedad y eso es lo que le interesa a la gente.

De ahí que es grato encontrar algo alentador en los escritores, en la clase intelectual, en los activistas. Tal es el caso de Jáuregui, un pensador que, en la última semana de mayo de 2013, escribió en el diario *Reforma* que México ha logrado cosas muy buenas y positivas. Además, dice que por ello quienes nos veían desde el extranjero como país riesgoso hoy nos ven distinto.

Hay la confianza, como se está constatando en los indicadores económicos del país, de que habrá más inversión directa y que esto potenciará nuestra economía para que podamos crecer a tasas mayores en los próximos años.

Debe de apostarse a la esperanza, sin falsos ilusionismos, pero confiando en el potencial real del país y de la capacidad del mexicano. Para ello, hablando de las políticas públicas ahora que estamos desde hace varios años ante un gobierno compartido, como escribió Lujambio, hay que generar un ambiente de mínimo diálogo y negociación política para sacar adelante al país. Un nuevo espíritu para el tránsito inicial de este país en el milenio.

Esto es, una espiritualidad de la política, practicada por cada quien desde su fe o creencias, se vuelve necesaria. La frase puede ser interpretada como fuera de lugar. Sin embargo, no es tan extraño tratar este tópico si pensamos la frase al revés, una política con espíritu: con políticos y partidos con espíritu de colaborar, construir, recrear más

esos valores que compartimos, pero que se empañan cuando se enfrasan en una confrontación estéril, al exacerbar pasiones, al acudir a los instintos más que a la razón, cuando se desgastan en generar incluso diferencias artificiales, particularmente en campañas electorales, y que de persistir y hacerse costumbre, hacerse cultura, van alejando la sabiduría en las decisiones de Estado, y haciendo que crezca el malestar por nuestra vida democrática.

Del concepto de nación y todo lo que implica, además, se puede desprender una espiritualidad del pueblo, propia de ciudadanos y de autoridades; consistente en los valores que se han tenido por sagrados a partir de nuestra historia, de nuestras tradiciones y valores como familias, del amor que sentimos por todo lo nacional. Éstos no sólo son cívicos, también son morales, éticos, ontológicos y de una filosofía que únicamente puede nacer de la grandeza espiritual que cada uno posee. El concepto de nación se ve hecho drama y acontecimiento, plasmado en las gestas, en los episodios pasados y contemporáneos que registra la historia y el presente del país.

Espiritualidad como la de los grandes movimientos históricos, la caminata de Gandhi, el mensaje del gran sueño de Martin Luther King, la lucha por la igualdad y libertades de Mandela, son ejemplos muy conocidos, de pensadores y activistas, luchadores sociales, que iluminaron y llenaron sus acciones de espiritualidad.

Asimismo, en México tenemos grandes ejemplos.

Espiritualizar la política no es un contrasentido, es lo que le está faltando.

¿Dónde se expresa el espíritu de la nación? En la vida cultural y educativa de un pueblo. Recorro a dos emblemáticas instituciones educativas de mi país, motivo de orgullo: "Por mi raza hablará el espíritu", dice el lema de la UNAM. Por su parte el IPN, dice: "La técnica al servicio de la patria". Y de ambos, técnica, lo material, lo físico, junto con lo otro, la espiritualidad de la raza, surge un verdadero sentido integrador, que es como un legado, un sincretismo, que bien apuntalado sirve para hacer prevalecer la patria por encima de otros legítimos pero inferiores intereses parciales.

Para darle al país una nueva etapa, se requiere impulsar una clase política conocedora, sensible, preparada, que sepa cómo administrar el Estado, su hacienda pública y que a su vez haya sabido cultivar, que se haya amamantado, bebido de una fuente moral, espiritual, ética.

La conjunción en la arena partidista del espíritu y la técnica, en donde el primero anima a los militantes, activistas políticos, líderes, y la segunda prepara y capacita, debería perfilar el prototipo de liderazgo que necesitamos. Lo que en política le da sentido a esos dos elementos es el compromiso con la gente y, por encima de todo, el interés de la patria.

Se debe fomentar la práctica de la cooperación, cuyo vértice sea el bien del país, para que los que luchan o lucharán en el futuro en contiendas electorales busquen coexistir en los esfuerzos con los demás; al incluir al otro se gana, se crece. No hay nada de vergonzoso en trabajar juntos para el país.

Hay que saber pasar de la ruptura, de la descalificación *a priori*, de la agresión, a la coordinación de fuerzas para lograr los cambios que en materia económica y social necesita el país. En la clase política mexicana hace falta formular y aplicar una nueva psicología, basada en la fórmula cooperación-compromiso.

Recobrar la fe en las instituciones es recuperar valores en las tareas y en la misión del Estado de Derecho. No es posible tener el Estado democrático que queremos sin la fe de los ciudadanos ante sus instituciones. Eso no quiere decir que se evite la crítica; como se ha dicho anteriormente, ésta es buena y necesaria y está presente, de modo consciente o inconsciente, en todo ciudadano. Llevamos dentro un crítico permanente de la autoridad, ésa es naturaleza humana, viva y demandante, de igual forma lo escucho en Centroamérica, en Washington y en Europa, es una tendencia innata, valiosa. Este impulso vital es bueno, pero junto a eso también hay que formarnos en el respeto a la legalidad y en el respeto a la norma y eso nos toca

a ambas partes, es decir, al gobernante y al ciudadano. También ahí hay que darle energía social al cambio. Ya no son tiempos de esperar todo de la autoridad.

*Aires de moderación en los sectores
de la izquierda y la derecha*

En los primeros meses de la presente administración, la tónica casi dominante ha sido el discurso conciliador e incluyente. Aunque la oposición no ha pretendido darle un “cheque en blanco” al gobierno del presidente Enrique Peña Nieto, he buscado particularmente entre las declaraciones, comentarios y actitudes de los partidos y actores públicos, las muestras de cordura, tolerancia y buena disposición para trabajar en conjunto.

Por eso vi con beneplácito el nuevo enfoque que el entonces candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador, daba a su campaña. En esa ocasión noté que AMLO, a diferencia de la anterior elección de 2006, en su campaña de 2012 ya no hablaba sólo de velar por la defensa de un sector de México, lo que es justo en la medida que se trata de un sector vulnerable, los más necesitados. Se mostraba más incluyente, más conciliador. Planteó incluso atender a los demás sectores y se entrevistó con empresarios, ofreciendo respeto por la propiedad privada. Se hablaba en medios de una campaña “amorosa”. En la

visita del vicepresidente de Estados Unidos, en marzo, se entrevistó con él y ese hecho permitió plantear una relación responsable con el país vecino; sin subordinaciones, pero tampoco rupturas dada la vecindad y los intereses bilaterales que se entrecruzan.

Después, ocurrieron una serie de hechos en la campaña de 2012, provocando lo que es por todos conocido, cuando AMLO decidió crear un nuevo movimiento: Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). Su pensamiento ha dado apoyo a una serie de acciones como la oposición a la reforma energética y financiera. Posturas respetables y respetadas.

Al parecer, hubo un reacomodo de las fuerzas políticas particularmente de izquierda. En todos los partidos se mostraba interés en proyectar una imagen de moderación y de compromiso nacional. Aparentemente la mayoría de los partidos políticos se aproxima hacia el centro, que es traducido como moderado, conciliador, con disposición que muestra voluntad de acercamiento de posiciones hacia lo que unos llaman el “centro político”, donde buscan gravitar muchos de los partidos modernos democráticos.

En una sana búsqueda de coincidir en el interés nacional, como si se encontrara éste en el centro del espectro político, se descubren ciertos aires de moderación o baja

de intensidad en la cotidiana confrontación entre ciertas organizaciones políticas.

Si esto es así y se van acercando las posiciones que antes eran más alejadas, más irreconciliables, pues esto estaría ganando la madurez del sistema político, el cual debe guiarse bajo los criterios y los altos intereses del Estado mexicano. De ser así, me parece que vamos bien, ya que estaríamos caminando por un sendero que beneficia las instituciones democráticas fomentando certeza, confianza en el ciudadano, especialmente los jóvenes, que sentirían que, a pesar de las diferencias, todos están buscando un avance sustancial. Esta evolución no implica conformismos, sino una sana disposición a cambios graduales a mayor velocidad según lo dicte el interés nacional. Decían hace tres décadas Federico y Alberto Ling: "a paso de revolución".

Nuestro país es un mosaico multicolor conformado por las ideas de 118 millones de cerebros y corazones. Algo como esto le escuché decir a José Ángel Gurría en la OCDE, en octubre de 2012. Efectivamente, si cada cabeza es un mundo, cada partido es una galaxia. Así que, si se dice y se grita en las plazas públicas: ahí está el candidato de la izquierda, pues esto es relativo ya que puede ser que sólo represente a un sector de esa tendencia. El caso son otros partidos, ya que también hay diversas tendencias de

derecha, unos más cerca del centro, otros más alejados y otros más pragmáticos.

Cada grupo está formado por moderados, arribistas, extremistas y otros, que más que conocer la ideología apoyan a amigos. Empero, en todo instituto partidista indudablemente existen militantes sinceros y coherentes que quieren un cambio según su pensamiento y sus condiciones. Tal es la riqueza nacional.

Asimismo, el abanico ideológico es muy variado, que a la vez se manifiesta como oscilante, pendular, alentador y desalentador. No obstante, lo rescatable es que se puede ver y constatar que entre los intelectuales de cada ideología suele haber actitudes más ecuménicas políticamente hablando. Cada vez constato disposición de diálogo, pareciera que hay más acercamiento, con sus rutas de sabiduría, buscando la sensatez, tanto en el trabajo del Congreso como en la interacción de los partidos. Madurez por supuesto no exenta de arrebatos, gritos y uno que otro sombrerazo, propios de una vida política intensa.

Durante los procesos electorales, los actores políticos buscan estrategias de mercadotecnia para ganar el apoyo del votante. Las posiciones más atractivas pueden tender a presentarse “centristas”, si esto conviene; de manera que, ya en el centro, cuando se analizan proyectos políticos, a veces presentados en las plataformas, no es fácil

distinguir entre unos y otros, entre PRI, PAN y PRD, o los partidos más pequeños, al menos en ciertas materias.

Por supuesto, cuando el sistema democrático no logra satisfacer las demandas sociales, entonces puede aparecer una posición radical que busque un cambio de golpe, aún utilizando medios violentos o poco apegados a la legalidad.

Las democracias modernas no están exentas de eventos como los descritos anteriormente. Inclusive, en algunos países vuelven a aparecer movimientos radicales, que se han transformado en partidos políticos, cuya tendencia se inclina hacia el anarquismo o el fascismo; se comportan intolerantes muchas veces ante grupos vulnerables como los migrantes y los extranjeros. En el apartado "El caso de Grecia" del capítulo 4, se expone un caso ilustrativo al respecto de la crisis política, ante el surgimiento y auge de Amanecer Dorado, un partido de corte radical, calificado como neonazi, con asientos en el Parlamento, que consiguió en cierto momento consolidarse como la tercera fuerza política del país.

Respecto a los programas concretos que presentan los partidos para captar al elector, votante, cabría preguntarle: ¿Qué nos pueden enseñar y advertir las plataformas de los partidos? ¿Qué tanto se apegan a lo que pretenden hacer en caso de llegar al poder mediante el voto ciudadano?

Los partidos tienen la obligación de presentar plataformas políticas en cada elección. Al respecto, planteo que quizá podría haber un mecanismo de seguimiento para antes y después de las contiendas comiciales (bajo los auspicios de la autoridad electoral), para descubrir la coherencia entre aquello que postulan y aquello que ejecutan como políticas públicas una vez ejerciendo el poder.

Es un buen ejercicio para saber “más que lo que escribes, descubrir cómo vives”. Esto ayudará a no fingir, a no generar sorpresa en el elector, advirtió. Recuerdo el caso de Perú, Mario Vargas Llosa les dijo, como candidato presidencial, que se tenía que hacer un plan de choque porque su economía estaba maltrecha. Fujimori lo ocultó, y ganó la elección; sin embargo, cuando ejerció el poder sometió a los peruanos a eso, un llamado plan de choque (Castillo Peraza, 1991).

En materia económica, más concretamente en cuestiones de reparto de riqueza, por ejemplo a través de la carga impositiva, no es de extrañar coincidencias en la vida parlamentaria del PRD o las izquierdas, con el PAN, particularmente y más notoriamente hasta antes de que éste obtuviera el triunfo presidencial en 2000 con Fox.

Un tema de extenso debate, que incluso viví como legislador, en la legislatura de 1994-1997, es el del IVA en

medicinas, y es ahí donde resalta analizar las plataformas, las cuales deberían mostrar con claridad lo que ofrecen, darle un seguimiento a dichos compromisos, para luego poder exigir cuentas claras por parte del elector.

Además de la cuestión de las plataformas, antes hemos tratado ya el asunto del rol del ciudadano y sus deberes, porque no se puede dejar todo a la autoridad. Y el voto no es ni por mucho la gran tarea ciudadana pendiente si queremos mejores gobiernos. La tarea ahora más bien estriba en usar los mecanismos para vigilar y exigir a sus representantes apegarse a la Agenda Política de los Mexicanos. Tiempo de cambiar.

Lo que descubro como relevante cuando escucho que el cambio de gobierno es indispensable (Rodríguez Galaz, 2012) me provoca una reflexión, reconocer que sí, sí que es buena la alternancia, el aire fresco que trae un nuevo partido en el poder. Empero, lo importante es no sólo el cambio de gobierno, sino de mentalidad tanto del ciudadano como del político y de todos en general. Sólo con esto podemos superar lo viejo, hacer crecer la confianza institucional. Además, en este contexto, es tan importante el cambio en los políticos como el cambio de actitud ciudadana. Esto es un lugar común en campañas. Un cambio de políticos o políticos transformando y transformándose.

Hay un ángel bueno y “un ángel pirata”, hay que resistir a la tentación del pirata que nos mal aconseja. Desde la simple actitud de respetar la norma de tránsito, y en general observar lo que manda la ley, hasta las tareas más complejas de servir a la patria, como empresario, como estudiante, como padre o madre de familia, evitando daños o pérdidas de sus recursos y, por el contrario, engrandeciéndola, asumiendo con ética las decisiones vitales que nos tocan.

El honrar el buen nombre de México es tarea perenne y colectiva. Recuerdo que alguien me mencionaba en Moldova (última nación en lograr su independencia de la URSS), en alguna de las ocasiones que visité su capital, Chisinau, que mi país, México, es una marca conocida, respetada y que se le aprecia. Si bien este concepto de marca no siento que integre todo lo que es una nación, es un buen indicador porque reconoce que estamos en un mundo donde los países buscan colocar sus productos, lograr atraer turistas, preservar el respeto ante los otros gobiernos y mantener la confianza para atraer inversiones.

Acercándonos a una definición de confianza en esta línea diremos que se crea confianza cuando se tiene coherencia entre lo que se promete y lo que se ejecuta. Es decir, entre lo ofrecido en campaña y el programa del gobierno, un fino equilibrio entre la palabra y la acción,

que permita fortalecer la imagen y la identidad como nación y acrecentar el respeto entre las naciones.

Si un país tiene prestigio, es el resultado del trabajo secular de sus hijos, de sus esfuerzos históricos, que no sólo los próceres han hecho, sino también los patriotas ciudadanos que en el día a día van poniendo lo mejor para engrandecerlo.

El izquierdista y el derechista que muchos llevamos dentro. (El reformador y el conservador)

Hagamos un ejercicio flexible y superficial, describiendo algunos rasgos que sobresalen cuando hablamos de izquierdas y derechas en la vida política nacional. Este ejercicio lo planteo particularmente pensando en la clase política nacional. He mencionado que se percibe desde hace algunos años, que en el tema ideológico político se tiende hacia el centro. Tendencia que podría explicarse en cuanto se cree que en el centro puede estar el equilibrio, la virtud (o más apoyo electoral). Las posturas extremistas parecieran perder apoyo social.

Haciendo ese ejercicio simple y genérico, se puede imaginar que muchos llevamos un poco de izquierdismo dentro de nosotros mismos, si por izquierda se entiende promoción de cambios para los que menos tienen. Y también llevamos tendencias de derecha si por esto se

entiende en parte una serie de principios morales y en lo económico un corte liberal.

Pero hay líneas que se entrecruzan, ya que pienso que los izquierdistas no son los únicos que buscan transformaciones o justicia social. Asimismo, los de derecha no son los únicos que quieren conservar lo que tienen o, en cuanto es posible, acrecentarlo sintiendo apego a la propiedad.

Pero ojo, con esto no pretendo ni siquiera hacer una aproximación a una definición conceptual ante un tema tan complejo.

Ciertamente, no se puede ignorar que en el espectro político se defienden postulados distintos en temas muy concretos, es el caso de los temas sociales: familia, moral, el uso de preservativos, el matrimonio entre personas del mismo sexo, aborto y otros. De igual forma sucede en los temas económicos, obviamente hay diferencias cuando se revisan cuestiones como: ¿Qué tanto debe ser la rectoría del Estado en el control de los recursos naturales de la nación? ¿O debe haber participación del Estado en la economía? ¿Qué tanto debe adelgazar la burocracia? ¿Qué límites puede tener la propiedad privada ante el interés de la sociedad? ¿Cuál es el modelo de empresa y de producción más rentable y a la vez más justo para los trabajadores? Como éstos, hay muchos otros temas que, cuando se

“aterrizan”, tienen obviamente diferentes percepciones para unos y otros. Pero detengo un poco este tema de la agenda política de unos y otros, lo retomo poco más adelante, para enseguida abordar algo sobre los comportamientos sociales de todos ellos.

Que además, el propósito de este apartado es encontrar un espacio común para especular acerca de una posible zona de ideas y actitudes coincidentes en la “geometría política”, que en sí misma es por naturaleza relativa, resbaladiza, llena de limitaciones y poco útil. Sin embargo, se obtienen resultados alentadores al encontrar coincidencias en temas importantes, aplicando un criterio superior al del esquema “derecha-izquierda”. Porque pienso que, en general y para no hablar ahora de izquierdas, derechas, centristas, simplemente muchos llevamos un poco de conservadores, pero a la vez cargamos con un afán de reformistas o progresistas.

Conservadores si se entiende que queremos conservar lo que tenemos: la salud, la parcela o la casa, la familia y hasta las costumbres. Vamos, empezando por la vida, que todos buscamos conservar, prolongar, y tratando que sea de mejor calidad. Esta aspiración se da en la clase trabajadora, en los empresarios, en la ciudad y en el campo, no sólo refiriéndose a la clase acomodada, alta. Claro que el que poco tiene, una casita humilde, sin servicios de salud,

un salario mínimo o tal vez escasos ingresos irregulares, piensa primero en cuidar eso que tiene, pero además lleva un sueño reformista y hasta revolucionario en algunos casos, una fe que le motiva.

Y entre el rico y el pobre hay un punto de encuentro. ¿Cuál es? Encontrar los medios para ser feliz. ¿Cuáles son las circunstancias que los separan? ¿Qué es lo que los puede unir y hacer coincidir? Está complicado responder a esto. El problema no es la riqueza de los ricos, sino la pobreza de los pobres. Pero no se pueden separar. Quizá el asunto está en cómo hacer una sociedad más equilibrada, más allá de esas posiciones ideológicas que se pretenden reflejar en la geometría política. Lo cual no ayuda en mucho.

Por eso, es que hay que mirar con nuevos ojos esta cuestión. Más allá de las etiquetas de derecha e izquierda, de liberal o conservador que muchas veces son usadas más en la jerga política o la academia que entre la gente común y corriente; más que esas connotaciones, hay en todos un afán de vivir mejor, una aspiración natural de alcanzar metas y vivir en paz. Para lograrlo, se deben sumar esfuerzos y no enfrentar posiciones. De eso se trata este ejercicio: de ponderar cuáles pueden ser algunas aspiraciones y motivos comunes que los mueven e intentar descubrir lo que hay más allá de esas cambiantes y confusas distinciones ideológicas.

La izquierda y la derecha son en algunos puntos dos expresiones del mismo rostro. Ambas, sin embargo, no son exhaustivas, siempre dejarán fuera algún sector de la sociedad. Son, pues, dos submodelos de un modelo general que debe superarse. Es como si un padre de familia distinguiera entre su esposa y la madre de sus hijos cuando se trata de la misma persona (claro, suponiendo que así sea). Ni izquierda ni derecha, sino la unidad de la nación. Unos y otros dicen trabajar por el país, pero el país es una sola realidad y requiere un proyecto conciliador.

Las diferencias y coincidencias en temas sociales y económicos ya no deben de encasillarse en un espectro político tan limitado como la izquierda y la derecha. Deben mejor de vincularse a parámetros éticos fundamentales como el bien común, la corresponsabilidad y la supervisión democrática del electorado.

Para evitar la yuxtaposición, no es sano quedarse en la pugna teórica, rígida, de conservadurismo o revolución. Considerando que en México tuvimos una gesta revolucionaria en 1910, es tiempo ahora de buscar darle a nuestra época vitalidad y capacidad transformadora dentro de las instituciones que nos funcionan, una nueva ruta, recreando el esquema democrático, el de las libertades, el del Estado subordinado al ejercicio de los derechos humanos, el del progreso con más fuentes de empleo,

logrando la asociación entre los productores y el gobierno, la sociedad y sus representantes. Además, frente a la búsqueda insolidaria donde sólo nos preocupamos por los intereses propios, debemos recobrar la fuerza para cambiar, con sentido social y solidario, ya que es precisamente esta otra tendencia la que nos puede moderar para no caer en la indiferencia, “encerrándonos en nuestra dorada soledad” y volviéndonos ajenos a la situación de marginación de otros, a la necesidad de reformas que renueven, que revolucionen.

Se dice que la confrontación es inherente y determinante en la naturaleza del ser humano, que el comercio, la guerra y el afán de dominio son motores para avanzar. Pero también creo que hay en esa misma naturaleza un gran potencial de colaboración, de compartir, de compadecernos ante grandes problemas sociales, también esto es connatural al ser humano, más allá de ideologías. Nos mueve también el anhelo de lograr relaciones más justas entre los pueblos y entre hombres y mujeres. Y es en éstas sin duda, las mujeres, donde descansa la gran capacidad y tenacidad para transformar aquello que daña y afecta a la gente y a nuestro entorno ambiental. Crear lo que hace falta y renovar lo que se ha oxidado no se hará sin la gran participación femenina. Lo que viene: mujeres liderando las grandes transformaciones.

Creo que la mayoría de las personas tenemos un sueño o anhelo de justicia. Que gozamos cuando vemos acciones encaminadas a hacer justicia en la oficina o en la calle, o desde el gobierno apoyando a algún sector social. Justicia en nuestra historia como nación ha sido una perenne bandera social. Sabemos que hemos tenido grandes luchadores, de los que realzamos con orgullo su gesta social y revolucionaria, como la de Emiliano Zapata, porque en el interior también a muchos nos mueve un mismo anhelo.

Particularmente, nuestra reacción ante la injusticia es muy humana y sobrepasa ideologías o, mejor dicho, le es común a muchas de éstas. En su carta de despedida a sus hijos, el "Che" Guevara (2007) termina diciéndoles:

[...] sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Así, estamos ante la eterna batalla del afán libertario, afán justiciero contra la codicia, el apetito de dominio y ambición. Unos resaltan el aspecto depredador del ser humano, otros recuerdan que también tiene otro aspecto de nobleza, generosa cooperación y buen sentido social.

Por ello, múltiples pensadores plantean la cuestión de cómo encontrar y aplicar un modelo que, a la vez que propone la reivindicación del individuo y sus derechos, tenga al mismo tiempo la dimensión social. Algo que no se puede olvidar, aunque parezca utópico, es ese principio de que el ejercicio de la política es noble, en cuanto es la avenida más ancha para ejercer la caridad entendida en un sentido amplio, que nos compromete a trabajar por todos. Así surge incluso la política como el arte de hacer alianzas para lograr el mayor bien posible al mayor número posible de personas. No sólo para conseguir el mayor número de votos.

Para superar esquemas rígidos, sería bueno aceptar con humildad que cada uno de nosotros tenemos incoherencias, lagunas o huecos de cordura. Tal vez sería sano considerar que más de una vez pareciera que nos movemos en una ambivalencia. Quizá esto es lo único que he querido decir o resaltar con este ejercicio: esa tendencia que llevamos dentro, por un lado, de preservar, conservar, lo mucho o lo poco que se tiene; por el otro, tender a buscar cambios sociales, transformando cosas que no funcionan que generan injusticias y dolor social, lo que provoca que vivamos en una sociedad llena de contrastes, donde muchos que sobreviven en circunstancias precarias siguen esperando.

Debemos, pues, juntos evitar el dolor, como señalaba Gómez Morín en 1926. Él llamaba entonces a caminar juntos para vencer:

[...] no el dolor que viene de Dios, no el dolor que viene de una fuente inevitable, sino el dolor que unos hombres causamos a otros hombres, el dolor que originan nuestra voluntad o nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas (Fundación Rafael Preciado Hernández, 2013, p. 28).

Del mismo modo, Carlos Castillo Peraza decía que históricamente el PAN no se ha identificado a sí mismo como un partido de derecha, y menos aún con la derecha dura, intransigente, autoritaria de algunos países en la historia latinoamericana del siglo XX (Castillo Peraza, 2010, p. 45). Y esto se da por la noción de bien común que se expone dentro de sus principios doctrinales, porque si bien en temas morales tiene una identificación clara como la defensa de la familia, tesis que la asumo ahora con apertura a las distintas tendencias modernas, en el otro aspecto, el económico, ha presentado reformas y propuestas muy progresistas a favor de las clases sociales más desprotegidas. Así, en temas sociales, por ejemplo, en la década de los sesenta, el PAN propuso la iniciativa para que los trabajadores de las em-

presas participaran en las utilidades de la misma, uniéndose con ello a los movimientos sociales impulsados años atrás por Ignacio Ramírez, “el Nigromante”, y luego con los esfuerzos constitucionalistas que, después de un arduo diálogo, terminarían aceptando tal dictamen como parte del artículo 123 (Lóyzaga de la Cueva, 2010, pp. 823-824).

En lo personal, también asumo que es en lo económico donde muchas políticas del PAN están lejos de la difusa idea derechista. Porque, en realidad, se han presentado en los casi dos tercios de siglo de su vida muchas iniciativas y pronunciamientos políticos para velar y prestar atención a grupos vulnerables, a gente de escasos recursos, a protección de los trabajadores y de los campesinos. Cito como ejemplo que el fundador del PAN fue el impulsor del Banco de Crédito Agrícola para los campesinos.

Cuando las ideologías se radicalizan, generan riesgo para las columnas que sostienen la democracia. Su atenuante es el diálogo, la tolerancia y la negociación, en cuanto estas actitudes tienen siempre presente la búsqueda de valores nacionales compartidos por todos. El discurso de uno y de otros puede ser distinto, puede ser altisonante, puede ser muy radical, revolucionario, reformista o progresista, pero otra cosa es la coherencia con lo que se vive y cómo se vive.

Si vemos al legislador promedio, sea del PT, Convergencia, Alianza, PRI, PVEM, PAN o PRD, todos buscan lo mejor para sus familias. Se busca tener a sus hijos en la mejor escuela que puedan, visten parecido, viajan en coches semejantes, comen tan bien y tan desenfadados como pueden, restaurantes donde coinciden y otros, donde arreglan asuntos políticos. Es decir, más allá del discurso, si uno ve cómo viven unos y otros, encontramos una semejanza. Claro, siempre hay excepciones.

No sólo somos conservadores, sino que además queremos acrecentar lo que tenemos y dar una seguridad de por vida a nuestros seres queridos. Así que, en realidad, "la pobreza de espíritu", entendida como no codiciar más allá del sano afán de supervivencia, no se da fácilmente.

¿Dónde encontramos dirigentes con capacidad de renuncia a privilegios o a lo que simplemente se tiene derecho? Unos luchan por tener más, otros se ufanan de que quieren cambios fuertes, pero si se tienen que dar esos cambios, normalmente la salida es "que sean en la casa del vecino", "en las vacas de mi compadre", no en las mías. Ruego, estimado lector, tener en cuenta que no pretendo en ningún momento incomodar, menos despreciar a los unos o a los otros, al señalar algunas posibles semejanzas de izquierda o de derecha, sino sólo descubrir que tenemos sueños, búsquedas y propósitos muy parecidos. Sin fijarnos si nos

consideramos de uno o de otro bando, simplemente todos queremos vivir mejor. El decir que aquél es progresista o que ese otro es retrógrado, pasará a menor consideración si nos ponemos de acuerdo en lo esencial.

Y para redondear este apartado citaré a Pedro Olalla, en la introducción de su libro *Historia menor de Grecia*, donde dice que “[...] hoy al igual que siempre, son progresistas quienes luchan contra la injusticia y la ignorancia, y son retrógrados quienes las favorecen por alguna razón” (Olalla, 2012, p. 26).

Como se verá, hasta ahora he tratado el asunto de las ideologías concentrándome más en la cuestión del estilo de vida, similitudes en el comportamiento y trato social de unos y otros. Sin embargo, otra cosa distinta es el asunto de los temas de agenda, las posturas políticas, las tesis programáticas donde supuestamente se materializan esas ideas, de la que líneas arriba he tratado poco.

Por lo que, retomando este aspecto, diremos que la “geometría política” ha sido calificada por más de un académico o político como un parámetro superado, obsoleto y que ha sido, además, confuso y poco práctico. Muchos países han quedado atrapados y se enredan en discusiones que confrontan estas coordenadas “izquierda-derecha”, sin embargo, algunos otros han superado este rampante esquema. Tal es el caso de Chile, Costa Rica y Uruguay,

países que han alcanzando mejores políticas públicas basadas en la responsabilidad (Rodas Espinel, 2011).

Las agendas políticas a la hora de gobernar no dejan de tener sorpresas que no coinciden con la ideología del partido gobernante. Al respecto Rodas (2011) señala en ese artículo de *Letras libres* una serie de cuestionamientos al comportamiento en el ejercicio de gobierno en varios casos de América Latina al preguntar:

¿Fue de izquierda la política de Lagos y Bachelet que convirtió a Chile en el país con mayor número de TLC en el planeta?, ¿puede ubicarse en esa corriente a la más alta oferta pública de acciones en la historia mundial, realizada por la estatal Petrobras en el gobierno de Lula?, ¿es el Seguro Popular, programa ejecutado por administraciones panistas en México, una acción de derecha?, ¿responde a esta tendencia la reciente nacionalización de carreteras por el presidente panameño Ricardo Martinelli?, ¿es coherente con la ideología de Hugo Chávez que la estatal PDVSA tenga su filial más grande en Estados Unidos?

Pareciera que la pugna de contrarios, que no lo son en todo, puede llegar a generar parálisis y evita la discusión y la negociación en los temas de la agenda política. De ahí la referencia de no quedarse en esquemas rígidos. Siguiendo a este autor, cito cuando dice que no es bueno prolongar la

dicotomía cuando se da el caso de quienes “presentan su ropaje de extrema izquierda como patente de exclusividad para la lucha por las causas sociales y satanizar cualquier postura moderada. En respuesta, quienes son —acusados— de ser de derecha apuran la negación de los cargos y acusan a sus contrincantes de obstruir la generación de riqueza, exacerbando las diferencias y reviviendo una geometría política moribunda” (Rodas Espinel, 2011).

Dicho autor menciona el caso de ejemplos que podrían ser considerados superadores de ese esquema rígido cuando señala que

[...] se podía calificar como responsable la política económica de Michelle Bachelet y Álvaro Uribe, quienes a pesar de ubicarse en los extremos de la vieja geometría, se asemejaron en sus lineamientos de estabilidad macroeconómica, disciplina fiscal y atracción de inversiones, que a su vez se tradujeron en crecimiento y generación de empleo (Rodas Espinel, 2011).

Con semejante propósito recuerda al presidente uruguayo cuando cita que:

al respecto, el actual presidente de Uruguay (y exguerrillero de extrema izquierda), José Mujica, señaló recientemente que “el equilibrio fiscal, mantener una economía austera y no jugar con la inflación” son factores que ya no pueden estar en discusión ni por la izquierda ni por la derecha o el centro (Rodas Espinel, 2011).

CAPÍTULO 3

Conciliación en los periodos electorales

Anotaciones sobre los
periodos electorales en México

El voto maduró en México en un siglo

Si una de tantas otras formas de manifestar la voluntad popular es el voto, es éste sin duda la columna central de la democracia. Para ello es preciso reconocer cómo nuestra vida democrática ha madurado lentamente, pero segura, en un largo andar desde que México inició su vida a partir de la Revolución. El debate y perfeccionamiento de esa expresión de voluntad se extienden hasta nuestros días.

Se han llevado a cabo muchas luchas, hemos ido de la amargura a la esperanza, de la impotencia para hacer frente a falsificaciones o fraudes —especialmente cuando pasaba “una aplanadora”, el “carro completo”, ante una oposición sin recursos para detenerla—, a lo que, finalmente, “el terco insistir” en el camino de las urnas y no

de las armas abrió el orificio inicial en la gran muralla del monopolio político con la primera gubernatura panista en 1989 y posteriormente, en 1997, cuando el partido oficial perdió la mayoría absoluta en el Congreso.

Hago estas referencias para hacer notar que ha costado mucho llegar a donde estamos ahora. Es humano reconocer que la vida es bella, pero a veces dura. Qué difícil sería llevar las asperezas y dolores sin esperanza.

Menciono ahora algunas referencias de ese tiempo, con algunas vivencias personales, en un ambiente electoral difícil, de competencia desproporcionada, con los dados cargados. Permítame, lector, que ahora haga alusión al pasado, a los años sesenta y setenta, donde se enfrentaban los opositores firmes al sistema, al gobierno. Además de la pléyade de los del PAN, cuyo reconocimiento a su fundador, Manuel Gómez Morín, al otorgarle el Senado en el mes de octubre de 2013 la Medalla Belisario Domínguez expresa y resalta su labor histórica, quiero destacar también la labor de Efraín González Morfín, Luis Calderón Vega y Abel Vicencio Tovar. Con este último, por cierto, tuve la más intensa colaboración cuando el PAN expresó su coincidencia sobre una postura del gobierno mexicano. Se trataba de un relevante tema de política exterior, entonces el PAN respaldó la postura del gobierno priista para promover la paz entre los países centroamericanos a través

del Grupo Contadora. En ese entonces, quien ahora escribe había sido designado secretario de Relaciones Exteriores del partido por su presidente Vicencio Tovar y ambos suscribimos en 1982 dicha declaración. Coincidencia en política exterior.

Además, en esta alusión breve a las transformaciones del país, no podemos dejar de reconocer que México también contó con luchadores de diversas corrientes de pensamiento de la oposición, como es el caso, por citar sólo ejemplos de los recientemente desaparecidos, de Arnoldo Martínez Verdugo y Valentín Campa, y muchos otros distinguidos promotores de la democracia, hasta llegar a la nueva generación, cuya aportación fui comprendiendo a cabalidad al transcurrir de los años y vi cómo la izquierda estaba presente en ese esfuerzo, en esa tarea, para hacer de la nación a través de su sistema electoral, de su vida democrática, un país mejor. La defensa del voto, reformas económicas a fondo, redistribución de la riqueza, defensa de lo nacional ante imperialismos de todo tipo, protección de los trabajadores, libertad sindical y muchas otras demandas que se iban generando fueron batallas en las que coincidimos. Son algunos ejemplos, de esas décadas pasadas, la lucha por la democracia, los episodios trágicos del 68, la imborrable acción contra los estudiantes en la avenida de San Cosme, un día de Corpus Christi, la

represión contra el movimiento social y estudiantil, que fueron dando pauta hacia una nueva ruta al México de hoy.

Y para coincidencia de quien esto escribe, esa avenida donde tuvo lugar una batalla entre grupos estudiantiles y el gobierno (la matanza de estudiantes en 1971, con participación de “Los Halcones”, grupo paramilitar organizado), está cerca de lo que fue la sede del PAN por muchos años. Ese lugar en donde se vivió y experimentamos tal vez una etapa de consolidación como oposición, era una vía que transitaba una o dos veces por semana al lado de mis correligionarios del juvenil, cuando íbamos a la sede panista a organizar el movimiento de jóvenes en el país.

Pasaba seguido por esa avenida de San Cosme para llegar a la calle de Serapio Rendón donde por años estuvieron las oficinas centrales del PAN, justo frente al cine Ópera, y así llegar al edificio con fachada austera, vieja y con un elevador de los antiguos. Ahí vivimos la crisis de 1976 cuando el PAN no logró presentar candidato presidencial y López Portillo se quedó como candidato único provocando presión para una reforma electoral.

Y todo eso es lejano y cercano. Lejano porque, cuando ocurrió, era muy joven, y cercano porque, con el correr de los años, fui comprendiendo mejor y guardando en mi

memoria esos proyectos de cambio, con su enorme valor, su profundo sentido social y reformador.

Recuerdo también que la primera de las muchas veces que fui representante del PAN en una casilla fue en el año de 1970; competía el candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Efraín González Morfín, contra Luis Echeverría Álvarez candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), por la Presidencia de México. En ese año llevaba ya tiempo escuchando desde niño la lucha cívica del panismo. Me pidieron ser representante, ese domingo me presenté temprano en la casilla ubicada en una calle del barrio de Tepito, en el V distrito electoral. Alguna discusión se armó entre los funcionarios de casilla por mi presencia, pero al fin se desentendieron y pude estar todo el día. No recuerdo si nos llevaron de comer o me compartieron los otros de sus alimentos.

Eran tantas las suspicacias, las desconfianzas que había, reales e inventadas, en torno a la jornada electoral para contar los votos bien que hasta nos decían nuestros correligionarios hace varias décadas que tuviéramos cuidado con la comida el día de las elecciones, pues nos podían provocar “cierta afectación estomacal” para aprovecharse así de nuestra ausencia en las casillas.

Cuando la jornada electoral terminó y se cerró la casilla, así como se contaron los votos, no me causó sorpresa el

resultado apabullador del PRI sobre el PAN, en una proporción de 4 a 1. Lo que hice entonces fue pedir mi acta con los resultados a la que tenía derecho. El presidente de cabilia se negó a dármela, ignoró una y otra vez mi petición. Y al final hasta un regaño recibí por mi terquedad.

Esa noche lluviosa y prácticamente estrenándome como ciudadano, salí sin el acta, con la derrota de mi partido, aguantando comentarios que me hacían los otros, ante los resultados. Recuerdo bien cuando, caminando por ese barrio, entre Tepito y el barrio de La Merced, buscando (como a las 11 de la noche) el camino al cuartel donde mi partido esperaba las actas finales, surgieron en mí sentimientos de impotencia, se mezclaban reacciones; emociones que me hicieron tomar la determinación de prepararme y formarme para hacer algo más a largo plazo ante aquello de lo que fui testigo ese domingo.

Han pasado muchas cosas desde aquella época, ha corrido mucha agua por esos puentes, cambios y luchas de muchos dirigentes de uno y otro color, de movimientos sociales que llenan las páginas de nuestra historia para alcanzar procesos electorales democráticos.

Por eso, aunque faltan cambios, también hay logros. Ante la crítica exacerbada, ante el pesimismo en medios o en las conversaciones sociales empeñadas en mostrar más lo negativo, yo veo un renacimiento de México, pese a las

adversidades, los nuevos desafíos y las viejas amenazas, veo que se alcanzó una nueva etapa en la vida política nacional, se trazó un camino hacia la toma de conciencia social para hacer del poder ciudadano una herramienta más decisiva.

Firmes dijimos, frente a los que proponían la lucha armada y las guerrillas, que la civilización, la nuestra, tiene otro futuro donde la razón no se dobla y reconduce los temores, enfrenta al derrotismo para que no avasalle los motivos para seguir construyendo patria. Buscar nuevos caminos en la lucha política desde nuestro pensamiento y filosofía, desde las primeras décadas de lucha panista se dirigió para darle una salida pacífica al elevado asunto de establecer un gobierno democrático.

Y apostamos al valor del voto, con la fuerza y la conciencia del ciudadano, desde la decisión del elector cuando en una casilla, atrás de una mampara, determina quién quiere que lo gobierne. Es como “la soledad del confesionario”, la de la propia conciencia que me inclina a apoyar a uno y reprobador a otro. Donde la abstención también pesa. La apuesta fue siempre al voto, no a las armas.

Ante la experiencia del movimiento zapatista surgido en Chiapas, en enero de 1994, encabezado por el subcomandante Marcos, relato una anécdota. En la Legislatura LVI me tocó ser diputado cuando se dio la marcha del zapa-

tismo desde la Sierra Lacandona hacia la capital del país. En la Cámara de Diputados se generó un intenso debate respecto a si el subcomandante Marcos debía o no entrar al recinto y hacer uso de la tribuna (reservada prácticamente sólo para legisladores y jefes de Estado).

Finalmente, se aprobó que se le permitiera el uso de la palabra en la alta tribuna de la nación. Ese día fue un día muy tenso para nosotros, pues llegó el contingente a las inmediaciones de San Lázaro y nosotros dentro, esperamos, y esperamos en vano que Marcos entrara. Ellos, como nosotros, querían mejores condiciones para los grupos indígenas del país.

El subcomandante llegó, pero decidió no entrar y sólo dio un mensaje desde un templete acondicionado en una de las calles aledañas al recinto legislativo. En esa sesión de la Cámara se acordó que sólo entraran al pleno los miembros de la Comisión de Asuntos Indígenas y de otros comités vinculados al tema social. Sin embargo, no siendo miembro de alguna de esas comisiones, entré para entregar unos libros sobre la historia del PAN a la máxima autoridad del zapatismo que se encontraba en el recinto, la subcomandante Esther. En la tarjetita que le entregué al presentarle dichas publicaciones decía algo parecido, según recuerdo, a lo que aquí cito:

Reciba estos libros sobre nuestra lucha del PAN por hacer de México un país de justicia. No compartimos la violencia armada, pero le expresamos el respeto y reconocimiento a su lucha que ustedes dirigen.

Cuando hacemos una valoración del camino andado, en casi un siglo de historia de promover el valor del voto y los comicios democráticos, nos congratulamos de los avances. Cuando veo un anuncio promocional del Instituto Federal Electoral (IFE), en la contraportada de una revista que se edita en el Distrito Federal, que dice: “Yo decido qué quiero para México. Voto el 1 de julio”, me pongo a ver hacia atrás el camino andado, desde aquella cultura y experiencias que viví cuando salíamos a las calles, a tocar puertas, en las plazas públicas de la Ciudad de México, y luego como dirigente nacional de los jóvenes, en muchos estados del país, a hacer un llamado cívico a la gente, a nuestros compatriotas, a tomar su responsabilidad como electores, cuyo voto pondría a nuestro país en otro nivel, en un futuro por construir, por hacer, para decidir mediante el sufragio qué es lo mejor para México y qué gobierno nos queremos dar.

En ese tiempo, hace 40 años, por citar un parangón, era común oír replicar al ciudadano cuando lo invitábamos a votar: “ustedes los del PAN, pierden el tiempo, pues creemos que no tiene caso votar, ya que de antemano sabemos quién va a ganar”.

También escuchábamos frases como éstas: “ustedes le hacen el juego al gobierno para simular elecciones”; “en México nunca podremos superar esos fraudes electorales”, “mi voto no cuenta, otros deciden quién nos debe gobernar”, “el mapachismo se institucionalizó en México”. Y muchas otras frases que formaron una cultura del pesimismo, o realismo político, de toda una generación de mexicanos que no esperaba nada de la democracia mexicana.

Por ello, sin echar las campanas al vuelo ya que faltan cosas por cambiar, podemos reconocer serenamente que sí se ha avanzado, que como dice el mensaje del IFE, esas personas cuyas foto aparece rodeando la frase “yo decido qué quiero para México”, son mujeres y hombres ciudadanos y ciudadanas, que decidieron que en el año 2000 gobernara otro partido distinto del tradicional y en 2012 otra vez lo cambiaron.

Qué bueno celebrar el avance democrático. Son muchos esfuerzos que han concurrido para arribar a este escenario de mis aportaciones multicolores, en el mar de la inconmensurable lucha social y cívica que se levantó en todos los rincones del país, con causa de miles y miles de activistas y militantes, con distintas motivaciones ideológicas de lucha política, pero que han ido dando resultados para bien del país. Y me uno al lema con el que

remata ese mensaje del IFE: Lo que hace grande a un país es la participación de su gente.

Por eso digo que ya nuestra nación ha pagado con una revolución y con muchos otros movimientos del siglo xx su alta cuota de entrega, de trabajo, de dolor y sacrificio. Actualmente es hora del consenso, de compartir, de poner en una misma mesa los logros históricos de todos los partidos, de todos los actores sociales, que no terminaría aquí de enumerar, y hacer que lo nacional se imponga siempre a lo partidista.

El voto y el papel histórico de los partidos políticos

El acceso de los hombres y mujeres de México para votar y decidir el tipo de gobierno tardó mucho tiempo y requirió de enormes esfuerzos por parte de distintos actores. La historia registra iniciativas de partidos políticos en cuantiosos y diversos temas. Por ejemplo, el otorgamiento del voto a la mujer hace 60 años, y no sólo esto, sino también una mayor representación en la vida política y social del país. Actualmente, todos los partidos coinciden en darle su debida relevancia a la participación de la mujer y preservar su identidad de género. Mi experiencia me lleva a relatar las interrogantes que me expresaban extranjeros de distintos países cuando me preguntaban si México estaría preparado para que gobernara el país una mujer. Mi

reflexión es que tenemos que seguir trabajando para que la equidad de género sea cada vez más una realidad. Por ahora, está la reciente iniciativa que propone el presidente Peña Nieto para aumentar la presencia de la mujer al 50 por ciento, frente al 40 por ciento actual, de tal modo que se equilibren las candidaturas (Gómez, 2013). Y en el futuro, espero no lejano, estoy seguro que una mujer presidente de México sería de una gran valía.

Las críticas que se dieron al presidente Calderón cuando comentó encuestas de campañas presidenciales, refiriéndose a que la candidata del PAN, Vázquez Mota, estaba a 4-5 puntos de distancia del candidato del PRI, Peña Nieto, produjeron reacciones diversas de los partidos opositores. Éstas fueron una muestra del control cada vez mayor que pesa sobre la figura presidencial y esa demanda generó un buen debate.

A su vez, ésta es una expresión del avance en transparencia y cómo se le ha acotado actos al Ejecutivo de posible interferencia que pudieran influir en la decisión o percepción del electorado.

De lo que ocurría antes, cuando fluían enormes recursos del Estado y de la administración pública para favorecer a los candidatos oficiales, al punto en el que ahora estamos, hay un gran avance para lograr elecciones más apegadas a los cánones democráticos. A este avance ha

contribuido por décadas la oposición, tanto los unos como los otros. En esta nueva dinámica de relaciones que se va construyendo afanosamente en el país, donde ha habido sabiduría para recrear un espacio para la buena política de colaborar entre distintas fuerzas políticas, al menos de manera intermitente, es difícil medir el grado de aportación de unos y otros. Difícil y quizá innecesario es pensar en una cuota de porcentajes para determinar cuánto ha contribuido cada fuerza a los resultados buenos y positivos que tenemos en materia de avance democrático.

A los pocos días después de esa mención del titular del Poder Ejecutivo sobre las encuestas en la carrera presidencial, llama la atención, en la línea de la política de la conciliación, el acuerdo publicado en medios respecto al encuentro entre el presidente del PRI y el presidente Calderón, ya que se ve, en un ambiente civilizado y con la confianza de la palabra empeñada, en cuanto de esa reunión se desprende que el presidente ofrece no intervenir en el proceso comicial, comprometiendo su palabra y creando la certidumbre en el mismo. Así todo México gana.

Ese día, Ramírez Marín, parlamentario del PRI en ese momento, expresó un comentario dando la bienvenida al compromiso del presidente Calderón de no intervenir en el proceso electoral y mantenerse al margen garantizando

la aplicación de la ley. Y, de igual modo, lo haría Enrique Peña Nieto en su discurso como virtual ganador de las elecciones presidenciales de 2012, cuando agradece al todavía presidente de la República, Felipe Calderón, por su participación durante los comicios, ofreciéndole su “reconocimiento por su vocación democrática, por su respeto y conducta institucional durante este proceso electoral” (*El Universal*, 2012).

Sin embargo, y contrastando con esto, se da la desconfianza en la Cámara de Diputados, se produce un ríspido debate entre el coordinador del PRD y el legislador priista Lerdo de Tejada. Se cruzan acusaciones de que ha habido acuerdos “en lo oscuro”, se intercambian calificativos y se critica al presidente del PRI. Ambos se muestran indignados, el debate sube de tono y, una vez más, pierde el debate civilizado.

Popular es el deterioro del papel de los diputados, a pesar de que hay una buena parte de ellos que desempeñan acertadamente su trabajo. Dicha imagen negativa no es el escenario idóneo cuando se trata de que sea desde el Congreso donde se puedan definir los cambios y las mejoras del sistema de lucha electoral para que no nos destrocemos en éste unos a otros, de dejar el canibalismo que poco contribuye en la dieta democrática de los jóvenes. Buen ejemplo es, en cambio, como alimento sano para tener buenos demócratas, robustos, responsables, niños

que cuando sean jóvenes votarán con responsabilidad democrática.

Hay que alimentar sanamente al espíritu social y evitar la “comida chatarra”. La tarea es de la autoridad pública, también lo es de la escuela, de la sociedad civil y de las familias. Y destaco lo último cuando pienso en el orgullo de un padre que presenta a su hijo y puede afirmar: le presento a mi hijo, ha sido educado para hacer el bien.

*Reflexión sobre el proceso electoral
presidencial de 2012*

Como otros han opinado, también yo soy de los que creen que, en la elección de 2012, las compras y los “regalitos” influyeron posiblemente en un sector de electores, pero no por ello la determinaron. Influyeron en cierto sector, pero no fueron decisivos para arrojar los resultados obtenidos. Otro asunto por explorar sería la influencia de algunos medios que juegan un papel que tiene su efecto.

Salvo demostración contraria, creo que la elección de 2012 fue tomada por el pueblo, y optó por un cambio. Sin embargo, para despejar dudas, no dejar sospechas y que esto sea el hábito cotidiano, hay que agotar todas las investigaciones. Y llegar hasta donde la ley indique. Percibo que una de esas cuestiones quedó enredada, confusa, en las deliberaciones y votaciones del IFE.

Dar espacio necesario para la debida investigación de irregularidades electorales es patrón democrático indispensable para saber qué ocurrió con todos los recursos internos legales, hasta la máxima instancia, el Tribunal Electoral. Y luego, si es necesario, las instancias internacionales que conforme a derecho ha suscrito y ratificado nuestro país.

Viniendo de donde venimos, arribando de un pasado tan complejo y turbio en cuanto a calificación de elecciones en México, creo que hay que impulsar y afinar muchos cambios y correcciones. Con tal de lograr que el ciudadano, cuando llega a su casilla y recibe la papeleta o boleta electoral, sienta esa certeza de que su voluntad será respetada por las instituciones electorales. Pero también desde antes del día de la votación, por supuesto.

“No hay victoria permanente ni derrota para siempre”, escuché alguna vez. El PAN hizo su trabajo, en buena medida, se alternó el ejercicio en el gobierno federal, con otra opción para valoración del elector, cambio que se materializó en 2000. Se dieron pasos, por supuesto, aunque insuficientes ante los pendientes sociales que continúan. Ahora que el PAN está otra vez fuera de la silla presidencial, debe asumir su nuevo rol con una óptica distinta y de largo alcance, asumiendo su responsabilidad pero a su vez sin tener que cargar con todo el peso de lo que no marcha bien en el país.

Después del proceso electoral de julio de 2012, los contendientes tienen sus reacciones, como en una final de fútbol: de un lado están los que festejan, y del otro, los que revisan por qué perdieron. Y en ese tenor, surgen los reclamos y las demandas para impulsar las reformas necesarias en el seno del PAN, en pos de una renovación. Por su parte, el PRI se esfuerza por lograr marcar una enorme diferencia en el gobierno respecto a la anterior administración.

Pero esto tiene algo de ficticio. La exigencia de la renovación es permanente entre los partidos y a todos alcanza, ésta es la dinámica democrática, sobre todo cuando hay una ciudadanía cada vez más demandante. Así, no por el hecho de que un partido haya alcanzado el poder presidencial ha de pensarse que tampoco tiene que renovarse ni plantearse reformas internas, por ejemplo, en torno a la definición ideológica de su inspiración filosófica y su apego a las decisiones que cotidianamente tiene que asumir.

Asimismo, la política de las coincidencias motivaría, en tener presente para cada renovación del gobierno federal, el deber de reconocer los avances democráticos que se han alcanzado e identificar, del mismo modo, las tareas por desarrollar. De este modo, todo partido de la oposición que ascienda al poder (como de momento

ha tocado a nivel federal al PRI y el PAN) debería evitar las perspectivas sesgadas que no valoren objetivamente las administraciones anteriores, so riesgo de no saber rescatar las partes buenas logradas. En las gestiones de Estado, no debe ocurrir la misma reacción humana que en una oficina, cuando llega un nuevo jefe y, por lo regular, éste dice que se han hecho muchas cosas mal y que él les demostrará a partir de ahora cómo se deben hacer. Por lo tanto, deberían de evitarse aseveraciones falaces como: “lo anterior, como no era mi gestión, era malo, deficiente”. Sobre todo en política, no se debe olvidar que, en su momento, el partido entrante fue oposición y que, por tanto, carga con parte de la responsabilidad para bien y para mal.

Declaraciones coincidentes de los expresidentes

Ernesto Zedillo y Felipe Calderón

tras los resultados de las elecciones presidenciales

Referiré ahora, bajo este ánimo de encontrar coincidencias entre los actores políticos, uno de los sucesos más relevantes cuando de elecciones presidenciales se trata: la coincidencia constructiva en la sucesión presidencial, máxime cuando un candidato de la oposición es quien ha ganado los comicios.

Con esto remito a un hecho inédito en la historia electoral de México, el reconocimiento del entonces presidente de

México, Ernesto Zedillo, ante el avance y posterior triunfo del candidato del partido opositor, Vicente Fox, la noche del 2 de julio de 2000. La relevancia de dicha actitud a pocas horas de haberse cerrado las casillas electorales en el país fue de gran peso y utilidad para el avance en México en las elecciones democráticas.

Luego, como si la historia se reciclara, en 2012 el presidente emanado de las filas del PAN, Felipe Calderón, reconocería las tendencias de la votación nacional a favor del candidato del partido opositor del PRI, Enrique Peña Nieto.

Ambas declaraciones en cadena nacional, a mi parecer, fueron signos de una actitud democrática madura que le ahorraron al país desgastes innecesarios luego de la jornada electoral. En ambas ocasiones, al contrario de lo ocurrido en 2006, las diferencias entre el candidato puntero y su cercano seguidor eran considerables.

A pesar de que hubo críticas de los partidos a los que no les favorecían los resultados en esos momentos, de distinto nivel de acusaciones, de impugnaciones a los conteos o al uso de recursos en campaña, etcétera, y más allá de todo cuanto no puede faltar en las campañas nacionales, se dieron declaraciones solemnes al más alto nivel, hechas por el mexicano mejor informado de la jornada, el presidente del país, para anunciar hacia quién

se inclinaba la tendencia de los votos, basándose en la ley y en el trabajo del IFE. Éstas fueron expresiones enormes de que nuestra institucionalidad sí funciona. Logros mayúsculos como nación, que nos motivan a creer en nosotros mismos.

En este rubro, en cuanto a la labor de la OEA, estamos ante una evolución en la protección internacional de los derechos humanos, particularmente en el tema que nos ocupa, el ejercicio del sufragio, del voto, el cual tiene mecanismos adicionales para su protección y que, en lo nacional, cuenta con una serie de garantías para la calificación final de las elecciones según parámetros democráticos. En ambas instancias, los recursos jurídicos nacionales e internacionales tienen el objetivo de asegurar al ciudadano de que su voto será respetado.

Permítaseme referir que, a mediados de los años ochenta, como no existían los debidos recursos legales en el país, para garantizar el derecho al voto. Estudié y promoví las instancias internacionales para la defensa como los derechos políticos. Tanto de militante como en diversas instituciones académicas de México. Hoy, muchos años después, contemplo una gran evolución de parte del gobierno mexicano: se ha puesto al día en cuanto a ser observado interna e internacionalmente, ha suscrito los convenios sobre derechos humanos, tanto en el sistema interamericano como en el sistema de Naciones Unidas.

Me parece bueno narrar, a propósito de la política de coincidencias, que, en el tópico de la protección internacional de los derechos humanos, he coincidido con dirigentes del PRD. Incluso, alguna vez impartí para ellos una charla sobre el procedimiento para elevar denuncias internacionales en sus propias oficinas partidistas. En 1991 fui invitado por los encargados en ese momento de los derechos humanos para abordar ese tema en su local de la calle de Monterrey.

Algunos años antes había venido participando con varias ONG, como es el caso de la Academia de Derechos Humanos, donde conocí a distinguidos intelectuales y luchadores sociales como Sergio Aguayo. Colaboré también en el caso de organizaciones defensoras de los derechos humanos encabezadas por el padre Miguel Concha (fray Francisco de Victoria y Centro Agustín Pro). No cabe duda de que esos grupos de la sociedad civil han hecho grandes aportaciones dado que su trabajo ha repercutido para dar más confianza en las contiendas electorales. Aun cuando existen asignaturas pendientes, se ha avanzado, no cabe duda de que se ha fortalecido la imagen del país como una nación de instituciones en materia de elecciones democráticas.

Incluso antes, en 1988, cuando la información acerca de la protección internacional de los derechos humanos era

escasa, me tocó hablar en un hotel de la calle de Reforma, muy brevemente, sobre los mecanismos de denuncia internacional por violación a los derechos humanos, era la alianza para la defensa del sufragio en 1988, ADESE. En esa ocasión si no recuerdo mal, la concurrencia estaba conformada por distinguidos intelectuales y activistas como Aguilar Zínser, Norberto Corella, Jorge Castañeda, Molinar Horcasitas, Julio Faesler y otros que integraban la agrupación. Gente toda comprometida con el país.

Ése fue un modelo de colaboración, digamos ecuménico, para luchar por terminar con la presencia prolongada del PRI. Se intentó un amplio consenso para buscar más la construcción, la colaboración y evitar el desgaste, la confrontación. Esto, creo, estoy convencido, es lo que debemos lograr para que el país avance como si fuera un “tren moderno”, consiguiendo que ambos rieles del tren, esas vías, se acompañen y respeten su posición y su rol, para avanzar, llegar juntos y más pronto a las metas de desarrollo económico compartido y de madurez democrática. No debemos de poner más obstáculos o generar conflictos que pongan en riesgo su buena marcha.

Lo vislumbro con la siguiente imagen, que constituye una metáfora de un imaginario diálogo entre los dos principales partidos de la oposición y el del gobierno federal: “Llevo una locomotora en mis espaldas”, podríamos ima-

ginar que dice el riel de la derecha. Y el de la izquierda le responde: “Yo también estoy cargando y desde este lado también puedo apoyar y así podemos lograr llegar bien a nuestro destino”. Pero además, ambos coinciden en que lo preponderante es que el maquinista que conduce, que gobierna y que también tiene su trabajo, el principal, llegue sin descarrilar a su destino.

Hacia una conciliación en los periodos electorales

Respeto al árbitro, acordar reglas del juego democrático

Un punto previo a la contienda electoral es establecer un compromiso entre los contendientes para respetar la institucionalidad, fortaleciéndola y evitando con esto la agresividad sistemática contra el árbitro, el IFE y el Trife, al descalificar sus actuaciones, algunas veces, injustificadamente con tal de ocultar las incapacidades propias de los partidos.

Tenemos instituciones electorales y judiciales que son un entramado de principios democráticos y reflejo de nuestro avance histórico. A pesar de las críticas serias y severas que se hacen en lo interno, hemos contado con un IFE (ahora INE) que es reconocido en muchos países de nuestro continente y de otras partes del mundo, y que incluso es llamado a dar asesoría técnica electoral.

Nuestras instituciones electorales son complejas, incluso sofisticadas si se las compara con otros países, y si son de tal naturaleza, es por la falta de credibilidad entre los contendientes. Quizá la falta de confianza es mayor y más dañina cuando se da entre los contendientes, entre los partidos. Porque ellos son los que lideran, son la cara visible en los procesos electorales. Es difícil saber si aquella desconfianza es mayor que la que existe entre el ciudadano hacia sus instituciones electorales y hacia los partidos.

La tarea de los partidos es moderar su lucha, dejar de ser caníbales, no pedir sangre en cada campaña, porque con ello se exalta la pasión y aumenta esa desconfianza y desilusión ciudadana.

Parece que me contradigo, por una parte reconozco avances y por otra digo que falta confianza. Puede que así sea, pero también creo que ambas son compatibles pues la desconfianza ha generado instituciones que vuelven más vulnerable al sistema. Debemos, sin embargo, de madurar ahora en la confianza y el respeto a las reglas, en la credibilidad de quien cuenta los votos.

A diferencia de antes, hoy los votos no se fabrican ni se inventan electores recurriendo incluso a nombres de personas fallecidas, pero hay que cuidar de que no suceda el acoso material hacia el votante de escasos recursos. Tal

es el caso de los regalos comprometedores como los refrigeradores, comida, ropa y otros “regalitos” que para quien poco tiene resultan en una seducción, inducción o acoso que vulnera su libertad de sufragio. Ésta es una asignatura pendiente.

Como se mencionó anteriormente en el apartado “La confianza entre los actores políticos como requisito básico” del capítulo 1 de este volumen, la cultura de la desconfianza entre los partidos políticos y entre éstos con el antes IFE no puede sino tener consecuencias negativas. Hay que pensar, por tanto, en revisar las reglas para garantizar equidad, libertad y transparencia. Lo importante es que, en nuestros comicios, el que venza gane sin la duda de la trampa, sin pensar que el árbitro les jugó chueco, que los “datos estaban cargados”.

Entre las reformas electorales que busca el Pacto por México hay nuevamente referencias sobre las responsabilidades de los partidos durante las campañas. Sin embargo, éstas buscan delimitar las estrategias de promoción, el uso y financiación de los recursos económicos y de los tiempos en medios masivos. Asimismo, se estableció la creación de una “autoridad electoral de carácter nacional y una legislación única, que se encargue tanto de las elecciones federales como de las estatales y municipales” (Pacto por México, p. 54).

Sería deseable, sobre este último punto, que se hagan presentes los ideales inscritos en la Visión del Pacto ante el debate sobre la anunciada creación del Instituto Nacional Electoral (INE). De este modo, con el INE es menester que se defienda una mayor autonomía de los partidos buscando, quizá, mecanismos que cada vez tengan mayor transparencia e imparcialidad en la elección de los consejeros, de tal modo que el proceso sea menos político y más judicial.

El deber de los partidos es reconocer la estructura electoral en México que ha costado años de esfuerzos y grandes recursos. Un ejemplo de fortalecer el respeto al árbitro son las declaraciones que emitió Manlio Fabio Beltrones, el entonces coordinador de la bancada del PRI en el Senado, quien llamó a las fuerzas políticas, autoridades electorales y sociedad en general a no repetir el escenario de confrontación de 2006:

El saldo del proceso electoral no debe ser una sociedad dividida y una Nación debilitada que, al día siguiente de la elección, no sea capaz de enfrentar la inseguridad pública, el desempleo y la falta de crecimiento que padecemos (Michel, 2012).

Sin duda, se trata de un ejemplo de respeto al árbitro, buscando reconocimiento de resultados y mostrando capacidad de denuncia pero también de diálogo.

Lo anterior se ha dicho en cuanto al árbitro, pero también me parece necesario establecer algunas cuestiones sobre el “respeto social”, es decir, los retos para cambiar nuestra forma de pensar. Para esto es preciso referirnos a la educación cívica de los mexicanos, en los cuales se involucran múltiples actores familiares, escolares, académicos, políticos e, incluso, mediáticos. De la actuación de todos éstos en conjunto depende la conciencia social de las personas sobre el valor de las instituciones, de tal modo que todos aprendamos a ser demócratas, cosa sencilla cuando se gana, pero no así cuando se pierde.

Y menciono dos puntos al respecto. El primero de ellos, sobre la formación de la sociedad en la educación democrática. Con esto me refiero a los actores del día a día: los padres de familia y los maestros, además de otros grupos intermedios como las iglesias y los partidos. En estos frentes se pone en juego la inducción cívica de los niños y jóvenes. La educación, como la cultura, es una segunda naturaleza del hombre; por ello, resulta conveniente procurar tempranamente la formación ética y la observancia de la legalidad antes de que los impulsos negativos ganen terreno. Aunque invisibles, hay, por tanto, consecuencias cívicas a largo plazo como cuando, en un juego de fútbol, agredimos al árbitro que nos marca un *penalty* en nuestra contra, o cuando amenazamos a la maestra que “reprobó”

a nuestros hijos. Así, una cosa es competir en un proceso electoral y otra aceptar la decisión de la autoridad competente sobre los resultados, como se verá en el apartado “El caso de Honduras”, capítulo 4 de este volumen, respecto al reconocimiento de los resultados electorales por parte del candidato perdedor.

El segundo punto es el ámbito político: La rendición de cuentas de quienes participan en las contiendas electorales es indispensable, sean éstos partidos o las recientemente aprobadas candidaturas independientes. Junto con esto, impulsar el asunto de una reforma constitucional que establezca que la vida interna de los partidos y de los sindicatos debe de apegarse a las altas normas democráticas y ser revisados por la autoridad competente. Vale tanto un peso que gasta un partido como el que gasta un sindicato. Agrego a modo de corolario que, si bien ya se ha hecho bastante sobre la revisión hacia los partidos, falta más de esto en la vida de otras instituciones.

Estas cuestiones son o pueden ser, a mi parecer, algunos puntos de encuentro entre las fuerzas políticas nacionales respecto al tema de esta sección. Estoy seguro de que, si todos ellos se dan a la tarea de tejer acuerdos, de buscar coincidencias, se puede lograr un ambiente propicio para el trabajo enorme que el país enfrenta. Esta línea de cohesión y de consenso es en la que he pensando

cada vez más en los últimos años. Y cuando veo que alguien los expresa, me reanima el trabajo.

Ya inauguramos la nueva era de los grandes acuerdos, donde se hace presente la suma de intereses ideológico-políticos. En México las fuerzas políticas no deben dar marcha atrás.

*Campañas electorales sin polarización:
evitar divisionismo irreconciliable*

Para tratar este tema, me parece preciso remitir a algunas de las confrontaciones recientes en México durante las contiendas presidenciales. Para ello me refiero particularmente a los comicios presidenciales de 1988, cuando la “caída del sistema” detuvo el conteo de votos, en México se vivió una situación alarmante para la estabilidad de su democracia.

A mi parecer, a partir de ese año se formaron elementos que darían mayor estabilidad a la competencia por la presidencia del país. Para no ir muy atrás en la historia, en la década de los setenta (y qué decir antes) era impensable que hubiera un competidor con la fuerza necesaria para disputar el poder al PRI.

Los conflictos postelectorales habían sido el “pan de cada día”; acusaciones serias y graves de fraude y monopolio electoral, de manipulación oficial de resultados, no faltaban. Las renovaciones del poder presidencial no se

daban de manera tersa. Había sido precisamente durante los años electorales (sobre todo, en las precampañas) y, luego, en el conteo, difusión y aceptación de resultados, donde se habían suscitado protestas, luchas sociales, actos de tensión y de violencia con un saldo que puede y debe ser evitable, sobre todo, impidiendo que las contiendas nos dividan agriamente a los mexicanos.

Una de las prioridades es fortalecer el papel rector de la institución o autoridad electoral que organiza y vela por la limpieza y credibilidad de las elecciones. Cualquier reforma sería que ayude a introducir certeza jurídica en este sentido debería ser apoyada por los actores políticos que están comprometidos con México.

He querido escribir estas líneas con el propósito de escudriñar cómo ir superando la estrategia de la confrontación o, al menos, hacer de las contiendas etapas donde haya menos canibalismo para transitar a un estadio distinto y superior en el que los esfuerzos y programas de los actores políticos logren incentivar las coincidencias. De esa forma, se busca dar lugar a iniciativas conjuntas que ataquen los problemas nacionales con mayor sinergia de recursos, de modo tal que la energía se dirija más a reconstruir el tejido social y a afrontar reformas nacionales y no al bloqueo mutuo. Por eso, me parece, es preciso acercar a los actores políticos para que éstos descubran que es más lo que les une que lo que les

separa. Esto es esencial para los procesos electorales y sus posteriores etapas cuando arranca el nuevo gobierno.

Con esto se intenta superar la confrontación natural de las elecciones de manera no traumática, renovando cíclicamente acuerdos que sean necesarios para México en una Agenda Política de los Mexicanos. Se propone este gran acuerdo metapartidista a partir del cual se plantee el debido y sano cabildeo entre las fuerzas políticas con la negociación como clave para lograr los círculos virtuosos de la verdadera democracia.

Insisto en decir que esto es indispensable en un esquema de gobierno que necesita del diálogo y el acuerdo con los partidos en el Congreso para que sus reformas no se empantanen. Se dirá, quizá, que esto es una entrega o algo innecesario, indignante. No lo es. Tenemos que triunfar sobre las desconfianzas, los temores naturales, la carga del pasado que nos oprime.

Porque, además, el mundo cambia y nos rebasa. Nos viene una disyuntiva: o bien dejamos que fluya la nueva etapa que viene (y que, se ha dicho, no depende de un solo actor, sino de la evolución histórica que nos sobrepasa), o bien, tarde o temprano, nos encontraremos superados, rebasados por los movimientos sociales.

Esto lo apunto con un espíritu de autocrítica, una vez que he tenido la fortuna de participar en distintos

ámbitos de la política en México. De este modo, si señalo alguna crítica a la clase política, tomo el pedacito que me corresponde. Me viene a la memoria, por cierto, aquella vez que nos preparábamos los 500 diputados en las escalinatas de la avenida Congreso de la Unión para la fotografía que conmemoraba la legislatura de 1997. Entonces, y justo en el momento en que los fotógrafos nos pidieron guardar silencio, se escuchó que un conductor y su acompañante en un camión de carga elevó altisonante un silbido (nosotros los mexicanos sabemos a qué familiar nos recuerda). Lo oportuno del momento hizo estallar las risas de los diputados y alguno de ellos gritó: “¡Compañeros, ahora tenemos que dividirnos entre quinientos ese recordatorio!”.

La vida política debe de renovarse a la par de las enseñanzas de la dinámica histórica. No podemos quedar marginados ante las transformaciones radicales que no necesariamente surgen de los actores políticos o del gobierno, sino que se originan en la periferia, en los barrios, en los estados y en las academias, en los rincones marginados o indignados, o bien donde algún filósofo nos sorprende gratamente con su profunda propuesta llena de pensamiento revolucionario y duro, con posturas radicales. No podemos permitir que el tiempo nos avasalle, que nos diga “viejos” ante la nueva generación de ideas y de sonidos, de sabores que debemos

aprender a percibir, a experimentar. Por eso hay que tratar de entender desde ahora los nuevos signos de los tiempos.

La democracia nos necesita. Y no requiere pistoleros sino maestros que hagan de la alianza un tejido fino, como una red de cooperantes y constructores de lo que necesita el país.

Si miramos el pasado de nuestra transformación política y democrática, este principio de diálogo-negociación ha sido fundamental. Porque antes, cuando había un monopolio de un partido y un presidencialismo fuerte, dominador, que pocas cuentas daba a la ciudadanía, no hacía falta ya que sus reformas y nuevas leyes se aprobaban sin chistar, sin oposición. El presidente mandaba una ley al Congreso y se podía ir de vacaciones. Pero esto cambió.

Hablando sólo del Congreso, la oposición hacía llamados a la apertura democrática, más y más denuncias se hacían en los años sesenta, setenta y ochenta. En aquel tiempo, el PAN no tenía presencia en la Cámara de Senadores; fue hasta el año de 1991 cuando tuvo su primer senador, Héctor Terán, de Baja California, de quien fui asesor.

Sólo para dar un detalle del dominio omnímodo del presidente de la República en esos años, podemos recordar que entonces no se podía esperar que, en sus informes anuales entregados a la nación en el Pleno del Congreso, alguien se permitiera interrumpir su discurso, o que algún

diputado se permitiera hacerle alguna formulación. Eso era inconcebible en un sistema dominado por la figura *superpoderosa* del presidente de la República.

El primer legislador en formular una pregunta al entonces presidente de México, José López Portillo, durante su informe fue el diputado panista Edmundo Gurza Villarreal, de Torreón. Después de tener el valor de interpelar al presidente, recibió amenazas de muerte e incluso se afirma que fue golpeado a grado tal que una de sus piernas fue dañada severamente. Recuerdo que lo vi en una convención panista y, cuando me acerqué a él, me dijo: “cuidado, jovencito, con mis muletas”, porque las había pisado accidentalmente en el *presidium* donde él estaba junto con los dirigentes que conducían la reunión nacional del PAN.

Se viven tiempos políticos en los que se ha superado el autoritarismo presidencial. Ahora estamos mejor, hay un avance que se nota en el Congreso, donde el gobierno tiene que hacer negociaciones, cabildeo, buscar alianzas, incluso enviar un secretario de Estado para explicar la iniciativa que el presidente pretende enviarles a los legisladores. Bien lo ha expresado Peña Nieto en su discurso como virtual ganador de las elecciones presidenciales de 2012:

Me comprometo a tener un diálogo permanente y abierto con los liderazgos parlamentarios, para concretar las reformas

necesarias que eleven la calidad de vida de los mexicanos (*El Universal*, 2012).

Antes todo se aprobaba automáticamente, a pesar de la oposición, y ahora tiene que haber acuerdos, para que avance y tenga buen final la reforma presentada por el gobierno. Y aquí el Pacto por México es un buen icono de esta nueva etapa.

Hablando entre mexicanos, las campañas descarnadas, *canibalescas*, nos polarizan, nos hacen ponernos ficticiamente más alejados y en pugna con lo que en realidad somos y estamos. Pero esto no es así. Por eso se ha invitado anteriormente a eliminar estereotipos. No somos un grupo mejor que el otro.

Por eso he preferido discurrir sobre lo que somos, lo que hemos sido y lo que queremos llegar a ser, para así planear el cómo, el “de qué manera” podemos sumar fuerzas y talentos en el ámbito político, a pesar de tantos intereses que subyacen a su alrededor, aprovechando esa mezcla abigarrada de corrientes políticas que existen en el país. Tengamos capacidad para construir, más que para reñir o dividir. Nos necesitamos unos y otros. Por eso sería deseable hacer valer la tesis de no refrendar la supuesta superioridad de unos ni la inferioridad de otros.

Desideologizar la relación cotidiana entre los actores políticos, y hacerla más sensata, programática, con miras al bien común, es un paso inicial fundamental. Es lograr compartir un motivo superior, reconciliador por México. Los paradigmas se vuelven frágiles. Hay que revisar las cosas sin temores. Hay que darle más fe y confianza a nuestra política, y bajarle los miedos y las desconfianzas.

Las campañas electorales en México, como en muchos otros países, muestran momentos de virulencia en ciertas etapas, cuestión que, sin ánimo de espantarnos, ya que es parte de la competencia, en cuanto que en política se da el antagonismo como en muchos otros aspectos de la vida, llega, no obstante, a límites grotescos cuando los contendientes exhiben un acendrado antagonismo, una rivalidad llevada al extremo que hace falsificar distancias entre uno y otro cayendo en un juego de artificios para llegar al poder.

Sin embargo, también se tiene el riesgo de que esas descalificaciones mutuas, duras y hasta ofensivas, lleguen a desanimar a parte de los votantes, a los indecisos, a los que desean un proceso civilizador, y sobre todo dañen y cuestionen la viabilidad de la democracia. Bajar los niveles de la confrontación a escenarios reales, fuera de estrategias mercadológicas, podría dar espacio a una filosofía distinta en las campañas preservando principios superiores de unidad nacional.

*Algunas propuestas: la olimpiada democrática,
la canasta de los talentos y el debate de las coincidencias*

En este apartado expondré tres propuestas inspiradas en la política de las coincidencias que tienen la finalidad de superar las dicotomías que en este capítulo se han desarrollado: la “olimpiada democrática”, la “canasta de los talentos” y una idea para un nuevo formato en los debates presidenciales.

Sobre lo primero, y en el marco de la creación del Pacto por México y las voces de grupos ciudadanos o de individuos que demandan más participación en ese mecanismo, se debería reflexionar sobre una nueva propuesta que no pretende ser sino complementaria, como es la idea de que se pueda convocar a una especie de olimpiada o feria democrática ciudadana.

Esto tendría la intención de cumplir dos objetivos: primero, superar los estereotipos que mutuamente se han generado entre los ciudadanos y los legisladores; segundo, descender a los congresistas del "Olimpo" a Pino Suárez, esto es, que todos los representantes en conjunto pierdan la condición de local frente al modelo actual en el que es el ciudadano quien debe de salir de su terreno para introducirse en su espacio.

Esta olimpiada habría de celebrarse fuera del Congreso, en un encuentro pluripartidista y con la asistencia de

altos representantes de los partidos pero, también, de los congresistas, los representantes populares y otros dirigentes partidistas. Si bien es cierto que algunos legisladores se dan a la tarea de organizar encuentros con sus distritos, parte de la novedad de este encuentro sería reunirlos a todos con la finalidad de atender y escuchar las propuestas de los mexicanos.

Podría diseñarse con una organización en mesas receptoras separadas por temas, por problemas sociales y con foros para que los ciudadanos participantes expongan a los congresistas sus proyectos y propuestas.

Qué mejor que incluir en el Pacto por México la participación activa de los ciudadanos en este ejercicio en que los mismos protagonistas de las reformas legislativas y las figuras de los partidos estén dialogando como un ente aliado ante los mexicanos recibiendo sus propuestas y, por supuesto, también más de una crítica.

Sobre lo segundo, relato algunos principios o propuestas basadas en la teoría de las coincidencias; se trata de sumar capacidades provenientes de los distintos actores políticos, a manera de una “canasta de talentos”. Con esto se pretende el compendio de los talentos mexicanos y motivar su participación activa al servicio del empleo, la seguridad, del hambre y del hombre, de mujeres y niños, que forman esta población mexicana. En cada grupo

político hay valiosos luchadores sociales, intelectuales y generadores de bienes públicos.

Con buenos operadores, demócratas con un sentido elevado de la política, se puede avanzar en la coordinación necesaria. Hay que partir de esto para que, en una misma habitación, en una misma mesa, se genere una “canasta” de propuestas, es decir, el proyecto de nación que se ha mencionado anteriormente: una agenda como la propuesta en el Pacto por México, aunque no limitada a las reformas legislativas pendientes sino estableciendo cómo, incluso, éstas se insertan en el proyecto general del país.

Parecería utópico plantearlo pero, ¿por qué no juntar, por ejemplo, a diversos académicos de nuestro país a impartir unos cursos “con-partidos”? Con esto me refiero a un ejercicio inédito en el que militantes de todos los partidos recibieran de forma conjunta cursos sobre los grandes valores democráticos y los beneficios de trabajar en armonía. Quizá viéramos entonces en algún titular en el periódico algo así como: “Militantes de todos los partidos coinciden por primera vez... en cursos formativos”.

Es mejor unir un ladrillo con otro, para construir, que prepararlo para lanzarlo al oponente. La anchura de miras, la fuerza ciudadana, es el talante potencial, lleno de vigor y fuerza, que surge cuando se le anima, cuando ve cambios y gestos de renuncia, sacrificio y coheren-

cia en sus líderes. Ahí se prende el fervor ciudadano, en cuanto ven cambios en los líderes políticos, actuando con plenitud de espíritu y de miras, cuando el elector exige mirar más allá de los muros del propio partido y buscar lo mejor para todos. Y aquí sólo propongo que los partidos generen cursos entre sus militantes para acercarlos entre sí.

Como una tercera propuesta inspirada en las coincidencias y con la finalidad de abrir una nueva etapa desde el inicio de las campañas, me parecería deseable que, en el marco de nuestras contiendas electorales presidenciales, cambiase el formato de los debates. Con este nuevo esquema los candidatos al cargo de elección tendrían que plantear, no sólo las críticas y lo que a cada uno lo distingue, sino también las coincidencias programáticas y puntos doctrinarios en común; en este punto de encuentro se fortalece el proyecto, pues ahí es donde se encuentra la concurrencia de todas las fuerzas garantizando una base más eficaz.

Con esto, la política de las coincidencias no pretende ser una parte en el planteamiento de coincidencias de los candidatos durante el debate, siendo deseable hacerlo desde el inicio del ciclo: las campañas.

Así, hemos visto que, durante éstas, los partidos buscan casi por naturaleza distinguir entre lo que son y lo

que no son, los que “están conmigo” y los que “están contra mí”; buscan en exceso fijar contrastes, presentarse diferentes para llamar la atención y lograr apoyos. Sin embargo, lo negativo que producen cuando no frenan estas confrontaciones es partir, dividir y exacerbar artificialmente enfrentando a la sociedad en grupos, a veces, incendiando pasiones de rechazo tajante y prejuiciado hacia la autoridad, pretendiendo descalificar a quien no tiene sus ideas o que no usa sus colores. Incluso en la historia inicial del nacimiento de los partidos políticos, se les veía con recelo precisamente por esta tendencia a dividir y confrontar. Esto ha sido lo cotidiano, como si la confrontación fuera lo único que vive en la naturaleza de cada persona. Sin embargo, la cooperación también es un elemento natural en el ser humano. Por eso, creo que hay que apostar más a favor de este elemento.

Empero, en esta dinámica, los partidos deben evitar el gran peligro: fragmentar y luego enfrentar a la sociedad entre sí, pero confío en que se pueden revertir estas tendencias y costumbres, para que no se les acuse de que ellos han atropellado las grandes bases de unidad nacional, el concepto de familia México. Evitar que se diga que los partidos han caído en intolerancia, en quererse comer vivo y crudo al otro. Esto ocurre cuando se olvida el sentido humano, la unidad histórica que nos hace ser

mexicanos. Incluso, diría sin ánimo de exagerar, es cuestión de sentido común buscar más lo que nos hace humanos. Así como en las guerras entre países se exalta un nacionalismo radical y muchas veces enfermizo, así también en la lucha electoral en lo interno se abusa del juego de atacar al otro y lo primero que revienta es la paciencia e interés del elector.

De ahí que revertir esa estrategia, de las ideas dogmáticas, intransigentes, llenas de palabras de encono, de odio o de rudeza innecesaria, sea una labor de sanidad o de limpieza que se tiene que lograr para pasar a una nueva relación de las fuerzas políticas.

Y para ello es conveniente modificar el objetivo y formato de los debates para que éstos no sean las demostraciones agresivas, incendiarias y *descalificantes* que muchas veces terminan siendo; por lo menos, se propone que no sea así desde un principio.

De este modo, al inicio del debate debería dedicarse un tiempo de la participación de los candidatos, un porcentaje de su tiempo (el 30 por ciento por dar un ejemplo) apeándose a esa sinergia o coincidencia tanto en lo doctrinal como en lo programático, y dejar así para un segundo momento las diferencias o las originalidades que representa cada candidato. Aquel que incumpliera con esta exposición recibiría un llamado de atención por parte

del moderador de modo que se le exhibiera ante el electorado como un candidato que no se apega a la legalidad, con el coste político que esto le genere.

Hacer esto es como dar un paso hacia adelante que deje buen sabor en el ciudadano, que no genere apatía. Así sabrá que sus candidatos coinciden en asuntos esenciales para el país. La apatía es campo de cultivo para gobiernos autoritarios. En cambio, una propuesta constructiva genera entusiasmos y suma voluntades.

Así como la autoridad electoral ha reglamentado otras áreas durante las campañas, llegando incluso al punto extremo, como es el caso del silencio que se le impone al mismo presidente del país durante el tiempo que duran las campañas, bien puede también formular principios para esta propuesta.

Pienso, por ejemplo, en las nuevas normas de 2012 para las campañas, en las cuales se vigiló más a los candidatos y a los partidos. Se dio la veda electoral, algunas *in extremis*, donde no se podían incluso hacer promocionales de obras de gobierno. Se llegó a un punto máximo en la prohibición de difundir las acciones del Ejecutivo y de otros niveles de gobierno que, en cierta forma, como nunca antes, “le amarraron las manos al presidente” al imponerle un silencio sepulcral respecto a lo que venía haciendo.

Por ejemplo, ese famoso promocional del recorrido turístico del presidente Calderón presentando atracciones turísticas poco conocidas de México, llamado Royal Tour, que se prohibió presentar, a pesar de que se concentraba en mostrar las riquezas clásicas de México y no de hacer promoción de obra sexenal, es una muestra de hasta dónde se quería llegar para no permitir que se percibiera que el presidente estaba haciendo promoción política electoral. Así, aunque el presidente pretendía presentar las bellezas naturales mexicanas, quedó prohibida su promoción para las oficinas gubernamentales dentro y fuera del país. Incluso, algún amigo dijo en son de broma que esperaba no hubiera problema, ya que las pirámides de Teotihuacán, en cuya cima aparecía el primer mandatario al inicio de dicho *tour*, fueron obras anteriores a su sexenio.

Asimismo, se debe tender a que crezca la capacidad de sumar coincidencias, de superar, particularmente después de una contienda electoral, las discrepancias, los desencuentros, y tener la madurez para caminar hacia la unidad no sólo dentro del partido ganador, sino la unidad entre los contendientes, que cerrado y concluido el proceso electoral, firman, confirman y se comprometen a construir juntos, dando una serie de pasos, para demostrar que México es el *leitmotiv* de su trabajo. Entre esos primeros pasos, me atrevo a recordar una propuesta: una

estrategia programática acordada entre los partidos, por ejemplo, el establecer una tregua de 100 días para el ganador para implementar sus primeros cambios. Dejar al nuevo gobierno que despegue e incluso situar un plazo de 100 días para cerrar las reformas básicas inaplazables.

Nuevas tecnologías y democracia: perspectivas

Por otro lado, no lejos del tema tratado en los capítulos precedentes, está otro que planteo iniciando con una pregunta: ¿cuál es el futuro de los partidos políticos en México que no evolucionen y que no se abran a los cambios, a las nuevas tecnologías y al papel más decidido del elector?

Ésta es una reflexión adicional, que plantea y discurre considerando si en el futuro se requieren o no los partidos, o al menos el mismo modelo tradicional que hasta ahora conocemos.

Sobre ellos pesan una queja y una crítica por el abuso que provocan en cuanto a despilfarros, pleitos internos, elecciones manipuladas de sus candidatos y otros vicios. Partidos que sirven pero que, a su vez, parecieran encadenar a la democracia, que son un monopolio para presentar candidatos, si bien esto se rompe con la aprobación de las candidaturas independientes en la reciente reforma política de 2012.

Partidos, partidos divididos, como una natural formación basada en la tendencia humana a agruparse con aquellos que, por ideas, intereses o necesidades compartidas, son afines. Hoy se definen como partidos políticos y está en la Constitución Política que son entidades de interés público.

Las nuevas tecnologías predicen cambios en los partidos. Los perfiles y diseños actuales se verán afectados, serán otros y se fortalecerán los cibernautas electorales, los tuiteros militantes, los grupos de redes en pro de una ideología determinada, etcétera. Entonces, la agrupación política podría llegar a ser más virtual y con fronteras imaginarias. Con modificaciones que ahora se preludian pero que aún no cobran forma como para definir una nueva legislación al respecto.

Habrá con esto cambios cualitativos y cuantitativos. En cuanto al sufragio, quizá se pueda en poco tiempo emitir el voto directamente, sin partidos haciendo las clásicas campañas, sino más bien desde la computadora sufragar por el candidato escogido, lo que evitaría la credencial de elector y toda la estructura de las casillas electorales. Incluso, el órgano que coordina todo lo relativo a la organización de una campaña podría volverse más simple.

Los cambios aquí mencionados tienen que ver con tres elementos de la modernidad cibernética: el uso de las

Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), Internet y los efectos que la banda ancha amplifica para romper con las barreras de tiempo y espacio, ya que con esto se ofrecería a todos los electores información y procedimientos de cara a una elección; habría una revolución en la elección de los representantes populares.

No puedo imaginar cómo será, pero podría escogerse un candidato registrado que reúna ciertos requisitos, eliminándolos el propio elector, por círculos concéntricos, hasta llegar a una selección reducida de aquellos que reciben más apoyo.

En pocos años, quizá no más de una década, todos los ciudadanos podrán votar desde sus casas mediante sufragio electrónico, por lo que se reducen mucho las distancias y los trámites de una tradicional elección. Quizás no sea descabellada la idea de que los partidos están destinados a transformarse en su figura tradicional, clásica, y se definen por las nuevas formas electrónicas de conocer y cuantificar la voluntad popular. Evolución o extinción. ¿Se podrá pensar en un derecho humano a tener internet?, ¿o es éste sólo un medio?, ¿de qué modo esto beneficiará a las coincidencias? Dejo, por ahora, sólo preguntas sugeridas.

CAPÍTULO 4

Espacio de conciliación entre la oposición y el gobierno

Hacia un nuevo modelo en la
relación entre oposición y gobierno

*El arte de la política: saber ser gobierno
y saber ser oposición*

Despresurizar, evitar exacerbaciones, polarizaciones, permitiría un espacio mayor para las acciones racionales en la vida pública especialmente en campañas electorales. Lo cual no es fácil de lograr. Ocurre en diversas democracias y países: el clásico, constante reclamo a la autoridad y el ofrecimiento típico de la oposición que dice saber la fórmula para hacer un buen gobierno, a diferencia de los que están arriba. Pero entre esas actitudes o poses, la verdad es que hay un espacio para el encuentro constructivo, que es el tópico que se ha pretendido ir perfilando en estas páginas.

Alguna vez, Felipe Calderón mencionó que él siempre anduvo muy activo en la oposición, como militante bata-

llador, con su dura crítica, pero sin imaginar que un día estaría “del otro lado del mostrador”. De manera que un tiempo nos toca estar como críticos y otro como criticados, pero lo importante es no llevar las cosas al extremo, sino saber buscar las coincidencias para bien de todos, para investigar con sinceridad de intención el bien que nos es común.

Al respecto, en una ocasión hace muchos años escuché a un político español decir, en un tono desenfadado, que nos visitó en el Congreso que la diferencia entre estar en el gobierno y estar en la oposición es que para esta última el tiempo parece que pasa más lento. Algunos políticos en circunstancias difíciles son “muy listos”, se ponen ágiles de piernas, para saltar y brincar y así pasar de un partido a otro, y uno se pregunta con qué o con quién debe estar la lealtad.

Para el ciudadano en lo general, la distinción oposición-gobierno puede ser un tanto indiferente, o irrelevante, en cuanto lo que realmente la mayoría espera tener es una clase política que se asocie, que trabaje por el bienestar colectivo. Sea oposición o gobierno, pero con una capacidad de sumar esfuerzos para sacar adelante los cambios urgentes.

Adicionalmente, considero que el tener un compromiso de lucha como militante es por supuesto compatible

con la búsqueda de la verdad y la promoción de la justicia; con la idea de aspirar a encontrar valores universales, que por ser comunes permitan la cohesión y, por tanto, le den viabilidad a una nueva era en las relaciones entre gobierno y oposición. Se trata de ampliar el espacio donde se dan puntos de vista coincidentes ya que esto es más rentable para todos.

La cohesión social es importante a nivel general. La línea de convergencia, que precisamente impulsa este trabajo, es hacer patentes aquellos valores que nos dan unidad, así como la promoción de pautas políticas de comportamiento que sean compartidas y comunes. Al respecto, en charla con José Luis Brey Blanco, abogado español, vicerrector universitario en Madrid, me ha comentado lo siguiente: ¿cómo compaginar la idea de unidad, la existencia de unos fundamentos morales comunes frente al pluralismo político o ideológico como elemento tradicional de la democracia moderna?

Él advierte que es muy difícil de articular esta idea (de unidad) desde el punto de vista moral y político. Pero lo que se puede plantear, como en parte lo hace este libro, es una propuesta de regeneración conceptual y de valores que den la mínima cohesión social a la democracia. No obstante, hay algo más que describe la crisis que vive actualmente el entramado social y político: la dificultad

estriba, en que en la vida interna en concreto de los países (no del mundo en general, que probablemente va en dirección contraria: la globalización) se presenta cada vez más dispersa y problemática.

Por ello, la democracia corre el riesgo de atomizarse, es decir, tenemos el peligro de que cada grupo o sector, pequeño o grande, de la sociedad presente sus propias reclamaciones ante la autoridad y las exija, además, como reclamaciones o derechos insoslayables. Me comentó en aquella ocasión el doctor Brey que hay una cierta inflación de demandas parciales y poca estima de la idea del bien común, como concepto superador de tensiones y conflictos entre los particulares y ante el Estado.

Es más, podríamos estar ante un gran riesgo: el peligro de desnaturalizar el concepto mismo de la democracia ya que, lejos de ser el gobierno de la mayoría con respecto de las minorías, se puede llegar a convertir en el gobierno simultáneo de todas las minorías, lo que conllevaría a una fragmentación de los conceptos de soberanía y de comunidad política.

Compartimos dicha preocupación y resaltamos la relevancia de la propuesta que busca unir y no separar, de confluir en algunos presupuestos y proyectos comunes (ya que no es nada fácil la confluencia en un proyecto en común). Esto lleva a la siguiente reflexión: ¿cómo construir

un concepto de democracia sobre la base de la unidad y no sobre la base de la dispersión, y ello sin atentar obviamente contra el principio del pluralismo?

Mencionó el caso que se refiere a España, no sólo por el tema de los separatismos (catalán y vasco) sino porque los criterios morales y políticos, esto es, el subsuelo o cimientos de convicciones más hondas relativos a la persona y a la sociedad son cada día menos compartidos. Dicho de otro modo, hay muchos proyectos cada vez más dispersos y poco cohesionados que dificultan el diálogo entre los ciudadanos y entre las generaciones.

Por ello, planteo que, cabría hablar de tres modelos de las relaciones entre gobierno y oposición que han acontecido en nuestro país a lo largo de su historia democrática, incluso en coexistencia (es decir, que no siempre se presentan en su estado puro). El primero de ellos es una relación subordinada de algunos partidos que se sumaban automáticamente al candidato oficial en las campañas presidenciales. Una oposición tal es ficticia y presenta un “cheque en blanco” al gobierno en turno al carecer de crítica.

El segundo de ellos es un modelo de confrontación exacerbante en la cual ambas partes se critican mutuamente sin importar el contenido de una iniciativa o de un programa social, rechazándolo sólo porque lo dice la parte

contraria. Sus resultados han sido evidentes: el *tortuguismo*, el *empantanamiento* y los pocos avances.

El tercero es un modelo superior en cuanto muestra más flexible su postura y puede pasar de la crítica a la cooperación mediante un diálogo constante. Se asume un papel opositor cuando se requiere y uno distinto cuando se busca cooperar para sacar adelante iniciativas positivas. Incluso, podríamos decir que una oposición tal es más bien *dialogación* (valga el neologismo para acentuar no sólo el diálogo sino la acción y actitud de dialogar) pues su labor, más que decir en automático sí o no a las propuestas del gobierno, es buscar el término medio que mejor convenga a la población. Este modelo se fundamenta en los valores de compartir principios nacionales (como los mencionados en el apartado “Valores para formular un credo o declaración de las conciencias” del capítulo 1 de este volumen) y en la corresponsabilidad explícita entre ambos actores. Por supuesto que ante la simplicidad de estos esquemas se pueden dar variables, como es el caso de un partido opositor que apoya al gobierno en una reforma, mientras que el resto de la oposición mantiene un rechazo y la confronta. Estamos ante una dinámica de la oposición dividida.

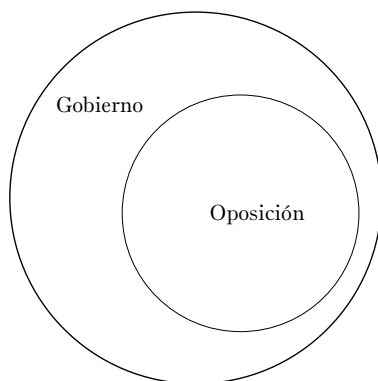
En este contexto, el Pacto por México es un espacio ingeniosamente constructor, gestor y de apoyo valioso, el cual obviamente está sujeto a las tensiones de las controversias

y del seguimiento de la agenda política nacional. En especial el calor y temperatura que sube en las campañas, pero que precisamente por eso es muy valioso, ya que preserva un espíritu de seguir trabajando juntos por las reformas plasmadas en ese acuerdo que el país requiere, no sujetas a los choques inherentes a las contiendas electorales.

Sean estas palabras un tejido quizá muy desordenado, pero honrado y sincero para contribuir a purificar un poco las relaciones humanas en los asuntos públicos, la *res Publica*. A fin de cuentas, coincidiremos, apreciado lector, en que lo importante de la lealtad es y debe ser ante los grandes principios, honrar con la acción y la conducta a los intereses de la comunidad, de la sociedad a quien se representa.

Primer esquema

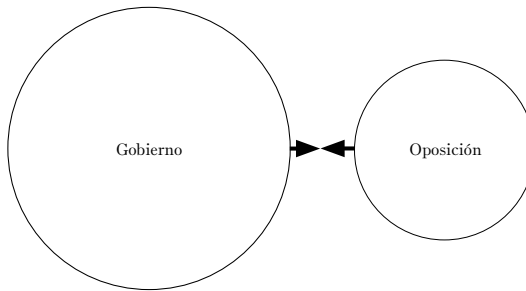
Oposición cooptada o sumisa



Segundo esquema

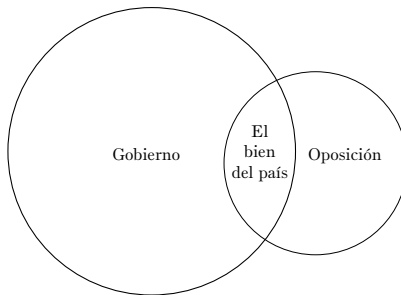
Confrontación permanente
Incapacidad para el diálogo

Descalificaciones mutuas.
Se exacerbaban diferencias con riesgo de ruptura



Tercer esquema

Construyen espacio para el diálogo
y ambos asumen corresponsabilidad



La oposición establece una dinámica sensata según circunstancias para: 1) oponerse y denunciar políticas contrarias al bien del país, 2) mantener disposición para encontrar consensos o acuerdos y 3) generar nuevas propuestas de solución para competir.

Así pues, recuerdo la anécdota de un expanista, que luego pasó al PRD, Bernardo Bátiz, quien declaraba a mediados de los años noventa que, si bien había cambiado de partido político, de militancia, seguía defendiendo los mismos principios que lo habían llevado a militar en el PAN por más de cuatro décadas. Si mal no recuerdo, yo lo conocí por el año de 1975 y se dedicó siempre a su lucha social y política.

Lo que de aquí se desprende en la anécdota citada es que, en el fragor de las contiendas, en las reñidas luchas electorales que he visto, se hacen crecer apasionados pareceres políticos, sin pensar que se están defendiendo esenciales cuestiones en común, mismas que se pierden por exacerbar las diferencias, atropellando buenos y valiosos proyectos para el país.

Dejo constancia de dos declaraciones que comparto y que se dieron el 17 de abril en plena campaña, con el asunto de que si el candidato priista cumplió o no cumplió sus compromisos como gobernador en el Estado de México. Era algo sobre la infraestructura vial en el mismo. Precisamente, diarios como *El Universal* del 18 de abril de 2012 registran que dicho candidato declaró que, no obstante las diferencias por preferencias partidistas, “no somos enemigos los que estamos en esta competencia democrática”.

También traigo a colación una frase valiosa, dicha, en esa llamada Mesa de la Verdad, en los meses cercanos a la elección presidencial de 2012, dicha por el entonces diputado priista Carlos Ramírez Marín, conocedor del derecho parlamentario, quien convocó a no generar divisiones, ya que mencionó que México es mucho más que una campaña presidencial.

Uno de los cambios, grandes transformaciones en México, es que el candidato que triunfa en las elecciones presidenciales llega ahora a Los Pinos con más controles, límites y exigencias de transparencia en el uso de los recursos públicos.

Como intento de aproximación histórica al voto es reconducido en el ánimo del elector del estado de Baja California y le da el triunfo al PAN pro primera vez.

En el año 2000, el elector muestra el peso y la preferencia de su voto y sale el PRI de la silla presidencial, luego mantiene al PAN por dos periodos, para que en 2012 nuevamente diera el apoyo al PRI. Ésta es la gran valía de la democracia, un elector que decide. Puede demostrar que con el voto se ponen y quitan gobiernos.

Se constata que las instituciones que cuidan el sufragio y las elecciones democráticas en México han evolucionado, se han desarrollado, en buena medida, frente a las exigencias de limpieza, equidad, transparencia y legalidad. Sin embargo, creo que los actores políticos,

los contendientes todavía tienen que dar muestras de madurez en esa misma proporción.

El caso del IFE, del Tribunal Electoral, son logros que han costado sangre, sudor y lágrimas de más de una generación, sin embargo, a esas instituciones se les presiona y se les mete a una refriega entre partidos que los desgasta y les exige renovarse.

Son instituciones incluso sofisticadas, que se reconocen en muchos países como valiosas y que, en el caso del IFE, es un modelo observado e inspirador para distintos especialistas y académicos. Sus exintegrantes o miembros del IFE suelen ser invitados a múltiples foros para hablar sobre nuestro sistema encargado de organizar elecciones.

Si vemos las elecciones en otros países, nos damos cuenta de que no tienen, que no cuentan con este tipo de sofisticación de la maquinaria preparatoria para procesos electorales como lo tenemos en el país, pero que sin embargo realizan procesos sin impugnaciones.

El caso mexicano es, al menos en parte —si de acrecentar la credibilidad en nuestras instituciones electorales se trata—, una cuestión de cultura, de remar contra corriente y poder revertir un grado alto de desconfianza que existe. Por esas pugnas y por esas presiones propias de la contienda también se ven afectadas instituciones de nuestra estructura electoral.

Por tanta tensión y controversia que se genera en las elecciones lo ponen contra la pared, como “jamón de *sandwich*”. Con el fomento de la confianza a través de introducir nuevas propuestas y cambios en las campañas, saldrán ganando los ciudadanos y los partidos, pero, además, se requerirán menos recursos y menos controles policiales en los procesos comiciales. Quizá en la medida en que instituciones como la Fiscalía contra los Delitos Electorales se vayan quedando sin chamba, será un indicador de avance y crecimiento en nuestros comicios. En muchos otros lugares del planeta extrañaría por qué los mexicanos tenemos que crear instituciones tan especializadas, sofisticadas y costosas como las involucradas en vigilar la limpieza de las elecciones.

En las elecciones de julio de 2013 pudimos ver un alza en la temperatura entre contendientes, una ascendente curva de tensiones conforme se acercaba el día de los comicios. Se dieron acusaciones de deslealtades a lo pactado, de mutuas denuncias entre los actores, por lo que se llegó incluso a decir que el Pacto por México estaba en peligro, que tenía su prueba de fuego.

Sin embargo, pasadas las elecciones, esas coordinadas de acuerdo y competencia que tuvieron su punto más álgido en los días previos a las elecciones bajaron ciertos grados de intensidad en las subsiguientes semanas, sujetas siempre a la adopción de ciertas medidas de atención a las quejas del PAN y del PRD derivadas de los comicios que se celebraron.

En esa llamada de atención al gobierno, los partidos opositores plantearon un llamado a observar el memorándum, el *Adendum*, mediante el cual, como se expondrá en “Sobre el *Adendum* al Pacto por México” de este capítulo más adelante, se pretende garantizar que las elecciones se lleven a cabo en un clima de civilidad y democracia y por lo tanto evitando actos de ilegalidad.

La obra de los partidos como gobierno y como oposición

Sólo pretendo tomar algunos puntos al respecto por lo que, para el desarrollo de este inciso, me concentraré en mencionar algunos rasgos del PAN en cuanto ha sido el que más recientemente, como me dijo un amigo, “ha bajado a segunda división”. No omito anticipar que recurriré a algunos pasajes anecdóticos y ligeras referencias biográficas.

Ahora bien, deseo mencionar que los avances de la democracia mexicana son obra colectiva, una creación de instituciones inspirada en el mosaico ideológico que se ha ido reflejando en nuestra historia.

La alternancia permitió que el partido que gobierna México a partir de diciembre de 2012 esté más vigilado y acotado que su prolongada gestión anterior en el gobierno federal. En este sentido, el salto es importante, del manejo de las finanzas en los años que recuerdo, década de los setenta, y posteriores, al México actual hay

una verdadera obra de ingeniería política, que permite tener más vigilancia del dinero del Estado. No está todo hecho, hay lagunas y tareas pendientes; los legisladores habrán de diseñar mejores reglas de transparencia y rendición de cuentas. Otro ejemplo de avance es el proceso electoral organizado por el IFE, y judicializado por el Trife. De esto al viejo sistema de colegios electorales donde se imponía la mayoría atropellando en ocasiones a la oposición, hay un gran avance. La institucionalidad democrática se ha fortalecido, para bien, en el buen sentido de la palabra “institucionalizar”, es decir, los órganos del Estado quedan bien establecidos, con raíces que crecen, se robustecen, se vuelven más transparentes y están en capacidad de resolver judicialmente una disputa electoral de gran alcance como es una elección muy cerrada, competitiva y con resultados impugnados. No sin dudas y sobresaltos, porque no ha sido fácil.

De ahí la importancia de cuidar y dotar de las suficientes herramientas al árbitro del juego electoral cíclico que nos sirve para renovar puestos de elección popular. Se debe seguir progresando para que la autoridad, el Poder Judicial Electoral (Trife), sea también aceptada y reconocida por todos como la única autorizada a dar la última palabra sobre el ganador en una contienda. Me refiero para esto a lo que anteriormente relaté en el apar-

tado “Declaraciones coincidentes de los expresidentes...” del capítulo 3 en este volumen sobre la experiencia en la OEA, cuando en su seno México comunicó la resolución del Trife de declarar definitivamente como triunfador en las elecciones a Felipe Calderón Hinojosa.

Es compromiso de todos el velar y vigilar para que se respete el actuar del Trife apegado a derecho, para dirimir controversias, y que la vida institucional continúe sin riesgos y menos con rupturas graves del orden constitucional. Se ha dicho ya, debemos de saber ser demócratas cuando se gana, pero también cuando se pierde al sumarnos a un proyecto nacional que a todos nos compromete.

De manera que, con la competencia, el rol del elector salga fortalecido. Hacer sentir el peso de su voto. Ahora que tiene más medios a su alcance, capacidad de escoger por quién vota y en su caso castigar al partido que no le cumpla. De ahí que sea valioso considerar la reelección para algunos niveles como el legislativo o municipal. Es el gran logro democrático moderno, el poder ciudadano y su voto.

Y en cuanto a la autoridad encargada de organizar las elecciones, también hay avances, pero igualmente hay reformas pendientes, que con tiempos reglamentados cada vez más rígidos, fiscalizados y judicializados, los ciudadanos están cada vez más informados de los gastos y topes de campaña, de las multas que se les aplican a quienes los

rebasan. Y en este campo aún podrían venir reformas más severas. Se habla hasta de cancelación del registro.

Pero volviendo al tema que nos ocupa sobre la necesidad de crear condiciones para un ambiente de pactos y acuerdos durante las campañas, se evitan actitudes de violenta disputa electoral, que generan desconfianzas entre los actores, entre los competidores, y no ayudan al avance democrático.

Sin embargo, la realidad es que no es posible ponerle candados a todo. Si fortalecemos la confianza, no necesitamos tantas restricciones. Los candados son directamente proporcionales a la desconfianza entre los competidores. Por eso es mejor acercar posiciones, la búsqueda de consenso, diálogo, como venimos diciendo. Más alianzas, pactos, acuerdos consensuados y menos camisas de fuerza.

En una de sus hermosas metáforas el escritor español Martín Descalzo decía que tantos reglamentos ahogaban. Y al final se vuelven vulnerables cuando no hay ni la voluntad, ni el sentido ético de respetar la ley. Es como los espantapájaros. Un tiempo sirvieron para ahuyentar a los cuervos. Hasta que un día uno de ellos se dio cuenta de su propósito y le dijo a la parvada que en realidad los espantapájaros podían servirles como la mejor indicación para saber que en ese punto donde los colocaban, ahí estaba la comida, las semillas.

Pasando al asunto de las coincidencias, habría que citar algunos ejemplos de votos en común, de cómo sí se dan en distintos órdenes de gobierno. No sólo en el ámbito federal. Me imagino que también en el ámbito estatal y municipal hay muchos casos. Por ejemplo, me refiero al nivel que más conozco, en la Cámara de Diputados. Es el caso de la cuenta pública, presupuesto, reforma fiscal, leyes antimonopolios, defensa del salario y prestaciones sociales de los trabajadores.

Quizá sea en los recientes años que recuerdo, la aprobación del presupuesto por la gran mayoría en la Cámara de Diputados es una muestra de la coincidencia en el bien común para la nación mexicana donde no se ha puesto al límite de riesgo su aprobación. Hay discusión, debate, pero al final de la noche se aprueba por todos o casi todos los legisladores.

Más adelante me referiré a un momento solemne. Se vio en los medios una ceremonia del Estado mexicano, un acto fúnebre, en el que pareciera que se comparten enfoques y todos coinciden, en Palacio Nacional, en un encuentro de todos los partidos y otros actores políticos. Hay coincidencia en los conceptos del discurso que hizo el presidente Calderón para homenajear hace poco al apenas fallecido expresidente Miguel de la Madrid. Ahí se coincidió en señalar la obra que hizo éste, dando trazos de

sus más elevados asuntos y resaltando los logros. Y hasta ahí. De manera que en ese acto hay unidad de propósitos.

Por eso al escribir estas líneas confío en que reflejen el empeño de resaltar las coincidencias que hagan que, sumando fuerzas, puedan superarse mejor y más pronto retos nacionales centrales, básicos para la sana vida democrática del país. Buscar que sea más sana y evitar la saña, reconociendo que, si bien crecen juntos el trigo y la cizaña, más lo puede quien apunta su barca hacia el bien del Estado.

Una anécdota que salta en mi frágil memoria se dio en 1982, en el Primer Informe de Gobierno del entonces presidente Miguel de la Madrid, el cual fue organizado en el Palacio de Bellas Artes. Este hecho, hoy en el horizonte de la pérdida de nuestro expresidente originario de Colima, cobra especial significado.

La anécdota trata del PAN, dirigido por Abel Vicencio Tovar. El que esto escribe había sido invitado a dicho informe y me tocó una de esas invitaciones como dirigente nacional de los jóvenes panistas. Me presenté en Bellas Artes y me coloqué en la parte alta desde donde presencié el acto. Junto a mí, de panistas, sólo estaba Bernardo Bátiz. Azorados, nos preguntábamos dónde estaban los demás compañeros de partido invitados a esa ceremonia republicana.

Lo que ocurrió es que nadie nos avisó de la estrategia panista de último momento. Terminó el acto y fue hasta

el día siguiente cuando nos enteramos de que Acción Nacional había decidido no asistir como un acto de protesta. Así que, si durante dicha ceremonia alguien nos hubiera preguntado si ésa era el área reservada para los panistas, ahora, 30 años después, se me ocurre que podría haber respondido que no, que esa área era la de los despistados.

Fue precisamente en los años previos a 1982 cuando me tocó el imborrable momento de conocer a Carlos Castillo Peraza (q.e.p.d), un hombre de carácter y de quien aprendí enormes aportaciones ideológicas como pensador, y que hoy lo valoro todavía más. Él nos ayudó a formular la estructura orgánica del juvenil del PAN que me tocó dirigir precisamente de 1979 a 1982.

El PAN nació en 1939 y, si bien desde su fundación habló de la relevancia que para el país tenía contar con instituciones democráticas y un gobierno responsable, me quiero referir al año 1970, cuando Efraín González Morfín (q.e.p.d.) planteó el cambio democrático de estructuras durante la campaña presidencial.

Treinta años después, recuerdo haber escuchado desde mi juventud esta proclama panista en las calles de la capital mexicana, de luchar por un cambio, sí, pero por la vía pacífica democrática y que fuera estructural, no cosmético. Referido a transformar estructuras, al ámbito de la educación, del mundo laboral y sindical, de la distribución de

la riqueza mediante reforma hacendaria e impuestos, y el debido papel rector del Estado en la economía.

Y otros 30 años después, el PAN llegaría por primera vez al gobierno de la nación, rompiendo un monopolio político que abría una etapa de alternancias, de competencia. Esta nueva era un logro en sí mismo con el que gana la democracia. El ciudadano asume su papel y se muestra capaz de cambiar con su voto a un gobierno nacional. Ésta es una importantísima evolución.

Las instituciones electorales maduran poco a poco, muchas veces de modo silencioso, y tarde o temprano abren la posibilidad de que gane un partido distinto al oficial. En México se logró ver en la Presidencia a un partido distinto al del PRI en el año 2000.

Ahora en 2012 y 2013, nuevamente el gobierno y la oposición hablan de reformas estructurales y de la necesidad de hacer las reformas en el Congreso. En ese nuevo espíritu de complementación y coordinación no tenemos que esperar otros 30 años más para ver los cambios profundos que el país demanda. Sin embargo, sería deseable que todos los autores diseñaran una agenda de la mexicanidad que trace los grandes objetivos y transformaciones que el país se propone.

Lo que podamos hacer es bueno siempre y cuando contribuya a establecer relaciones armónicas, porque las

palabras violentas están llenas de dureza, a veces cargadas de odio, que no permiten avanzar y menos acercar a los contendientes. Y así no gana la gente, sólo se afianzan políticas caníbales.

Si algo aprendí, es que hay que hacer ciudadanos responsables, no violentos. Por eso destaca el llamado pacífico del PAN, al menos en sus intensos años que me ha tocado militar, desechar la violencia como solución y buscar la vida democrática, por lenta o cansada que parezca. La violencia destruye, la reconciliación humaniza.

En el México moderno los monopolios son y deben ser perseguidos. Los principios democráticos son sus verdugos. Por eso, en el ejercicio del poder también surgen más límites a los monopolios políticos o económicos. El ejercicio de gobernar debe acotarse a un tiempo razonable. ¿Quién dice cuánto es razonable? Se deja a los ojos del votante, del elector, de su soberana decisión, respaldar a uno u otro partido y quitarlo del cargo cuando lo considera apropiado.

En la campaña de 2012 se habló mucho del regreso del PRI, que sería fatal y regresivo, con el autoritarismo que se vio en distintos campos de la vida política. Pero, en realidad, decir que si llegaba el PRI al poder nuevamente en 2012 era volver al pasado, en verdad era tanto como reconocer que la obra de la oposición por más de 70 años de lucha, con otras fuerzas políticas en conjunto, no había

logrado prevenir abusos, fijar límites, establecer controles, etcétera. Era como reconocer que todo ese esfuerzo de la oposición no contribuyó en nada, como si la política mexicana fuera estática, como una fotografía.

Pero no, no se podía ignorar todo el México cambiante y cambiado que hay en muchos campos. No es posible enumerar en este trabajo la lista enorme de dichos cambios. Sin embargo, menciono un caso, cuando el presidente era todavía considerado un “Ser”, era él quien tenía las características de un dios terrenal: omnipotente, omnipresente y omnisciente. De ese extremo en el que no se podía cuestionar al presidente durante su Informe sobre el estado de la nación ante el Congreso, pasamos décadas después al otro extremo: en el que el titular del Ejecutivo ha sido varias veces bloqueado para entrar al recinto del Legislativo y rendir su Informe, porque físicamente se arriesgaba ante una oposición intransitable. De ese estereotipo de presidente intocable al estilo y patrones que existen para gobernar en el México de hoy, hay una gran diferencia. Como militante considero que el hecho de que arribe al poder un partido distinto al PAN, sea PRI, PRD u otro (esto lo decía cuando estaba la contienda y todavía gobernaba el país el PAN) no es para mí signo de que habrá un desastre nacional. Esto sería tanto como desconocer los avances en el fortalecimiento y democratización de

las instituciones electorales del país. Lo más grave sería dudar de la buena elección que tuvo a bien hacer el elector al escoger uno u otro partido. En la transparencia se fortalecen y reposan muchas de nuestras confianzas, y en este tema todavía quedan tareas por cumplir.

Pero tenemos instituciones y florece una nueva cultura de la gente y su rol político, estamos si se quiere a mitad del camino, pero nuestra andadura tiene sentido y nos acompaña una serie de instituciones que hay que cuidar.

La coherencia del PAN en su tiempo consiste en ser fiel al Estado de Derecho, a su lealtad con los intereses nacionales que tanto ha impulsado, que lo lleva en su pensamiento, por más profunda que sea la crisis que vive. Tiene que ser fiel a ese proyecto democratizador y modernizador de nuestras normas establecidas para conducir comicios.

Y sin hacer desproporcionados *mea culpa* cuando gana otro partido por el voto ciudadano, debe asumirse como la rutina clásica de una democracia secular que va construyéndose. El voto hoy en nuestra nación tiene poder. El PAN no tenía ni debía por qué tenerlo, un seguro, una fianza, para garantizar su permanencia prolongada en la silla presidencial. No podía, no debía pensar en un seguro para seguir ahí, y menos aún contra el sagrado poder del voto. Tampoco puede decirse que el PAN estaba condenado a perder las elecciones, al menos no en

automático, sin sopesar las buenas acciones y los errores de su administración.

Ahora no tenemos que asustarnos de que se exprese tan contundente el sufragio ciudadano y “tire a un gobierno” después de concluido su periodo constitucional, claro está, para que suba otro que el ciudadano quiere. De eso se trata, de respetar la voz ciudadana, a eso dedicaron la mayoría de sus esfuerzos el PAN, el PRD y otros partidos.

Empero, no sólo democracia electoral, por supuesto que no. Empoderamiento de la sociedad, del ciudadano, de la mujer. Hay mucho que se ha venido diciendo y haciendo en cuanto al tema de la democracia participativa, además del desarrollo y la pobreza social.

El reto en la relación entre el Congreso y el Ejecutivo

El reto de la conciliación también incluye la relación del Congreso con el Ejecutivo de tal modo que ambos colaboren mejor motivando las propuestas de solución y la confianza en pos del interés nacional.

Ahora bien, la historia de las relaciones entre los poderes Ejecutivo y Legislativo en el México contemporáneo puede reducirse *grosso modo* en tres momentos.

El primero de ellos fue el de un Ejecutivo dominante frente al Congreso, cuando su partido gozaba de mayoría absoluta en ambas cámaras. De este modo, todas las iniciativas del Ejecutivo eran aprobadas sin mayor discusión.

El segundo periodo se inauguraría en 1997, año en el que aconteció un cambio nunca antes visto: el emparejamiento de ambos poderes. Esto, sin embargo, no sucedió armónicamente y se generaron tensiones que amenazaban la paralización.

Por lo tanto, desde que se perdió en la década de los noventa la tradicional mayoría en el Congreso, se abrió la puerta y se hizo patente la necesidad de diálogo entre fuerzas representadas en las cámaras, una necesidad de acordar mediante el cabildeo y la negociación el sentido del voto en el Pleno para que se pudieran lograr los cambios propuestos desde el Ejecutivo.

Diálogos constantes, encuentros y desencuentros entre representantes populares y funcionarios de Gobernación o de las secretarías de Estado respectivas, que se volvieron más constantes y hasta los mismos secretarios de despacho tuvieron que hacerse más presentes en las comisiones del Congreso.

Hecho que con la mayoría asegurada, como era tradicionalmente, no ocurría con esa frecuencia. La plural composición del mismo obligó a renovar estrategias entre las bancadas. La oficina en Gobernación encargada de las relaciones con el Congreso, así como su similar en otras dependencias, cobró mayor relevancia y dinamismo.

Los pesos y contrapesos entre Ejecutivo y Legislativo empezaron a funcionar con más notoriedad. Se hizo necesaria la práctica común de la negociación y el fino trabajo político de los representantes del Ejecutivo para asegurarse apoyos a sus iniciativas. En muchas coyunturas en las votaciones en el Pleno del Congreso, los partidos menores también jugaron un papel de aliados con los otros de mayor representación.

Lo importante a destacar en esa transformación que se ha venido dando en las recientes décadas es que esas fuerzas sin mayoría en el Congreso no se enfrenten en relaciones de choque o bloqueo mutuo. Porque de ser así se pondría en riesgo el avance en las leyes nuevas o reformas que se requieren. De ahí la relevancia de que en esta nueva etapa se pueda contar con nuevos mecanismos para la concertación positiva. Todavía hasta hace poco, los partidos se enfrentaron a un nivel tal que, como un reflejo de la preocupación que, me imagino, el Ejecutivo vivía ante la parálisis que se suscitaba, me refiero al expresidente Calderón, éste se ve compelido a presentar una iniciativa para que le dieran carácter de iniciativa preferente a sus propuestas para continuar transformando al país.

Por eso ahora, se puede decir, que es positivo que la imaginaria de la clase política partidaria, sus líderes, se hayan animado a crear un medio como el Pacto por México,

que salva ese estancamiento con tal que se den una serie de actos de buena fe y confianza para de ahí relanzar los cambios que el país necesita. El Pacto en sí es un mecanismo, un instrumento, pero lo que subyace, lo que trasluce, lo que representa, es la grandeza de haber logrado construir un espacio para la coordinación de esfuerzos, entorno a lo que México requiere.

La composición de fuerzas cambió entre el Congreso y el Ejecutivo. Nos encontramos con gobiernos complementarios, en cuyas circunstancias la clásica aplanadora se volvió obsoleta y mal vista en la vida del Congreso y fue siendo sustituida por el diálogo entre los distintos grupos parlamentarios. La virtud de saber pactar. Es una cuestión sobre equilibrios o desequilibrios, bloqueos o apoyos. O todos perdemos o todos ganamos. Un toma y daca.

No obstante lo anterior, hace un año se ha inaugurado un tercer momento, una nueva relación entre el Ejecutivo y el Congreso en este nivel de emparejamiento a través de la negociación con los líderes de los partidos que ofrecen una actitud cooperativa para sacar adelante las reformas cuyo estandarte es ahora el Pacto por México. Esto se da, no obstante que en el seno de algunos partidos, se generaron resistencias que crean tensión hacia estos liderazgos partidistas. El Pacto es como una barca, ante una situación de un grupo de náufragos que están en una

isla y que nunca se ponen de acuerdo para construir una barcaza fuerte que les permita navegar a mejor puerto. Hasta que un día se sientan relajados a dialogar y reconocen que necesitan la fuerza de unos y otros para cortar, diseñar y armar un navío lo suficientemente fuerte que les permita resistir las olas y la furia del mar. Han logrado armar las piezas de un rompecabezas disperso. Están armando un verdadero buque o navío resistente, gracias a la suma de sus miembros. Hasta hoy se han percatado de que juntos lo pueden lograr. Y quizá para el primer tramo esa barcaza sirva, pero para el segundo momento, para cuando las condiciones cambien, necesitarán otros instrumentos de navegación, pero lo importante es que están dispuestos a sustituirla de acuerdo con las exigencias del clima, incluyendo las tempestades. No se atan a un vehículo, pero desde ahora será distinto para enfrentar lo que a todos ellos les preocupa.

Así también en la vida del Congreso hay avances. Por eso consideramos que hay que luchar contra la práctica ciega de ver sólo el vaso medio lleno o, por otra parte, el vaso medio vacío. Dañino es negar lo que falta por construir y lograr en el país, como dañino es negar lo que se va construyendo.

La buena relación entre los actores políticos, entre partidos, es rentable para el ciudadano, gana la democracia.

En cambio, cuando al fragor de las campañas, y después de esto, se atiza la hoguera, se lanzan leños aumentando el fuego, se corre el riesgo de generar heridas que distancian a las personas y los institutos políticos, además de hacer aparecer al contendiente con imagen de intolerante o destructivo.

*Propuesta de reforma
al mandato presidencial*

Expongo una idea que seguramente genera buen debate: la propuesta de limitar a los partidos políticos a ejercer la presidencia del país por no más de tres periodos consecutivos. ¿Será acaso positivo poner un candado para que no se extienda ningún partido por más de 18 años, en el ejercicio de la presidencia? Algunos expertos recomiendan que un partido debería estar 10 o un poco más (15 años) en el poder, para introducir sus reformas y plantear todo lo que quiere cambiar, pero a su vez no caer en creación de intereses ajenos a la gestión gubernamental generando intereses contrarios al pueblo.

Refiero, pues, algunos datos que podrían considerarse sólo por el beneficio teórico que sugiere está muy debatible propuesta. Como primer punto, parto de que tenemos una prohibición de reelección personal del presidente; sin embargo, no hay ningún límite para reelegir a un partido en la presidencia del país. La idea es que, si un partido ya

gobernó durante tres periodos, deje el siguiente libre para que sean los otros partidos opositores quienes se disputen el más alto cargo. Así se promovería competitividad, alternancia, vigilancia y transparencia. Pero sobre todo, se impide que se afiance indefinidamente una fuerza política en el gobierno. El poder prolongado, generalmente, corrompe.

Estoy consciente de que esta idea podría parecer cor-tante o limitativa del derecho del elector o tener el riesgo de ser impositiva. No obstante, lo que sí creo que debe-rá considerarse para el futuro es poner un candado para evitar la permanencia prolongada de un solo partido. Se dirá: que decida el elector. Sin embargo, entre más tiem-po un grupo controla el gobierno, produce finos o burdos controles, mecanismos de captación, y entre más tiempo, más se generan vicios que afectan la verdadera libertad del votante.

Por otra parte, si se revisa nuestra historia un siglo atrás, o un poco más se constata que se ha dado una pro-longada presencia de una persona o de un partido en el ejercicio del poder presidencial. No se trata con esto de ver fantasmas pero tampoco dejar de considerar cómo se puede garantizar mejor la alternancia poniendo diques constitucionales. Sin ir demasiado lejos, tenemos casos en nuestro continente de regímenes que han prolongado su presencia en el gobierno por décadas. Salvo el caso

de dictaduras militares o de autoritarismos de diversa índole, las democracias regionales tienen gobiernos más limitados.

En México ha costado trabajo analizar el debate sobre reelección de legisladores o gobernantes estatales pero, por otro lado, estamos ante la posibilidad de que un partido se prolongue indefinidamente en el cargo bajo un auténtico o supuesto apoyo popular. Así, un partido puede mantenerse en el gobierno “hasta que el pueblo quiera”. Cuando el apoyo popular es real, esto puede ser bueno pero, ¿qué pasa cuando deja de serlo o cuando, desde un principio, no lo fue?

La experiencia de otros países en el mundo nos muestra que puede darse el caso de que un grupo o partido político gane una y otra elección. Sin embargo, un tiempo prolongado en el ejercicio del gobierno crea cadenas de complicidad. Por ello, me parece que hace falta analizar si realmente se mantiene la libertad del votante o si se ha cooptado por medio de recursos a medios, a organizaciones sociales, creándose así células de control para garantizar el apoyo al gobierno en turno. Incluso, algunas veces se ha propuesto por el propio Ejecutivo reformar la Constitución en algunos países para forzar la reelección. Sobre la viabilidad de esta propuesta, recordemos que finalmente es y debe ser el voto del ciudadano el

que determine cuándo opta por uno u otro partido para gobernar. Si bien los representantes legislativos que eligió pueden introducir cambios en su Constitución porque están facultados por el propio votante, entonces en el Congreso se podrían discutir límites como el que aquí se comenta. Al menos, podría hacerse una consulta o referéndum para saber si es voluntad ciudadana, primero, establecer un límite a la presencia de un mismo partido en la Presidencia de la República y, en caso afirmativo, si deberían ser dos y hasta cuatro los periodos presidenciales consecutivos permitidos.

Finalmente, y respecto a este debate, faltaría cuestionarse qué vicios se podrían crear con esta reforma. Insisto, dejo abierta la reflexión inicial sobre los beneficios y dificultades que traería este modelo de competitividad para dar opción a la diversidad ideológica y a la alternancia. En cualquier caso, una propuesta tal no sería necesaria si alcanzáramos todos —partidos y población civil— una total madurez en los procesos electorales de modo que llegáramos a un estadio de nuestras competencias electorales en las que la transparencia fuera muy alta, en las que se hubieran fortalecido lo suficiente los controles al gobierno y se contara con plena confianza de la institución electoral que las organiza.

La política de las coincidencias y el Pacto por México

El Pacto por México, una expresión de la política de las coincidencias

Se han escrito en el presente libro varios temas respecto al Pacto por México. Ahora se comentará algo sobre su naturaleza y carácter jurídicos a través de la política de las coincidencias, de la cual el Pacto es instancia.

Hace un buen tiempo que hemos escuchado ideas para transformar profundamente al país: la Reforma del Estado, una nueva Constitución, un gran acuerdo nacional y otras tantas propuestas que, a pesar de no haberse concretado, permeaban ya el ambiente político desde hace muchos años.

El Pacto por México es, por tanto, una de estas añoranzas que hoy se concreta para evolucionar y modernizar al país frente a sus necesidades y urgencias. Si bien algunos pueden criticar este camino o este instrumento, en cuanto que es innecesario porque ya tenemos una Constitución y leyes muy completas, porque se le trate de un voluntarismo ingenuo o que, incluso, éste carezca de eficacia frente a las fallas y corrupción estructurales en el edificio del Estado, este escrito pretende destacar el valor pragmático que ofrece dicho acuerdo para pavimentar el camino, preparar la

entrada de toda la “maquinaria” para que, desde ahí, se pueda proyectar la modernización de México.

Es cierto, mucho hay que trabajar y cambiar aún sobre temas como la corrupción, reformas políticas y mejores controles del ejercicio del poder, pero el mismo Pacto en su cuarta parte plantea la implementación de nuevas medidas que impidan vicios como la corrupción e ilegalidad en instrumentos como nuestro país, cuestión difícilísima de desterrar.

Sin embargo, con el Pacto podemos darnos una oportunidad para permitir que la maquinaria legal y ejecutiva trabaje para que México avance y ya no se detenga o vaya en reversa, pues la historia cotidiana de nuestra vida nos enseña que la misma herramienta que sirve para el bien puede utilizarse para el mal. Voluntarismo no, buena voluntad y razón para el desarrollo de acuerdos, sí.

Por lo tanto, vislumbró el Pacto como un buen ejemplo, como una instancia que podíamos replicar en distintos formatos, para vencer las dicotomías excesivas entre la oposición y el gobierno, así como entre las tendencias de izquierda, pragmatismo y derecha, para la construcción de las reformas que modernicen al Estado mexicano.

Además, considero que es sólo un modelo que se logró, pero que al inicio de la presente administración ha servido como una hoja de ruta, de guía, para no arrancar, después

de cada campaña presidencial, maltrechos, destrozados, enlodados. Por el contrario, se pusieron en una misma mesa los actores que quisieron dialogar para diseñar los cambios que se requieren.

Así, la imagen y buen nombre de México también ganó puntos tanto en el interior como en el exterior. Lo que hará falta ahora será rediseñar, repensar y reconstruir, tantas veces como sea necesario, ese acuerdo que se ha logrado para que se dé seguimiento apropiado a las reformas que vaya requiriendo el país, con todos los cambios que decidan sus actores, pero siempre buscando lo mejor para México.

Lo relevante es que el gran acuerdo político se dio ya en el país, está en la mesa y su Consejo Rector está al pendiente de su aplicación y ejecución. Dicho Consejo, entiendo, tiene un gran papel y un gran futuro si se sabe cuidar, tiene una delicada misión ya que debe mantener los equilibrios, tiene que valorar los avances, denunciar los letargos, retrasos y demoras atribuibles a la falta de voluntad o a la falta de recursos. Hay que dotarlo, como a los automóviles, de amortiguadores, cuando tenga que pasar por caminos sinuosos o pesados. Hay que confiar que se puede avanzar y seguir realizando cambios en los próximos años, con una Agenda Política de los Mexicanos, con instrumentos como el firmado en 2012 por los tres grandes partidos políticos. Por eso se ha mencionado al

inicio de este apartado que el Pacto por México ha de considerarse sólo como una especie entre los acuerdos posibles de la política de las coincidencias que se inaugura en México y que es preciso seguir fomentando.

Al respecto, pienso, por ejemplo, encontrar el momento idóneo para elaborar una agenda política metasexenal. México se asemeja al Ave Fénix en su capacidad de regenerarse, lo cual es muy loable y muestra su flexibilidad como nación. Sin embargo, también hay que decir que no se ha logrado la continuidad en los planes a largo plazo, por lo que en ocasiones se termina súbitamente con proyectos que tardan más de un sexenio en madurar. En México estamos habituados, en ciertos aspectos, a una vida política con ciclos cortos que impiden constantemente alcanzar a la Administración del Estado y su relación con el Congreso, su mayoría de edad.

La renovación del Congreso, actores políticos de primer orden (diputados, senadores), han considerado la reelección. La continuidad en las legislaturas es endeble. De ahí que se eche de menos la falta de una visión por México de largo alcance que contenga una serie de pactos y proyectos sin caducidad cada tres o seis años. Es momento, pues, de tomar avances y logros que se tienen para, de ahí, construir conjuntamente esa proyección a largo plazo, que bien puede ser desde unos modestos 12 hasta unos utópicos 20 o 30 años.

Ahora, si bien el Pacto por México es un acuerdo político, hago una serie de reflexiones iniciales con la idea de plantear algunas interrogantes sobre su naturaleza que puedan generar una reflexión sobre la ventaja y desventaja de no ser vinculante en estricto derecho, desprovisto aparentemente por lo tanto de sanción.

Una vez que se dió el Pacto por México, cabe preguntarse sobre su carácter jurídico y sobre si es exigible jurídicamente su cumplimiento. En este sentido, se abren las siguientes interrogantes: ¿ante quién se puede exigir su cumplimiento en caso de demoras deliberadas? ¿Debería dársele mayor juridicidad a ese acuerdo político? ¿Quiénes son los afectados en caso de su incumplimiento, qué compromiso de derecho se deriva de la firma del mismo para los representantes que lo firmaron? ¿Se puede solicitar por parte de grupos ciudadanos alguna demanda por ruptura grave del compromiso asumido, dado que un partido político es un ente de interés público según nuestra Carta Magna? Difícil plantear su juridicidad siendo un acuerdo político.

Recordemos que el Pacto por antonomasia es la Constitución Política de nuestro país. Ése es el gran Pacto histórico. El Pacto por México es expresión de la coyuntura actual. Al respecto de nuestra Constitución, es momento de referirnos a lo que contiene hasta ahora el artículo 41

constitucional, donde se regulan cuestiones materiales de los partidos políticos sobre la financiación, los tiempos en medios, además de establecerse que son entidades de interés público. Sin embargo, no se explicita la obligación de los partidos para dirigir su trabajo hacia el bien superior de la nación. Sólo expresa la funcionalidad de los mismos.

Por ello, sería deseable reflexionar sobre la idea de que se introdujera una reforma constitucional a la primera fracción de dicho artículo, en la cual se plasmen las intenciones y principios que han inspirado al Pacto por México. Con esto, quiero reiterar, no me refiero a la inclusión del Pacto, con nombre y apellido, a la Constitución, sino el que se haga explícita la responsabilidad de los partidos con aquellos a quienes representan. Ir más allá de sólo definir el qué hacer, sino también el ¿para qué...?

La idea de la reforma propuesta es que se pudiera establecer un mandato por el cual los partidos estén compelidos por la norma jurídica a velar por el alto interés nacional subordinando sus intereses secundarios. Esto, dado que la finalidad de los partidos descrita en el artículo 41 se limita hasta ahora a describir la función de los mismos para integrar la representación nacional y, a pesar de que se plantean como entidades de interés público, no se define cómo es que éste debe de procurarse. Es decir, se habla de su función, pero no de su finalidad axiológica.

De este modo, incluso podría estudiarse la creación de una institución que guarde y aguarde este tipo de convenios y mecanismos que han logrado armonizar políticas de cooperación que resultan muy constructivas y rentables para la sociedad. Insisto, para la población no importa que todo esto lo haga uno u otro gobierno sino que los cambios se den.

Esta idea es sólo una propuesta más a debatir, con apertura y apoyo de los especialistas, para ello hay que darle flexibilidad. Algo, al respecto de esta propuesta para una reforma constitucional, lo refiero con la moción que se dio a conocer en medios en la que estaría trabajando el diputado Manlio Fabio Beltrones sobre una posible institucionalización de dicho acuerdo, mediante una reforma política: “Sucedan lo que suceda el 7 de julio, como en cualquier democracia, ganemos o perdamos unos y otros, necesariamente tenemos que voltear a ver su institucionalización” (Pacheco, 2013).

La naturaleza del Pacto es, al momento, la de un instrumento político que carece de un perfil jurídico, a la usanza de los “pactos de caballeros”. Por ello, habría que considerar las conveniencias e inconveniencias de involucrar al Poder Judicial respecto a un posible monitoreo y evaluación de su cumplimiento, ¿acaso, por ejemplo, un auditor externo, un auditor político? Es sólo una pregunta.

Habría que analizar si sería o no la situación ideal el judicializar el Pacto, porque tarde o temprano estaría chocando con la parte ideológico-política de sus participantes ante un convenio de esta naturaleza. También hay que considerar si es conveniente no quitarle lo pragmático, ya que es un instrumento valioso en cuanto refleja la voluntad colectiva de los actores políticos.

Por ahora, frente al Pacto, ante una posible ruptura de los partidos, sólo podría hablarse del costo político generado al abandonar o ponerse en contra de instrumentos como el Pacto. Esto incluso podría verse reflejado con un castigo en las elecciones siguientes. La ciudadanía, en la medida que se involucre, podría “cobrárselas” para demandar su cumplimiento por abandono injustificado y lesivo para el interés nacional. Así lo ha afirmado incluso la priista Martha Tamayo: “Cada día será más costoso políticamente abandonar el Pacto” (Núñez, 2013).

Creo que en estos campos hay que repensar, imaginar y resolver, ya que por ahora el que esto escribe tiene muchas dudas respecto a dónde se pueda avanzar para lograr darle más carácter exigible a lo que la sociedad demanda. Para el Pacto también esto podría resultar desventajoso porque su esencia y su fuerza radican en la libertad contractual de las partes, es decir, no existe una norma que las obligue a cumplirlo.

Lo que sí creo es que el Pacto tiene un carácter o valor moral enorme, por todo lo que significa para la atención de los problemas nacionales y la atención de los retos que tiene el país. Por ejemplo, por citar sólo un caso, el tema de la seguridad. Del Pacto surge el compromiso de darle al ciudadano condiciones sociales para tener calles seguras, para que su familia viva en paz y sin sobresaltos y para no ser víctima de agresiones de las bandas de criminales. No hace falta argumentar mucho para ver la trascendencia del acuerdo.

El Pacto es un acuerdo político, sin embargo, sus representantes y firmantes están investidos de autoridad pública; unos son gobierno, y otros partidos son los políticos representantes del mosaico ideológico y de la sociedad. Todos los partidos políticos trabajan con recursos del erario, es decir, de los ciudadanos. Por eso, habría que discutir y discernir responsabilidades, límites y derechos en cuanto a los participantes en el Pacto.

Merece la pena hacer una referencia a una figura del derecho internacional que se conoce como *soft law*, el llamado “derecho blando”. Es interesante hacer notar esta clase de derecho, pues el Pacto por México podría tener esta referencia. Si bien este concepto es utilizado en el plano internacional, como simple ejercicio podría reflexionarse sobre este acuerdo como un *soft law* a nivel nacional. Habría que valorarlo porque su principal característica es

que las reglas que de él surgen son escasamente vinculantes, más bien su fuerza radica en el compromiso moral, en el acuerdo de *caballeros-gentlemen's agreements*.

Ante el Pacto, es importante el involucramiento, el papel ciudadano, de los medios y de otros sectores para demandar avances sustanciales, medibles, creíbles. Sería deseable que dicha vigilancia se vaya fortaleciendo gradualmente. No sólo en elecciones ha de participar el ciudadano sino también en la vigorización de los movimientos ciudadanos vigilantes que monitoreen su grado de avances, sus logros y demoras, y que tenga voz ante las partes que lo suscribieron para hacer sentir su criterio al respecto. Es una magnífica idea que el Consejo Rector del Pacto tiene previstas consultas a la ciudadanía.

En pocas palabras, podemos decir al respecto que la fe, la confianza, se ganará en función de las acciones transparentes que el gobierno va asumiendo, respaldado por las otras fuerzas políticas, lo que podría redundar en recuperar puntos de credibilidad social para nuestras instituciones políticas. Esos actores principales de la vida política nacional no tienen “que pensarle mucho”; estamos ante una gran oportunidad de lograr avances que requieren los mexicanos; no importa, o importa menos, en qué momento se logran y quién está al frente del Gobierno de la República.

Lo trascendente es atender lo que el ciudadano de a pie, "Fulanito López" y su familia, necesita de la autoridad pública. Ahí está la grandeza de mirar con ojos de estadista lo que el país, lo que la familia López y millones de familias esperan de avances en temas como generación de empleo, seguridad, salud, educación y otros que están en el primer nivel del interés ciudadano. Ahí vamos bien, democracia sin caníbales en la que se prosiga, a través de los acuerdos metapartidistas, la búsqueda del bien común en México.

Al respecto, me llamó la atención una conferencia del expresidente español Felipe González en la que afirma su preocupación por "la falta de orientación de Gobierno y oposición" (Aizpeolea, 2012). De esta declaración recuerdo la antigua experiencia que viví en mis años de estudio en Madrid (1983-1987), precisamente cuando él gobernaba entre constantes, duros y crispados debates, y ahora veo con interés lo que González señala del gobierno, ya fuera del mismo. Sin embargo, uno de los elementos remarcables que ha dicho en esa ocasión es que "abogó por un pacto de Estado entre los principales partidos españoles, los sindicatos y empresarios para acordar el proceso de reformas sin deshacer el Estado de bienestar".

He ahí lo valioso, la búsqueda de un acuerdo nacional entre los actores políticos. Dicho con pensamiento y

mirada de estadista, sentimiento y criterio nacional, para tener la capacidad, la sensibilidad y la sabiduría para agrupar “en una canasta”, un proyecto común, que sea como la canasta básica con la que se alimente al Estado en un tiempo de 12, 18 o 24 años.

Alguna vez Alejandro Zapata me dijo que “no existen más que dos sopas”: o bien se continúa bajo la “ley de la selva”, donde cada partido se rasca con sus propias uñas, en contiendas cuerpo a cuerpo, sin importar las reglas democráticas y buscando, a como dé lugar, los espacios de poder, o bien procurar la observancia de las reglas democráticas acatando la equidad en las contiendas electorales.

Los mensajes de la sociedad son extremadamente claros: terminaron las épocas de “carro completo”, también del distanciamiento y confrontación permanente entre la clase política. Los tiempos exigen entendimiento en los ámbitos que tengan que ver con el desarrollo del país. Ojalá todos lo comprendamos así. Políticas y actitudes nuevas de cooperar y coordinarse en los trabajos de transformaciones estructurales que necesitamos.

Hablando nuevamente de México, tenemos sin duda capacidad para crear ese acuerdo, para ahí definir y colocar todos los ingredientes necesarios como un espacio en donde se cocine el proyecto común que a todos los

mexicanos beneficie, para generar pan, oportunidades y empleo, más allá de coyunturas electorales partidistas.

Una canasta, un cajón, con una lista de temas que van acordando los actores políticos, con consultas a la sociedad como primerísima fuente de ideas. Por eso anteriormente hablaba en el apartado “Algunas propuestas: la olimpiada democrática...” en la capítulo 3 de una *olimpiada de la democracia* donde el ciudadano hable, valore, añada y mida los alcances del Pacto.

Sobre el Adendum al Pacto por México

Esta sección la escribo el 9 de mayo de 2013, dos días después del acuerdo para firmar un *Adendum* al Pacto por México. Dejé de escribir este trabajo por unos dos meses y lo retomo para comentar esta actualización del mismo.

Si bien se vivió, entre los partidos firmantes del Pacto por México, un inicio como el de una luna de miel, la situación cambió cuando se acercaban las elecciones en distintos estados de cara a los procesos del 7 de julio que tenían la finalidad de renovar poderes en 14 entidades del país. Surgió la primera crisis a raíz de la denuncia del PAN, quien dijo tener grabaciones de Veracruz, y en voz de su presidente denunció malos manejos con fines electorales de los programas sociales en dicho estado. El

comentarista nacional, Carlos Loret de Mola, escribió: “eso lo hacen todos, pero no a todos los graban”.

La reacción y respuesta presidencial a la petición panista para que removiera a varios funcionarios de primer orden fue insatisfactoria para el PRD y el PAN, por lo que se paralizó la presentación de la reforma financiera y se suspendieron los actos públicos del Pacto por México.

Estábamos ante la primera crisis del gran acuerdo, la primera amenaza para “el bebé”, que tan buenas imágenes y expectativas auguraba y que ya había logrado que se aprobaran, en materia de telecomunicaciones y en educación, importantes reformas gracias a ese acuerdo de voluntades. Pocos días después de esa crisis, mediante reuniones entre el gobierno y los partidos integrantes del Pacto, se acordó hacer reformas para evitar el mal uso, o el uso electoral de los recursos públicos destinados a la atención de las familias pobres, evitando desvíos para comprar la conciencia política de los electores.

Los actores acordaron blindar, poner candados en el Pacto para evitar el mal uso y así fue como volvieron a la mesa. El 7 de mayo se firmó un alcance, el llamado *Adendum*, con 11 reformas en distintos ámbitos para garantizar el manejo limpio de los programas sociales.

Se afirmó entonces que el Pacto no podía ser rehén de las elecciones, lo mencionó César Camacho, líder del

PRI. Los partidos de oposición, por su parte, señalaron que dicho *Adendum* es, por ahora, “papel y tinta” pues este añadido sólo tendrá sentido cuando se vea respaldado en los hechos, durante el proceso de las campañas. Éstos también advirtieron del riesgo de no ser coherentes con ese compromiso ya que, si no se cumplía, se pondría en entredicho la palabra e investidura del presidente Peña Nieto.

Es de esperar que surja periódicamente la necesidad de rectificaciones, de corrección de rumbo, particularmente cuando se encuentren deficiencias que señalen los actores políticos como falta de candados y controles.

No es de extrañarnos ésta y otras crisis con motivos y razones diversas, una de ellas son los temas mismos contenidos en el Pacto, como la cuestión de la energía, telecomunicaciones y otras reformas profundas y controvertidas que se van planteando. Esto debe de hacernos esperar que “no todo es miel sobre hojuelas”, porque en la dinámica de la historia, de las relaciones humanas, hay claros y oscuros. Los desencuentros son naturales; pero debemos de obtener la capacidad para volver a empezar. ¿Hay algo más brillante que el Sol? Sin embargo, también tiene eclipses.

Lo importante es que se generen desde el gobierno bienes públicos. Que ganen los que quieren más claridad

y no los que quieran hacernos caminar a oscuras. Ésta es la gran batalla del ser humano, caminar en la claridad de la razón, de la decisión sabia. Evitar el sufrimiento evitable.

Si tuviera que cerrar ahora este escrito, las últimas palabras serían: queridos compañeros y vecinos, caminar en la claridad, buscar caminar en la solidaridad cada día, es el mejor medio para acercarnos unos a los otros. Con paciencia para encontrar lo que en política conviene más a México. La política como la más amplia ruta para hacer justicia, en el mejor medio liberador en el amplio sentido de la palabra.

Volviendo al tema político mexicano, recordemos que la denuncia de malos manejos de los recursos del erario no es nueva. No por eso deja de ser indebida y reprobable. Pero recuerdo que desde hace décadas es y ha sido una exigencia social y ciudadana. Lo original es que ahora se le da solemnidad y se comprometen mediante un protocolo público, la firma del *Adendum*, para que de manera conjunta se vigile estrechamente su cumplimiento respaldados por la institucionalidad como lo es el IFE, el Fepade, el Trife, etcétera.

La adición es natural, me refiero al *Adendum*, ya que hay que considerar que ideas como el Pacto no es un documento cerrado, pétreo, ni perfecto, sino perfectible. Los actores políticos deben continuar con esa alta

responsabilidad y hacer partícipe a la sociedad civil en la mayor medida posible. En cada proceso electoral el Pacto estará a prueba de fuego, igual que en las grandes reformas y decisiones que deberá tomar el Estado mexicano. Y será cada vez vilipendiado por sirios y troyanos. Pero más allá de esto, hay que ver y consultar para saber qué piensan los ciudadanos, los millones de compatriotas que no escriben en medios, que no tienen tribuna o micrófono a su alcance, pero que son parte del país y no sólo número en los censos.

Se hace historia con el Pacto, pues no hay antecedentes recientes de que se haya logrado una alianza de tal magnitud y alcance para lograr las reformas que necesita México. Esto es así ya que, por primera vez, se conjuntaron intenciones de los actores partidistas, por primera vez, todos se dirigieron a lograr los cambios que el país requiere, enlistados en su hoja de ruta, el Pacto por México. Destaco, además, que esto haya ocurrido en un inicio de sexenio. El Pacto brilla porque refleja un momento histórico de coincidencias como si todos los actores se hubiesen puesto las mismas gafas para mirar todo el mapa de México y sus altos intereses.

Además, este tipo de acuerdos, desde mi opinión, deben de ser cíclicos, periódicos, evolutivos, conforme se vayan necesitando. No es que el Pacto por México tenga caducidad, o una vida corta, sino que las exigencias de la

agenda nacional son las que van marcando los tiempos. En este tenor se expresó el presidente Peña Nieto en la reunión en Cali, Colombia, el mes de mayo de 2013 en el encuentro de países de la Alianza de Asia-Pacífico.

Al fin de cuentas, como se ha dicho, el Pacto puede servir como un tipo de herramienta para la construcción de acuerdos, que con el tiempo quizá deba evolucionar hacia otros mecanismos. Su grandeza radica en ser expresión colectiva de buenas intenciones en el ejercicio de la política. Cabe recordar que la palabra “intención” proviene del latín *intendere* y que muestra una actitud de “dirigirse hacia...” en este caso, al alto interés de sumar esfuerzos en favor de México.

Porque, como hemos visto anteriormente y en inmensas ocasiones, los partidos se pueden pasar mucho tiempo peleando y bloqueándose mutuamente y no se les obliga a dirigir su trabajo teniendo siempre en cuenta que el ciudadano es quien les confiere el voto para que lo representen constructiva y positivamente.

Por su parte, el PAN, en voz de su presidente Gustavo Madero, en el marco de esa crisis, señaló que su actuar se circunscribe en tres distintas tareas que tiene como oposición: colaborar, denunciar y competir. Dichas tareas, a mi parecer, son conciliables y complementarias desde el punto de vista de la misión que tienen los partidos de

oposición y por eso esa declaración me parece saludable y necesaria.

Al respecto, Marco Antonio Adame, participante del PAN en el consejo rector del Pacto, señala que:

Contar con el Pacto por México y haberlo ratificado es una buena señal en términos de bien al país, para tener vigente un mecanismo de concertación, de diálogo, en donde se puede participar, colaborar y al mismo tiempo disentir y denunciarlo que no está bien (Núñez, 2013).

Para hacerlo más creíble, deberían evitarse paralizaciones recíprocas, de cara a las competencias electorales y a la buena marcha del Pacto guiadas por su Consejo Rector, donde participan los partidos políticos, con el objetivo de evitar que una actividad contamine a la otra. O mejor dicho, tejer fino para que las elecciones y otras coyunturas no afecten, en la medida de lo posible, la buena marcha de las reformas y la agenda contenida en el Pacto.

Hemos constatado que, para mediados de mayo de 2013, los partidos y el gobierno habían acordado dar prioridad a la reforma política, misma que estaba programada en el Pacto para el 2014. Pero se cruzaron en el camino de las buenas intenciones esas denuncias, como lo ocurrido en Veracruz.

Para ello hay que mantener unos canales confiables de comunicación entre los actores, buscando acrecentar la confianza. Estoy convencido de que hay que cuidarlo como si fuera un bebé que ha pasado sus pruebas iniciales, pues nunca en nuestra historia reciente se había logrado una alianza tan compleja como la que ahora está ocurriendo cuando vemos a los líderes políticos ofrendando, coordinando, ofreciendo un paquete de soluciones a los grandes problemas nacionales contenidos en dicho acuerdo para bien de los mexicanos.

No es nada despreciable, por el contrario, es muy valioso constatar que los dirigentes de la cúpula política se pongan de acuerdo, que tengan una mesa permanente de diálogo. Es un gran logro. Lo contrario es barbarie y canibalismo. Vamos por más humanidad o sensatez en el trato mutuo.

Por eso ahora pregunto, ¿qué es canibalismo?: devorarse unos a otros, gozar con el aniquilamiento del vecino. Por el contrario, ¿qué es humanismo?: la exaltación de los atributos de la razón, del espíritu, la búsqueda sincera de la verdad y la justicia. Al respecto, Pedro Olalla en su libro *Historia menor de Grecia*, señala en su introducción que “[...] la única civilización posible y digna de tal nombre es la que une a los hombres contra la barbarie y me ha enseñado de un modo extraordinario a ser humilde” (Olalla, 2012, p. 26).

Por cierto, hay dos binomios: actitud de arrogancia e intolerancia. Y el otro: actitud de buena disposición y humildad. De uno de esos binomios depende si volvemos las relaciones humanas cercanas o infranqueables.

Es una propuesta de imaginar entre estas letras e ideas, un sendero diferente, se busca proyectarlo a través de la política de las coincidencias. Quizá en ese esfuerzo las ideas habitualmente se muestran un tanto desarticuladas e incompletas, pero con la esperanza de que quien esto escribe pueda en el futuro profundizar, sistematizar debidamente y expresar de mejor manera lo que ahora con limitaciones he venido describiendo.

Me refiero ahora al valor en política de la palabra empeñada, que se refleja el principio internacional que se puede aplicar de manera indirecta, que es el precepto *pacta sunt servanda*: los pactos deben ser respetados. Que se cumpla, de buena fe, el acuerdo establecido, para que la confianza no se dañe. Por ello hay que avanzar en la transparencia y en la rendición de cuentas. El presidente Peña Nieto está comprometido, es decir, tiene su palabra empeñada, sostuvieron las voces opositoras con motivo de la primera crisis que vivió el Pacto y a la cual me he referido.

Empero, falta avanzar más en ese mismo campo, hay un déficit político que atender para fortalecer la confianza del votante y de los competidores políticos. No tanto en

el uso de los medios y tiempos que cada partido tiene, ya que esto estuvo bien monitoreado en la elección presidencial de 2012, sino más bien en evitar que el partido en el gobierno o cualquier dirigente use dinero o bienes materiales para ganar adherentes. Hay que fortalecer el papel fiscalizador de las instituciones que tienen ese rol en nuestros procesos electorales.

La conformación de voluntades, los espacios encaminados a lograr acuerdos previos, que a manera de trabajo político preparatorio desarrollan los líderes partidistas a través del Pacto, es el mejor clima que abona a las funciones que tiene constitucionalmente establecidas el Poder Legislativo. El Congreso no tiene por qué sentirse desplazado, su misión es secular e insustituible. Quiero reiterar, lo que buscan acuerdos como el Pacto es, simplemente, pero nada más y nada menos que pavimentar el camino para que pueda llegar y trabajar toda la maquinaria del Estado.

Cuando un actor, con peso significativo en el Congreso, a pesar de largas jornadas de negociaciones no se suma con sus votos a las otras fuerzas políticas, sin razón, sin justificación, se corre el riesgo de detener las reformas. No es que no haya habido operación política en los años anteriores, sino que ahora el gobierno ha contado con el apoyo de los partidos; esta suma es rica, buena, positiva para México.

El Pacto debe de contener acciones y reformas valiosas para el país, además está investido de una sacralidad, en cuanto el interés de la nación es sagrado. La palabra sacralidad, no referida a la cuestión religiosa, a Dios, sino como se usa en la ciencia del Derecho para referirse al supremo valor de la ley.

Dos ejemplos. Si en la agenda de reformas que se incluyen en el Pacto se tiene el programa de apoyos a las pequeñas y medianas empresas, que a su vez producen bienes de consumo o servicios, para contar con más empleos para más mexicanos, podemos imaginar lo valioso, lo sagrado que resulta para un padre de familia o para un joven poder contar con una fuente de trabajo que le brinde para su hogar el pan cotidiano o el caso de saber que, cuando un familiar se enferma, se puede contar con un seguro médico para preservar su salud.

Por eso hay que votar para que “la buena vibra” se mantenga. Porque los tiempos de México son distintos, muchas cosas han cambiado, ya no se puede ejercer de forma omnímoda, autoritaria, monopolista el poder. Ahora se tiene que cogobernar, se tiene que corresponsabilizar de ida y vuelta gobierno y oposición, coordinar mínimamente con las otras fuerzas para no fallar al desarrollo del país.

Tal como se dio al principio del gobierno de este sexenio, un llamado a unir fuerzas por México, y se contó

con una respuesta constructiva por parte del dirigente del PAN, Gustavo Madero, así como la del líder del PRD, Jesús Zambrano, así es como se dieron las condiciones para arribar a un acuerdo, a un compromiso, el Pacto por México. Documento que enlista reformas, que habrán de ser dirigidas no para bien del gobierno o para satisfacción de los líderes partidistas, sino para bien de los mexicanos, todos incluidos.

Lo que se ha visto en los primeros meses de la administración del presidente Enrique Peña es un afán de gobierno y oposición por lograr consensos. La lección es que, si los partidos se ponen de acuerdo, si dentro de éstos se observa la línea jerárquica y de mando, si sus dirigentes llegan a un entendimiento, si la voz del líder partidista se escucha y se coordina ante la insustituible función de sus legisladores de la bancada en el Congreso, entendiéndose para sacar reformas pendientes, entonces la maquinaria y el sistema de división de poderes funcionan. No es fácil lograrlo ni aceptar bien tan compleja maquinaria. Hemos dicho antes que el Pacto juega un rol muy importante, en cuanto no pretende sustituir a las instituciones vigentes. No es un acto fundacional, de creación de instituciones, es nada más pero nada menos que un espacio, un tiempo para el cabildeo, para la preparación de las iniciativas que se pueden acordar, en esa

mezcla de roles y tareas del gobierno, de los partidos, de los jefes de bancada, además de las necesarias consultas e inclusiones de la sociedad.

Con un buen espíritu, con una elevada disposición, se evita que se dinamite, que se bloquee, la cooperación entre los poderes para llegar a buenas cuentas con el ciudadano. Es preparar, con un mecanismo como el Pacto, el terreno para que la negociación funcione, como un proceso democrático incluyente que tiene la virtud de hacer coincidir las voluntades.

En el nuevo tiempo que esperamos que siga viviendo la democracia mexicana, que no nos extrañe la dinámica novedosa, rítmica, gradual, de cooperación-denuncia, crítica-cooperación, o en otras palabras: “co-gobierno contigo, pero también te vigilo” para que entre “tu responsabilidad como gobierno y la mía como oposición”, hagamos cada vez mejor y más eficazmente las cosas que les convengan a todos los mexicanos.

Lo que refleja el Acuerdo de Chapultepec es armonía en el propósito. Es el grupo de líderes políticos de México, sentados en la misma mesa, con apertura y buen ánimo, que a pesar de tener diferencias ideológicas y programáticas, dialogan motivados y animados para ver cómo se pueden sumar fuerzas en lugar de bloquearse mutuamente.

Por eso no hay lugar para el espanto, la sorpresa, o acusaciones de que se está “durmiendo con el enemigo”, ya

que estamos ante una nueva y más civilizadora relación de fuerzas. Sin dejarse llevar por celos o envidias, o dejar que domine un interés secundario al del país, se puede avanzar.

Si con el Pacto pareciera a algunos que avanzamos poco, que no hace falta, con su opuesto, la cerrazón, descalificación y ruptura, se crea una coyuntura de parálisis. “Es mejor paso que aguante, no guerra que mate”. El Pacto es una herramienta, no es la solución para todo. Tiene que ser revisado y renovado.

Auxiliar valioso es para el seguimiento del compromiso. Puede desaparecer y ser sustituido. Sin embargo, el deber de cumplirle a México perdura. Además, el Pacto se hizo con la debida solemnidad, en un lugar emblemático de la historia del país, pero sobre todo se hizo de cara a la nación. Por muy respetables que son los militantes de los partidos firmantes, la responsabilidad de éstos se extiende más allá, a todos, ante los 112 millones de mexicanos.

Por eso, la lección que sacamos de la crisis como la que provocó el uso indebido de recursos sociales para campañas, antes referido, es muy edificante y permite elevar la calidad de nuestros procesos. No porque sea algo que hasta ahora viene ocurriendo, no, sino más bien por las consecuencias que derivó y porque, a pesar de eso, se mantuvo el clima de cooperación y suma de voluntades para seguir trabajando por el país a la luz de lo acordado.

Hay una capacidad demostrada entre gobierno y partidos, para escuchar y sobre todo para recomponer. Esto se debió en buena parte al discurso incluyente del presidente Enrique Peña Nieto, que se percibió en los primeros meses de su mandato, desde que se definió su triunfo hasta el día en que surgió la denuncia por el caso Veracruz.

No obstante, al poco tiempo imperó la capacidad de recomponer las relaciones con los otros partidos, el llamado incluyente pronto reapareció, se pudo controlar la crisis, entró en juego el papel negociador del secretario de Gobernación, Chong, se logró una reconciliación. En el Pacto se plasmaron candados y controles para evitar acciones que manipulen la voluntad del elector. Esos compromisos lo mejoraron, si bien de alguna manera se reiteraron en el Pacto prohibiciones que ya se tenían en otros ordenamientos de la materia, pero sobre todo se comprometieron partidos, se renovó el espíritu de diálogo, y especialmente se empeñó la palabra del gobierno para que no volviera a ocurrir.

Con esas nuevas adiciones al Pacto, se intentó establecer una línea divisoria entre competencia electoral y asistencia social gubernamental que evitara contaminaciones mutuas. Una línea roja que de transgredirse, pondría en riesgo las actitudes constructivas de los participantes en el Pacto. Y, de darse, las reglas del juego cambiarían no se sabe hacia dónde.

Se ha demostrado recientemente una fina capacidad de acuerdos en la cúpula de la política mexicana. Está trazado el rumbo para que, pase lo que pase, se puedan retomar las negociaciones. No hay garantías plenas, pero es deseable que así sea.

Un renacimiento ilustrado del ejercicio de la política en México. Que nadie se sienta desplazado, en un ambiente como ése hay espacio para que las instituciones se coordinen y vayan encontrando la mejor solución para el país. La clave es sumar, no dividir.

No tienen que esperarse milagros o la panacea del Pacto, no es la varita mágica. Pero es una especie de “batuta compartida”, para encontrar la armonía musical que todos queremos escuchar. Ni más, ni menos, es un convenio, acuerdo de voluntades, de buena fe. Nos puede ayudar para crear la “melodía que el oído del mexicano quiere escuchar”.

Esto no se puede comparar con un contrato de matrimonio, pero de algo sirve hacer un punto de coincidencia, ya que dicho contrato no resuelve en automático las necesidades cotidianas y complejas de casa, pero sí permite que, partiendo de una relación sana, con sus altibajos naturales, se vaya definiendo una serie de necesidades de corto y largo plazo, las enlista, las ordena, señala la importancia de trabajar ambas partes coordinadamente,

siempre pensando en el bien de los hijos. Por supuesto, sin poder evitar las tensiones, pero con la insustituible regla de oro del diálogo: escuchar e incluir.

Mencionando las virtudes del Pacto, diremos que es un gran logro, ya que tradicionalmente han estado vivas las fuerzas en México pero oponiéndose radicalmente, descalificándose, y que cada quien jala por su lado y se generan divisiones por una especie de separatismos, por confrontaciones cotidianas de los partidos, porque faltan reglas claras. Esto genera desconfianza y se presentan críticas; hay momentos en que aparecen hasta quienes mencionan escenarios negros que podríamos vivir.

Pero, cuando vemos, como en este principio de sexenio en 2012, que en México se logra encontrar una hoja de ruta colectiva, un camino común, que nos une y nos convoca y nos congrega, pues no hay que perder la ocasión y mantener ese buen ritmo.

Se han dado críticas, algunas de éstas provenientes del seno del Congreso, y se dieron enfrentamientos por momentos entre ciertos legisladores con los promotores del Pacto, como si éste se opusiera a la institucionalidad en una disyuntiva excluyente: o el Congreso o el Pacto.

La realidad es que no hay tal yuxtaposición. El Congreso es, en una palabra, expresión plena de una institución provista de “facultades para legislar” en todas las materias.

Eso ya está reflejado en nuestra ley. Con voluntad para avanzar, se pueden evitar los enconos a veces artificialmente sobredimensionados. Tejer fino entre legisladores y dirigentes partidistas es manifestar voluntad para impulsar las reformas, es asegurar que todos los ingredientes estén listos.

Alejandro Zapata Perogordo, quien ha estado en los trabajos del Consejo Rector del Pacto por México, ha dicho que una de las grandes disyuntivas para la oposición consistía en apostar por el país, o realizar lo tradicional, la descalificación sin cooperar. Pero no fue así, en un acto de ética política se decidió construir y suscribir el Pacto por México.

Dice este legislador de San Luis Potosí que hubo voces que no estuvieron de acuerdo por el clima de desconfianza que ha permeado porque, según sus críticos, se tenía temor fundado de que se utilizara a la oposición para obtener beneficios.

Sin embargo, la sensatez de todos los participantes en esa firma histórica de Chapultepec se sobrepuso a las dudas, a la desconfianza y al peso de una historia que parecía muy determinante, concebir acuerdos de esa altura entre representantes de las distintas fuerzas políticas del país. Pero se hizo.

Sostiene Zapata, a propósito de los diversos beneficios que el Pacto por México aporta, que “en principio lo legitima como presidente de la República, también facilita

construir mayorías parlamentarias, a fin de darle cauce a su Administración”.

Sin ese acuerdo previo entre partidos, las reformas hasta hoy logradas no hubieran sido posibles. No hay lugar para celos institucionales. Cada uno tiene su ámbito de competencia. Es el caso de la reforma política, donde los legisladores y los dirigentes políticos tienen un rol insustituible. El país ha tenido múltiples y variadas reformas políticas. Ahora estamos en otros tiempos donde los partidos y otros actores participan de manera decidida y presionando. El debate está y seguirá porque las reformas en materia de democracia son como el jardín de una casa. Poda uno en una parte y, cuando nos damos cuenta, en la otra parte del jardín crecen más y más hierbas que, si se descuidan unas semanas, se encuentra que han crecido hasta los bonsáis.

Es muy meritorio haberse puesto de acuerdo en tantos y tan relevantes temas nacionales. Y hay una virtud adicional: el pacto también puede ser un buen medio para decantar las distintas posiciones políticas ideológico-filosóficas.

A pesar de las convulsiones que el PAN y el PRD experimentaron en los últimos meses, se ha rescatado una lógica de supervivencia del diálogo, de la capacidad de pactar, de ponerse de acuerdo sobre los más altos y elevados intereses del país. Podemos criticar todo lo que queramos a esos ac-

tores, pero por justicia elemental reconozcamos puntos a su favor cuando son capaces de demostrar que pueden “meter goles” si se coordinan en la cancha y crean sentido de equipo.

No fue fácil, ya que en la mesa de negociaciones se está dando un debate no sólo programático sino ideológico, plural; eso es una buena muestra de trabajo en equipo, expresión de buen espacio para relanzar una discusión nacional sobre los grandes temas nacionales.

Todos nos vamos transformando, todos vamos dejando el “hombre viejo que llevamos por muchos años” y vamos buscando la mejor manera de contribuir al bien de los otros. No nos engañemos, la felicidad no la alcanzaremos en la soledad. Eso sólo lo han logrado los grandes ascetas, los padres del desierto en los primeros siglos de nuestra era.

Pero nosotros, al menos el que esto escribe, no tenemos esa capacidad de soledad monástica, porque estamos llamados a la sociabilidad, a la comunicación y a encontrar, junto con los otros, el mejor camino que nos garantice el bien y la patria que queremos.

Si bien la experiencia de mi participación política me ha enseñado que, en la mayoría de los casos, se han venido realizando cambios graduales, quizá ahora estamos en posibilidades de avanzar a mayor velocidad si se respetan

los acuerdos y se hace de “la conciliación la norma sabia”, en el seno de los partidos, entre ellos y el gobierno.

Ahora que, en los recientes años, se ha vuelto un tema constante el volcán Popocatepetl, en el que se han dado erupciones periódicas que calientan el ambiente, que llenan de ciertas preocupaciones y predicciones de todo tipo la vida del país, el semáforo de protección pasa de un color a otro. Y a todos nos preocupa. Sube la temperatura y vemos rocas incandescentes en el ambiente, pero eso es aviso de que hay que prepararse lo mejor posible. Lo importante es que debemos de estar prevenidos y proteger a la población.

En la oscilación, avatares, altibajos, y en la sístole y diástole de relaciones entre los actores de la “grilla nacional”, algo parecido pasa, y las cosas suben y bajan, pero afortunadamente vuelven a niveles de normalidad si no permitimos que en la vida política se corran riesgos innecesarios y que puedan sorprendernos o encontrarnos desprevenidos.

Para evitar eso, en lo social, hay y se toman medidas de prevención y protección de la comunidad, en casos de siniestros y diversos tipos de calamidades, para velar por la seguridad de la gente. De similar manera, en lo democrático, podría haber un programa de contingencias para las mesas de diálogo, en casos de ruptura del

diálogo y la negociación. Con estos mecanismos seríamos capaces de reencontrarnos nuevamente, de recuperar la ruta del encuentro, de la unidad, ante lo que dicta, lo que pide y a veces lo que implora el ciudadano de a pie Delgado, del diario *Reforma*, escribió el 26 de mayo de 2013 un interesante escrito que tituló: “Soltar el lastre del Pacto”, en el que señala que no basta la buena voluntad, pero yo digo, coincidiendo, que efectivamente, no basta la buena voluntad para ejecutar los cambios necesarios, pero si se pierde, su espacio se ocuparía por la mala voluntad, la que no presagia nada bueno para la sociedad. Sin ella, sin esa buena disposición del ánimo entre los actores políticos, no se puede ni siquiera llegar a la esquina, ni siquiera reformar lo más básico de la casa, ni restaurar el edificio que amenazaría la ruina.

Pactando por México:

inaugurando una nueva etapa política

Un partido se aleja del Pacto ante la discusión de una Reforma; otro rompe con él ante la imposible negociación y condiciona su regreso. Y mientras, escuchamos a los críticos que dicen: entre dos no hay pacto sino complicidad. Si el gobierno en turno se quedara solo en dicho acuerdo, ¿deberíamos seguir afirmando, como ahora, que todavía

persiste el Pacto por México? ¿O sería más conveniente modificarlo a un Pacto con México?

El Pacto por México ha enfrentado y enfrentará todavía múltiples escenarios que nos impelen a preguntarnos por su esencia ante las próximas circunstancias políticas como periodos electorales o relevos en la presidencia de los partidos. ¿Qué es del Pacto si una o más facciones rompen con él? ¿Qué condiciones son válidas para reingresar a la mesa de acuerdos?

En el caso del PRD, que abandonó el Pacto por motivo de la Reforma Energética a finales de 2013, cabría plantearse si su renuncia es también al resto de reformas enlistadas en dicho acuerdo. No lo creo así, ya que hay una enorme cantidad de temas pactados que en realidad son necesidades sociales por atender y que con Pacto o sin Pacto deberán seguir negociándose.

Así, la Reforma Energética vivió un enfrentamiento entre dos concepciones sobre el rol del Estado, ambas declarando proteger el alto interés de cuidar los recursos del país. Suponiendo que hubiera o no hubiera habido Pacto por México, dichas posturas diferentes estaban anunciadas hace mucho y era muy difícil que logaran pasar el filtro de un gran acuerdo tersa, homogéneamente, de la mano. Por ahora, temprano es para medir el alcance de esta Reforma, si bien a principios de año subió el costo

de la luz, de la gasolina y del gas. Se habla de un futuro donde habrá costos más bajos de estos insumos, ofrecimiento que hay que medir con números, no como un acto de fe, pues las expectativas oficiales son altas, mientras que los márgenes sociales que esperan resultados son bajos.

Lo que también es de preverse es que los partidos integrantes del Pacto vuelvan a negociar juntos la enorme cantidad de leyes secundarias. Para ello, es de imaginarse que se mantendrá la mesa de diálogo en la que todos los actores puedan participar buscando conciliar sus posturas para bien del país.

Estamos ante una dinámica de la relación oposición-gobierno en la cual puede presentarse un solo bloque opositor o en la que éste puede dividirse, como en el caso de la Reforma Financiera, en la cual el PAN se alejó de la propuesta del PRI y PRD. Lo importante ante estas alianzas pasajeras que se recomponen cíclicamente es que se evite la parálisis y puedan seguir las negociaciones.

Se ha dicho que los tres actores principales del Pacto seguirán negociando durante el proceso legislativo las reformas secundarias. Quizá se impulse un nuevo mecanismo, una nueva modalidad de mesa política y de distinta nomenclatura que dé continuidad al diálogo.

De este modo, más allá de si los partidos permanecen dentro o fuera del Pacto o incluso si éste desaparece o se redefine, lo trascendente es que México ha inaugurado un nuevo periodo democrático en el que la negociación es ya menester en la vida política. ¿De qué es señal esto? Que México va superando el periodo de plena confrontación estéril y se ha dado espacio, si se quiere mínimamente, a la coincidencia, al consenso y al diálogo que reactiva a nuestro país.

En otras palabras, se ha creado un nuevo verbo para conjugarse en la política: “pactando por México”. El Pacto por México no es, por tanto, ese documento que se firmó en 2012 en el Castillo de Chapultepec. Eso fue sólo el detonante de la nueva atmósfera de entendimiento y comprensión que surgió. Pacto es lo que ha ocurrido día a día desde entonces entre gobierno y oposición, entre partidos y en el interior de los mismos. No se pactó para que luego los firmantes se fueran a sus casas pensando que todo se ejecutaría en automático sino que se generó la dinámica de proponer y ceder. Pacto es, por tanto, cuando han surgido las diferencias más ríspidas y, a pesar de ello, el diálogo prevalece.

La política de las coincidencias en mi experiencia en otros países

El caso de Honduras

Hablar de una nueva relación de fuerzas en México implica adoptar cambios graduales que permitan mayor claridad y aceptación de los procesos electorales. En este punto, el reconocimiento general de los resultados es fundamental. También esto incluye cooperar desde la oposición para el buen arranque del nuevo gobierno. Y a esto me voy a referir. Ser democrático cuando se gana y ser demócrata cuando se pierde, ya lo hemos dicho. Para ello tengo una experiencia que paso a narrar brevemente: el caso de Honduras. En los cuatro años en que estuve como embajador, me permitió conocer este país y ver sus enormes carencias, de infraestructura, seguridad, educación, de la necesidad de fortalecer su vida institucional. Y de otros rezagos. Sin embargo, tiene fortalezas y potenciales, recursos materiales y humanos. Pero he aprendido que en todos los países hay cosas muy buenas y que de todos se pueden aprender importantes lecciones; también aprendí; por supuesto, que los países no son siempre equiparables, no son siempre comparables. A Honduras y su gente le guardo profundo agradecimiento y reconocimiento por su esfuerzo cotidiano. Nos apreciamos mutuamente.

Aún en nuestra región al sur de nuestro país, hay marcadas diferencias. No hay país en la región que esté exento de algunos de esos rezagos.

Repito, la vida me ha enseñado que algo bueno tiene cada pueblo y cada nación, ofrece al extranjero valores y bellezas que no hay en los países más ricos o desarrollados. Una cuestión que me impresionó gratamente en su proceso electoral y en su vida política fue que Honduras dio muestra de madurez en los comicios que llevaron a la presidencia del país a Porfirio Lobo, lo que fue histórico y decisivo. El 29 de junio de 2009 desperté de madrugada con una noticia insólita: como pólvora se esparció en todo el mundo el llamado “golpe de Estado” que interrumpió el mandato constitucional del presidente Zelaya y provocó una condena internacional. Me tocó gestionar la salida de la canciller hondureña, Patricia Rodas, en una situación de alta tensión y ruptura del orden legal. Pocos meses después, se llevaron a cabo elecciones con una amplia participación. Luego, al conocerse los resultados finales de las elecciones de 2009, los candidatos perdedores los aceptaron. Y no sólo eso, sino que, además, acompañaron al ganador, el hoy presidente constitucional Porfirio Lobo, para ratificar su reconocimiento por su victoria por la vía democrática.

Particularmente destaca el hecho de que el candidato que perdió, su cercano competidor, el ingeniero Elvin Santos, lo acompañó en distintas ocasiones, por ejemplo cuando fueron a visitar el gobierno de Costa Rica, para expresar, confirmar y ser testigo de la victoria democrática del presidente Lobo.

Además, a los tres días de las elecciones se sentaron los principales partidos en un encuentro para discutir y acordar una agenda común nacional sobre temas centrales nacionales. Por su parte, el candidato Elvin, que perdió las elecciones, me lo dijo y lo hizo, ofreció una tregua de 100 días al presidente Lobo para permitirle un arranque de gobierno sin trabas, así como lanzar su programa y consolidar sus primeros cambios importantes en beneficio de la democracia hondureña.

Por eso creo que los delicados y complejos asuntos de Estado se deben atender correctamente, y si para ello hay que dar, como partido opositor derrotado en las urnas, una tregua al candidato ganador, pues debe considerarse y, en su caso, cumplirse.

Como se ha dicho anteriormente, algo parecido podría establecerse de manera más explícita en México, con visión de Estado, una tregua de 100 días para cada nuevo gobierno, por mencionar una cifra, si es conveniente para el país, con el fin de que se beneficie a los mexicanos.

Particularmente en el ámbito de las reformas esenciales, estructurales, que hacen falta en materia fiscal, laboral y educativa, entre otras.

Una tregua para que despegue bien el gobierno, una tregua para que, sin excusa, se puedan dar las reformas y los cambios de arranque que proyecten al país de la mejor manera posible, ante los retos en los temas de pobreza, desigualdad, empleo, seguridad, hacienda, salud y otros. La importancia de que el nuevo gobierno despegue es fundamental.

La idea de construir una nación ordenada y próspera no tiene ni puede ser ni será obra de un solo grupo, ni puede ser monopolizada por un solo gobierno. Estos tiempos, los nuestros, son otros, hay aire nuevo en el ambiente, pero también hay rezagos. Marchamos gradualmente, porque rápido y bien no ha habido quién.

Todo esto lo trato de escribir de la manera más objetiva posible, sin apasionamientos ni condicionamientos ideológicos cerrados. Escribo este libro, como acto personal y soberano, exponiendo estos criterios y propuestas, todos discutibles y cuestionables plenamente. Sin embargo, dudas, emociones y vivencias no me dejan, abusan de mi natural inseguridad, pero ahí caminan, junto con convicción y responsabilidad, que van de la mano, empujándose, dándose de codazos con el riesgo de quedar atropellado

en esta tarea pero, a su vez, confiando en que hago este ejercicio como un modesto servicio a mi gente, pensando lo que creo que es mejor para nuestra democracia.

Algunos son acusados de pesimistas. Incluso pueden darse críticas severas enderezadas contra los optimistas. Para encontrar culpables el ser humano se pinta solo. Y entre el optimismo ingenuo y el pesimismo indignado, hay que buscar el mejor argumento para el hoy y el futuro que queremos construir para el país. No me digas optimista ni pesimista, dime qué necesitamos hacer. Porque el porvenir no sólo está “por venir”, sino “por hacer”.

Como has visto, estimado lector, he intentado adoptar una visión, una perspectiva de lo político y lo social, la cual podría parecer muy básica o idealizada. Si comparamos la vida política con un avispero, acercarse a éste y tratar de mover algo genera riesgos, y así lo asumo. Pero, insisto, buscando caminar hacia la verdad de ambas partes, gobierno y sociedad, exponiendo estas ideas de la “política de las coincidencias”. Transformaciones sin violencia, acordadas, pacíficas, deseables.

Finalmente, siempre hay tiempo para la paz y la reconciliación. Aún en el caso de una persona que asume en el peor o más realista de los escenarios la lucha política como una guerra, no debe olvidar que ni en esas circunstancias de belicismo, llegado el armisticio, los antiguos

enemigos alcanzan al fin un acuerdo de paz, forjando así el nacimiento de una etapa nueva donde la prosperidad tenga su reino.

“La democracia florece en tiempos de paz”. Esta frase la escuché hace poco en mis recorridos cotidianos por los alrededores del Ágora ateniense cuando la guía recordaba que, en esta ciudad de Atenas, la democracia floreció en tiempos de paz.

Así que, si de avanzar, progresar, caminar se trata, evitando oscuridades, hay que proveerse de lo necesario, tener en la mano, bien dispuesta, una antorcha. Transformar las espadas y las piedras en surcos y herramientas para trabajar la tierra. La democracia como estilo de vida. La democracia es de quien la trabaja.

El caso de Grecia

La democracia tiene que ser incluyente en lo social y eficiente en lo económico. Mucho se ha dicho sobre la crisis financiera en el país heleno, sin embargo, una experiencia de Grecia que brevemente refiero, como un hecho público registrado en los medios de ese país, cuna de la democracia y del pensamiento filosófico universal, es el inusitado e inesperado crecimiento de un partido de extrema radicalidad, señalado de ser pronazi y de ser intolerante ante los migrantes, el llamado Partido Amanecer Dorado.

Éste, de forma sorprendente, había ido ganando fuerza en los dos últimos años al punto de llegar a tener, a mediados de 2013, un 13 por ciento de apoyo y contar con 18 representantes en el Parlamento de Grecia. Especial caso en toda la Europa de la posguerra.

En los últimos meses de 2013 hubo algunos actos de violencia graves. El gobierno tuvo que tomar cartas en el asunto. El primer sábado de octubre de ese año, las autoridades adoptaron la decisión de ejecutar una detención provisional de algunos diputados y dirigentes de dicho partido nacionalista; se les acusó de pertenecer a una organización criminal que incitaba a la violencia.

En ese contexto, la reflexión que quiero traer sobre este asunto tan complejo, es más bien el papel que juega la democracia, en tiempos de paz, cuando circunstancias difíciles cuestionan desde la sociedad su rol. Aplicación de la ley *versus* ejercicio de las libertades públicas.

En la última semana de septiembre de 2013, el primer ministro de Grecia, Antonis Samarás, dijo que la democracia griega es más fuerte de lo que se imaginan sus enemigos. Por otra parte, desde la experiencia histórica se muestra que en tiempos de aguda crisis económica es cuando los gobiernos tienen que enfrentar diversos embates como la presión de sus acreedores, la contracción de la inversión y baja en la productividad en el sector

industrial y de servicios, entre otros efectos, pero sobre todo la elevada inconformidad de la sociedad cuando se ve sometida a recortes e impuestos.

Para el interés de esta obra basta destacar que, en este complicado marco, los partidos que tradicionalmente han gobernado Grecia en los últimos 40 años, pudieron ponerse de acuerdo para hacer gobierno de coalición y sacar adelante de esta coyuntura a su país. Lograron formar una alianza en favor de la República Helénica. No ha sido fácil. Después de dos elecciones en un mismo año para formar gobierno, finalmente los griegos llegaron a un acuerdo y conformaron en 2012 un gobierno de coalición, que permitiera la gobernabilidad.

Así, se logró un acuerdo entre las principales fuerzas políticas para sacar adelante a su país de la debacle económica. Y, a mediados de 2013, cuando algunos veían difícil encontrar una luz al final del túnel en la crisis de la economía helénica, se logró ese gobierno de unidad, con cierta fragilidad y finos equilibrios, entre tres de los principales partidos, para lograr juntos una alianza que envió un mensaje a los líderes europeos en Bruselas. El partido de izquierda SYRIZA, principal fuerza en la oposición, se quedó al margen y en contra de esa alianza.

Recuerdo que me decía un diplomático, en un centro cultural donde solemos tener discusiones político-filosóficas,

que estaba gratamente sorprendido de que los griegos a través de sus partidos se hubieran podido poner de acuerdo.

Ese distinguido diplomático afirmaba que eso era un hito, un episodio singularmente positivo en la constante descalificación que se suele dar entre partidos de distinta tendencia ideológica. Como sucede en muchas partes, se logró construir y aprovechar la gran ocasión de lograr un acuerdo a favor de devolverle la mínima estabilidad política al país. Así, se registró un hecho más en la política helénica, al lograr establecer una alianza gracias a la negociación política como elemento clave en tiempos de crisis. La cuestión naturalmente ha evolucionado y se han generado nuevas circunstancias. Para mediados del segundo trimestre de 2014, la economía de Grecia daba señales de ir por buen camino para la recuperación, según el Primer Ministro griego.

El caso de Suiza

A modo de corolario, me gustaría señalar el caso del sistema político en Suiza, el cual es el más cercano a la democracia directa. En este asunto destaca el régimen peculiar en el que los partidos gobiernan juntos y se hacen responsables de lo bueno y de lo malo que ejecutan. No existe, por lo tanto, una oposición o, al menos, no como la conocemos en nuestras democracias en la región.

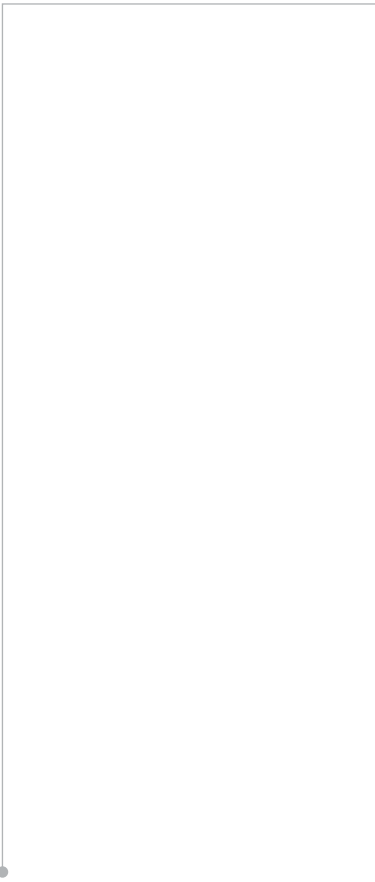
En este gobierno, los distintos partidos se distribuyen los ministerios o secretarías y es en lo local donde se da una fuerza considerable a los cantones. Se hace, además, uso común y constante de la consulta ciudadana: el referéndum y otros medios para someter a consideración de los electores un proyecto de ley, mismo que reciben por correo para manifestar su acuerdo o reprobación.

El concepto interesante a destacar, aun considerando las circunstancias diferentes de Suiza, es su principio de cogobierno, de donde deriva una responsabilidad compartida, que asumen los distintos partidos para hacerse responsables de las decisiones que toman. Se puede decir que, por su estructura, se genera un interés mutuo entre el gobierno y la oposición para que las cosas funcionen bien. En cambio, en nuestro clásico sistema democrático en México, muchas veces se busca que al otro no le funcionen bien sus propuestas o su administración, se conducen no pocas veces bajo un interés secundario para obstaculizarlas. Entonces la oposición se reduce a un bajo actuar afectando avances sociales.

El sistema suizo tiene como poder ejecutivo un Consejo Federal, compuesto de siete miembros que toman sus decisiones y resoluciones por consenso. Se caracterizan por la cercanía de los dirigentes políticos con los ciudadanos y por las frecuentes consultas que se hacen mediante el referéndum y el plebiscito.

Sus miembros son elegidos por el Parlamento y toman sus decisiones en responsabilidad conjunta y tienen que asumir compromisos para llegar a adoptar un acuerdo. Hay quienes dicen que este sistema colegiado sirve para disminuir la oposición, las diferencias y lograr integrar al mismo gobierno a potenciales oponentes.

Conclusiones



Estas conclusiones son sólo algunas de las ideas, y propuestas que han guiado o que se han sugerido a lo largo de este libro:

Hacia una democracia para los tiempos modernos: la política de las coincidencias

Es conveniente modernizar la idea de democracia en tiempos de la aldea global para avanzar sustancialmente en la mejora colectiva, para demostrar que su práctica y teoría sirven también para el desarrollo económico y social.

En los albores de un siglo de la modernidad tecnológica, hay que defender la democracia como una filosofía de vida, pero también como un sistema pragmático; no sólo para llegar al poder, sino también con la idea de que su ejercicio debe de ir más allá, fortaleciendo el vínculo entre derechos humanos y desarrollo sustentable. Incluyendo

el desarrollo digital para afianzar derechos como la libertad de expresión, salud, trabajo y educación. Democracia como fundamento para preservar la paz y la seguridad.

El concepto de democracia tiene que reevaluarse, recuperar su prestigio. Debe evolucionar hacia una idea más plena, que no sólo se vea a la democracia como un artículo de lujo en la vida política del país. Menos como una práctica que sólo sirve para perder el tiempo y que no aporta nada a las necesidades materiales de la gente. Hay que sumar esfuerzos en México, de especialistas y actores políticos, para enriquecer cotidianamente, en la teoría y en la práctica, el moderno concepto de democracia, su ejercicio, para hacerla más participativa, incluyendo la ciudadanía global.

Para avanzar en ese concepto moderno de democracia, se propone, según la línea filosófica que se desarrolla aquí la “política de las coincidencias”, como fuente inspiradora para buscar menos confrontación y más cooperación entre los actores políticos: diálogo y acuerdos. Es en la coincidencia y la reconciliación, guiados por un proyecto nacional, donde el país es más fuerte. Para ello, hay que avanzar hacia un modelo democrático en que es superior el concepto de nacionalidad al de militancia partidista.

Disposición de voluntad para lograrlo, ésta es la llave maestra. Hay quienes dirán que el Pacto por México es

un medio que no perduró. Sin embargo, hay que precisar que no es la falta de acuerdos o mecanismos lo que va a rescatarnos del estancamiento o de las sombras, es más bien la disposición de la voluntad y buena fe para ir juntos hacia adelante enfrentando mejor así los problemas nacionales. Si hay buena disposición, brotarán diferentes acuerdos y mejores caminos a seguir. Porque el Pacto puede compararse con la comida, puede tener caducidad, pero la necesidad de alimento siempre la habrá.

La definición en el futuro, de mecanismos y acuerdos se podría ir gestionando en una Agenda de la Mexicanidad, que es deseable se esfuercen en construir los actores políticos como una hoja de ruta que se construya para proyectarla más allá de un sexenio. Debería contener los grandes retos nacionales proyectados a corto, mediano y largo plazo.

Este libro ha intentado definir algunos motivos y razones para disminuir, abatir, reducir al mínimo, el canibalismo en política, limitando su análisis preferentemente a los tiempos de campaña presidencial y sus debates. Ese canibalismo puede adoptar distintas formas, no sólo el que intenta “comerse en carnititas” al rival político, al competidor en una contienda electoral, sino un canibalismo que podemos ver en la economía y en otros aspectos de la vida cotidiana. Como si sólo garantizando la aniquilación del

otro o de los otros pudiéramos sobrevivir. Se argumentan, por lo tanto, en el marco de las luchas políticas, ideas y razones en favor de la cooperación *versus* confrontación. Se afirma que la cooperación es más rentable para el progreso del país.

Democracias caníbales (en las elecciones)
versus democracia de las coincidencias
(o de los acuerdos)

Las elecciones en México son el momento por excelencia de la democracia. Ahora bien, si la esencia de la democracia está conformada por las campañas y, en éstas, la exacerbación de las diferencias y las descalificaciones son el pan nuestro de cada día, estaríamos equivocadamente alimentando una democracia caníbal, del conflicto, del bloqueo o parálisis y de los desacuerdos.

Si se exaltan hasta el límite las diferencias, muchas veces hechas artificialmente, por razones de *marketing político*, se coloca al ejercicio democrático ante un riesgo de dañar al país en sus instituciones y también a la de por sí cuestionada cohesión social, en cuanto divide y confronta a grupos.

Siguiendo con la idea anterior, si además los actores políticos actúan como si siempre estuvieran en campaña (léase,

atacando u oponiéndose), se caería en el vicio de usar medios o estructuras del Estado, que en sí mismas han sido ideadas para el beneficio del país con fines secundarios.

Lo que destacamos es el equívoco cuando, ante la gran tarea que tiene toda oposición para encauzar el gobierno hacia el bien del país, usa su fuerza para detenerlo con tal de destacar su mala gestión en pos de aumentar las probabilidades de regresar al gobierno. La política de elecciones sólo debe darse durante las elecciones. La política de las coincidencias, en cambio, en todo el ciclo democrático conforme lo dicte el bien común.

Hacia un nuevo modelo en la relación
entre el gobierno y la oposición: en busca
de una teoría asintótica de los acuerdos
(teoría de la negociación)

La oposición puede caer en el vicio por defecto cuando por omisión rehúsa cualquier tipo de colaboración con el gobierno. Pero también puede caer en el vicio por exceso cuando claudica en su papel de denunciar los atropellos de los intereses de la sociedad.

Planteamos, para ello, los tres modelos de oposición que se mencionaron anteriormente: el primero, ficticio, como una relación subordinada de los partidos oposito-

res que se suman automáticamente al candidato oficial en las campañas presidenciales claudicando como oposición; el segundo, de confrontación exacerbante con el gobierno, bloqueo sin diálogo, y, finalmente, el tercero, que reconoce las coincidencias mientras que es crítico y negociador con las diferencias. En este caso, estamos ante una relación madura.

Por lo tanto, es importante mantener elementos de unidad, de conciliación y buscar una política de balance con menos desgaste y más logros. Ni oposición llevada al extremo ni colaboracionismo solapante de abusos contra el país.

El dicho “ni tanto que queme al santo ni tanto que no le alumbre”, se traduciría en un balance entre ser oposición y ser corresponsable. No se trata de que la oposición le dé cheques en blanco al gobierno, pero tampoco de cerrarse por completo a la cooperación. La decisión es finalmente ética para discernir dónde, cuándo, cómo y con quién defender el interés nacional. No hay recetas ni manuales en este campo.

Debemos de reconocer, por tanto, que la “oposición” no es unívoca, es decir, no se debe entender de un solo modo, tiene diversos roles que asumir según lo exige el bien general. Para ello, en el texto hemos aludido al cuadro de los Juicios de Aristóteles como ejemplo de

un modelo que busca evitar las contraposiciones entre tesis universales en las cuales se confrontan las discusiones sin solución (como los “vendepatrias” frente a los que “estancan” al país; otro ejemplo, ante los grupos que marcha unos los acusan de “alborotadores”, y éstos a los otros los acusan de “explotadores”); estamos ante discusiones y oposiciones cerradas, como las que pueden surgir en muchos temas.

Por eso hemos manejado el modelo de Aristóteles, que plantea que es mejor fragmentar dichos temas confrontados en tesis cada vez más particulares, distinguiendo los problemas y beneficios del tema que se trata. Dejar lo general y desmenuzar el problema para encontrar concretamente dónde está el punto en pugna. Esto nos lleva a la pregunta central: ¿qué es lo mejor para...? Es decir, una pregunta sobre la finalidad (el político debe asemejar su ejercicio a la precisión quirúrgica del médico que, ante un dolor en el cuerpo, pregunta al paciente en qué parte exactamente se tiene la molestia).

Tal modelo de negociación es lo que se ha propuesto aquí con la teoría asintótica de los acuerdos: No generalizar ni etiquetarse con lo que nos distingue, sino reconocer que en las discusiones se pueden encontrar puntos coincidentes; hay más acuerdos de los que se cree. De este modo, no será ya lo mismo discutir sobre el 99 por ciento

del problema que sobre el 1 por ciento en el que realmente se mantiene el desacuerdo a resolver.

Defensa de la unidad nacional frente a los divisionismos

En nuestro tiempo reina la competencia sobre la cooperación, y se ha vuelto tan despiadada, inmisericorde, que no ha permitido construir una hoja de ruta a largo plazo en la política mexicana a pesar de que tengamos una Constitución que siempre se encamina a cohesionar al país.

Pero ante esto, he querido destacar las fuerzas de la unidad, marcar las coincidencias que nos permitan colaborar en un proyecto común de interés nacional. Un principio como éste puede hacer la diferencia. Significa superar el error de que sólo una fuerza única, aislada y, sobre todo, independiente, de las otras fuerzas y los otros actores, puede sacar el país adelante. Más importante es aún cuando se tiene un gobierno dividido como el que ha emergido en el país, esquema que requiere sumar y consensuar acuerdos.

Los separatismos sin razones son nocivos en tiempos de la democracia de los acuerdos, en un mundo cada vez más interconectado, en lo nacional y en lo internacional, con redes sociales y tecnología que ante un buen uso son

un medio para la solidaridad, la denuncia, la defensa de la libertad de expresión y un medio contra la censura o contra acciones autoritarias del Estado.

Hoy más que nunca no puede ser de otra manera: las sociedades se necesitan mutuamente, los individuos también. La idea de persona independiente y la del Estado suficiente son falsas. El ente aislado, persona o grupo, se vuelve apático, depresivo, cerrado e incluso agresivo. Por eso, a lo largo de este trabajo se mencionaron propuestas para acercar a los distintos actores de la vida política en México: nuevo formato de debates presidenciales que no ignoren sino que, por el contrario, obliguen a iniciar con las coincidencias entre los candidatos; también se propuso una idea de “olimpiadas democráticas”, que sugiere a los políticos un formato para salir a buscar a los ciudadanos, y una canasta de los talentos que unifique a los partidos por las capacidades que pueden y deben compartir.

Hasta ahora, preponderantemente, el arsenal en cada contienda electoral lo preparamos como si se tratara de “material de guerra”. La idea que sugiere este trabajo va por otro camino: alejarse de las ideologías de la agresión y acercarse a las de los acuerdos. Para lo cual hay que volver a recrear la relación entre los actores políticos, acudiendo a la razón y a la riqueza de lo humano. Dirán que es sueño.

Pero, se dijo antes, la primacía ontológica del deseo propone que, sin el sueño de llegar a la luna, no habría agencia espacial que hubiera concebido ese proyecto.

Cuando un “realista”, no digo pesimista, lea esto, volverá a pensar que el ser humano es por instinto agresivo, depredador y lleno de codicia. Se dirá que tanta cooperación y coincidencias no son posibles. Sin embargo, sin desconocer esa realidad, encontramos también que en política se exageran las diferencias, se inventan y refuerzan artificiales distancias en los postulados de los candidatos. Por supuesto, sin negar en ningún momento que también existen posiciones y propuestas irreconciliables.

Así, como se dijo anteriormente, es preciso dejar el esquema *ideologizante* de “blanco y negro”, de “buenos y malos”; aceptar la mezcla que cada sector político tiene de elementos que, en buena medida, refleja la naturaleza humana de ser un abigarramiento de la tendencia al bien y al mal que llevamos dentro. Hacer que avance lo bueno.

Pienso que el tópico de las emotividades, el de los estereotipos, así como su peso y el rol que juegan en las relaciones políticas, tiene un papel insuficientemente explorado y creo que poco investigado en las cuestiones de nuestra vida institucional. Ese tópico nos vuelve positivos o negativos, tremendamente colaboradores o destructores

en los diálogos políticos cuando se abordan planes de reformas legales que el país necesita.

El sentido de comunidad que tiene que construirse también pasa por la zona de emociones, el papel del corazón, y por supuesto del cerebro. Los pactos y los acuerdos son expresiones de reacciones maduras de esas zonas del ser humano. Por eso hablé antes de pasar por el corazón y el hígado.

Lo individual frente a lo colectivo. Lo partidista frente a lo nacional. En el marco de la teoría de los derechos humanos, hay que afirmar que, así como la libertad individual se debe armonizar con el sano interés del Estado de Derecho, así también las pretensiones o ideas programáticas de los partidos políticos deben armonizarse en un encuentro útil con el interés superior de la sociedad.

Buscar el triunfo electoral parece ser una permanente aspiración natural. Eso es parte del juego democrático, si bien tiene el riesgo en las actuales competencias, como están planteadas, de llenar al candidato de sentimientos agresivos hacia el otro, además de generar la creencia en los jóvenes aspirantes a candidatos a puestos de elección popular, de que sólo saldrán airoso si llegan a las contiendas “con los guantes puestos”. Sería deseable cambiar la imagen electoral y del Congreso para que éstos no aparezcan ya más a los ojos ciudadanos como si fueran una pelea de gallos.

Diálogo y reconciliación son valores que son sustento para el desarrollo democrático. Éste, al final de cada jornada, se alimenta de los tolerantes e incluyentes para hacerla crecer y perdurar. Las actitudes dictatoriales tienen efectos veloces, pero indeseables. Las democracias necesitan paciencia y cooperación para alcanzar frutos.

En la búsqueda del éxito para las reformas sociales, económicas y políticas que requerimos, el principio de la cooperación y búsqueda de consenso entre actores con posturas desiguales es fundamental. La búsqueda de coincidencias es también rentable para el desarrollo, el crecimiento económico y la justicia social de los grupos más marginados.

Pertenencia a la nación, sentido de comunidad, ése es el rayo iluminando la hoja de ruta. Establezco como talante, como columna rectora de este trabajo, el principio de la preeminencia de la nacionalidad sobre la militancia en un partido político. Con esta idea se podría impulsar que los actores políticos que se disputan cíclicamente el poder se acerquen más a la idea que reconoce la preponderancia del ser nacional de un país que el de militante de un partido. No es, por supuesto, posible tener uniformidad ni homogeneidad entre los partidos políticos. Somos una sociedad multicultural. Tampoco propugno con eso un concepto de nación cerrado, aislado, sin solidaridad con la región y el

mundo. Por el contrario, la mundialización me parece natural, inevitable, con todos los claroscuros que conlleva.

Por lo anterior, incluso, se mencionó aquí la tregua postelectoral como la acontecida en Honduras cuando el candidato perdedor, Elvin Santos, otorgó al presidente electo, Porfirio Lobo, que los primeros 100 días del nuevo gobierno estuvieron abiertos a las reformas que apoyó con su voto el electorado.

En cualquier caso, por ahora sería deseable mantener la melodía de la cooperación mínima como “música de fondo” en los trabajos del Consejo Rector del Pacto por México. No se trata de idealizar el Pacto ni tampoco de petrificarlo porque deberá evolucionar. Las necesidades de los tiempos que vive el país marcarán el camino. De este modo, el Congreso, el Poder Ejecutivo y los partidos deberán cuidar esa zona coincidente común para la armonización de los proyectos políticos, los programas y propósitos, de tal modo que se brinde prioridad al carácter y valor de ser nacionales del mismo país, sofocando así reacciones destructivas o irresponsables. Me pregunto, ¿hay alguien en la clase política que pueda y busque impulsar una profunda renovación? Sí que hay, afortunadamente: gente, militantes, ciudadanos, movimientos sociales muy rejuvenecedores, llenos de nuevas y creativas ideas para la sociedad. Cuando hemos alcanzado acuerdos como el Pacto por México, se ha conseguido un

círculo virtuoso entre la clase política y las instituciones del país. Claro está, sujeto a todo tipo de tensiones y críticas.

El Pacto es un mecanismo, puede seguir o desaparecer. Pero la voluntad y el espíritu de sumar por el bien de la sociedad deben prevalecer. Se trata de un instrumento cuya importancia radica en la nueva disposición, la voluntad mostrada, la virtud de “saber hacer equipo” para que México gane. Por eso, en su momento, se planteó una modificación al artículo 41 constitucional en la que se incluyan los valores de la política de las coincidencias que han inspirado al Pacto por México de tal modo que los partidos estén compelidos por la norma jurídica a velar por el alto interés nacional.

Por lo pronto, celebremos que en un momento determinado en el país se haya dado ese logro. Pareciera que se alzó una voz serena colegiada diciendo:

Éste es mi momento de ser gobierno, éste es mi momento de ser oposición, pero vamos a mantener un espíritu de cooperación por encima de las diversas posiciones ideológicas, para que las cosas en el país estén mejor.

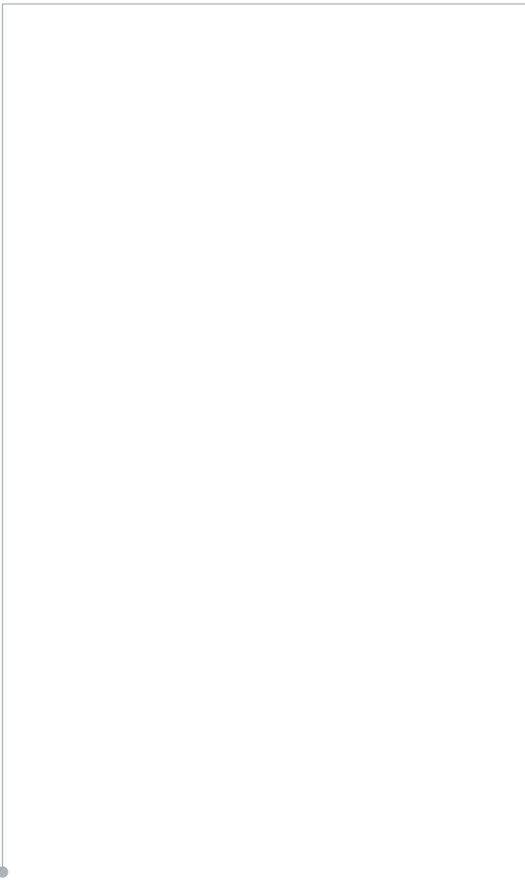
En este libro me he ocupado de algo bueno que ha ocurrido en la política nacional, no es lo único. El Pacto no es la panacea, pero es positivo porque expresa una

enorme riqueza de voluntades puestas en una misma canasta de talentos. Encierra una filosofía de alta envergadura, de fina armonización en un campo tan difícil como es el arte de la política, es una expresión de compromiso moral y político con el país.

El espíritu del Pacto es expresión de un bien democrático, de entendimiento de alto nivel. Una actitud civilizadora.

Y de lo bueno, más.

Fuentes consultadas



Bibliografía y hemerografía

- AGUILAR CHIU, E. (2013, septiembre 1). Identidad mexicana construida desde el corazón. *Istmo* (328).
- AIZPEOLEA, L. (2012, abril 12). El País. *González: “Me preocupa la falta de orientación de gobierno y oposición”*.
- ARISTÓTELES (1995). Sobre la interpretación. In Aristóteles, *Tratados de Lógica: Organón* (Vol. 2, pp. 25-83). Gredos.
- AYLLÓN, L. (2013, abril 8). Las ventajas de la marca España. *España: lo que nos une* (35164), p. 19.
- BASAVE, A. (2011). *Mexicanidad y esquizofrenia*. México: Océano.
- CASTILLO PERAZA, C. (1991, enero 1). *Historia líquida*. Retrieved septiembre 20, 2013, from Nexos en línea: <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=268401>
- . (2010). *Doctrina e ideología*. México: Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.
- CORTÉS, N. (2012, agosto 22). Cultura política de mexicanos, basada en desconfianza: IFE. *El Universal*.

- Editorial ABC. (2013, abril 8). España, realidad indiscutible. *España: lo que nos une* (35164), p. 4.
- Editorial El País (1990, septiembre 1). Vargas Llosa: “México es la dictadura perfecta”. *El País*.
- Editorial El Universal (2012, julio 2). Mensaje íntegro de Enrique Peña Nieto. *El Universal*.
- FUENTES, C. (2013). *El espejo enterrado*. México: Leer-e.
- Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C. (2013). *1915 Manuel Gómez Morín*. México: Partido Acción Nacional.
- GARCÍA, C. (2012, marzo 25). Perdón a AMLO no es pose: Zambrano. *El Universal*.
- GARCÍA TABARES, O. (2012). PRD: El dilema de la identidad. Entrevista con Ilán Semo. *Más allá de los candidatos: los partidos políticos*, (254), pp. 14-17.
- GUEVARA, E. (2007, s/m s/d). *Amor*. Retrieved septiembre 2, 2012, from Che: símbolo del mundo: http://www.prensa-latina.cu/Dossiers/Dossier_Che/PrincipiosAmor.html
- GÓMEZ, R. (2013, octubre 15). EPN envía iniciativa para equilibrar candidaturas. *El Universal*.
- HABERMAS, J. (1999). *La inclusión del otro: estudios de teoría política*. Barcelona: Paidós.
- HERNÁNDEZ, G. (2013, octubre 11). “Debe seguir”, exhorta Chong. *Proceso*.
- JUNQUERA, N. y GONZÁLEZ, M. (2013, octubre 12). El Príncipe exalta la unidad de España. *El País*.

- LÓYZAGA DE LA CUEVA, O. (2010). Reparto de utilidades, su naturaleza y formas de cómo los patronos eluden su cumplimiento. *Alegatos* (76).
- MICHEL, E. (2012, marzo 4). No repetir confrontación del 2006, pide Beltrones a partidos. *El Universal*.
- . (2012, septiembre 17). Convocan al diálogo Poderes de la Unión. *El Universal*.
- MUEDANO, M. (2012, abril 1). Clase política no está a la altura de ciudadanos: Sicilia. *El Universal*.
- NICOLSON, H. (2002). *La diplomacia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Notimex. (2013, octubre 11). Ebrard da por "muerto" el Pacto, Madero por caduco y PRI lo defiende. *24 horas*.
- NÚÑEZ, E. (2013, mayo 19). Los límites del Pacto por México. *Reforma*.
- . (2013, mayo 19). No es posible la unanimidad - Tamayo. *Reforma*.
- . (2013, mayo 19). Son grotescas las críticas - Ortega. *Reforma*.
- . (2013, mayo 19). Estamos transformando a México - Adame. *Reforma*.
- OLALLA, P. (2012). *Historia menor de Grecia: una mirada humanista sobre la agitada historia de los griegos*. Barcelona: Acantilado.
- PACHECO, R. (2013, junio 24). Propone Beltrones institucionalizar Pacto por México mediante reforma. *Excelsior*.

- Redacción Excélsior (2013, abril 14). Capriles vota en Caracas: Lo que el pueblo diga para mí es sagrado. *Excélsior*.
- REYNOSO, V. (2012). La plataforma panista: ¿ahora sí? *Más allá de los candidatos: los partidos políticos* (254), 8-10.
- RODAS ESPINEL, M. (2011, julio). La nueva geometría política. *Revista Letras Libres*.
- RODRÍGUEZ GALAZ, Y. (2012, marzo 25). Irremediable, el cambio de gobierno: Joaquín Coldwell. *El Universal*.
- RUBIDO, B. (2013, abril 8). España, todo lo que nos une. *España: lo que nos une* (35164), pp. 16-17.
- RUIZ MONDRAGÓN, A. (2012). PRI: La gran incógnita. Entrevista con José Antonio Crespo. *Más allá de los candidatos: los partidos políticos* (254), pp. 11-13.
- VELARDE FUERTES, J. (2013, abril 8). Sin unidad, no hay prosperidad. *España: lo que nos une* (35164), p. 18.

Documentos generales

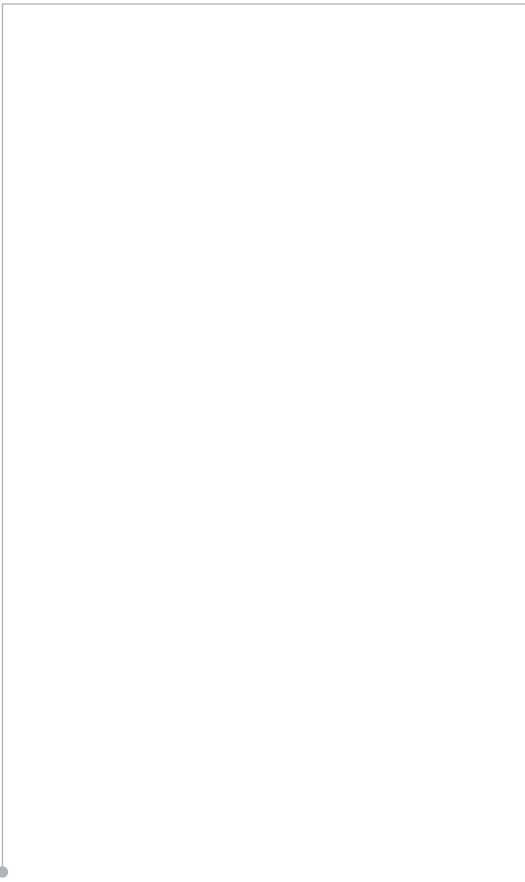
- Carta Democrática Interamericana de la Organización de Estados Americanos.
- Conferencia Anual de la Red de América Latina y el Caribe, Santiago, 2004.
- Constitución de los Estados Unidos Mexicanos.
- Declaración de Principios del Partido de la Revolución Democrática (XII Congreso Refundacional).
- Declaración Universal de los Derechos Humanos.

- Estatutos del Partido de la Revolución Institucional (2013).
- Nuevas estrategias de cooperación para la superación de la pobreza en un mundo globalizado.
- Pacto por México.
- Proyección de Principios de Doctrina del Partido Acción Nacional (2002).

Tarcisio Navarrete Montes de Oca

- Licenciado en Derecho,
Universidad del Valle de México.
- Doctor en Derecho,
Universidad Complutense de Madrid.
- Autor de diversas obras sobre Relaciones Internacionales y Derechos Humanos.
- Profesor de Derecho Internacional y Derechos Humanos.
- Diputado federal en dos ocasiones.
- Representante alterno ante la OEA,
Washington DC.
- Embajador de México en Honduras.
- Embajador de México en Grecia.

Índice



Prólogo	
José Luis Brey Blanco	7
Introducción	13
Capítulo 1	
La democracia de las coincidencias	31
Anotaciones para una teoría política de las coincidencias	35
Anotaciones para una práctica política de las coincidencias	63
Política exterior como reflejo de las coincidencias nacionales	87
Capítulo 2	
“Todos contra todos” o conciliación, la disyuntiva en la política mexicana	93
Conciliación en la dicotomía nación-partidismo	95
Conciliación en la dicotomía izquierda-derecha	123

Capítulo 3

Conciliación en los periodos electorales	157
Anotaciones sobre los periodos electorales en México	159
Hacia una conciliación en los periodos electorales	181

Capítulo 4

Espacio de conciliación entre la oposición y el gobierno	207
Hacia un nuevo modelo en la relación entre oposición y gobierno	209
La política de las coincidencias y el Pacto por México	241
La política de las coincidencias en mi experiencia en otros países	278
<i>El caso de Honduras</i>	278
<i>El caso de Grecia</i>	283
<i>El caso de Suiza</i>	286
Conclusiones	289
Hacia una democracia para los tiempos modernos: la política de las coincidencias	291
Democracias caníbales (en las elecciones) <i>versus</i> democracia de las coincidencias (o de los acuerdos)	294

Hacia un nuevo modelo en la relación entre el gobierno y la oposición: en busca de una teoría asintótica de los acuerdos (teoría de la negociación)	295
Defensa de la unidad nacional frente a los divisionismos	298
Fuentes consultadas	307
Bibliografía y hemerografía	309

Democracia sin canibalismo. Hacia una política de las coincidencias
se terminó en la Ciudad de México durante el mes de agosto
del año 2014. La edición impresa sobre papel de
fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos,
estuvo al cuidado de la oficina
litotipográfica de la
casa editora.





Democracia sin canibalismo propone una actitud que renueve el compromiso ante el país. Su objetivo central hace del diálogo y del acuerdo, una filosofía vital para fortalecer la confianza entre los actores políticos.

Por lo tanto, evita que se potencien los instintos, la diatriba, los calificativos excluyentes, en su lugar prioriza la razón y la conciliación.

Busca en la diversidad los temas que son comunes y que permitan atender la agenda nacional que el país demanda. Así, en la medida que gradualmente se refuerza la confianza mutua entre dos o más jugadores de la arena de la política nacional, se alcanzarán, en mayor y mejor medida, las metas sociales y económicas.

Esboza lo que también puede ser llamado la “democracia de las coincidencias”, menciono el caso del Pacto por México firmado en diciembre de 2012, así como argumentos para exaltar el valor de la nacionalidad frente a la militancia partidista, como base para evitar contiendas electorales que dividan al país.

Plantea la necesidad de ir hacia un nuevo modelo de las relaciones entre gobierno y oposición, haciéndolas más eficientes y menos decepcionantes para el electorado y sociedad.

TNMdeO

Democracia sin canibalismo



DEMOCRACIA


MAPorrúa
librero-editor • México


LXIII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

CE

**Las ciencias
sociales**
TERCERA DÉCADA